



---

# EL IMPULSO DE LA PASION

---

Novela Romántica de Época



ENERO 2024

JUAN CARLOS LEBRIJA

"A toda mi familia, cuyo amor incondicional y apoyo constante han sido el faro en la tormenta y la inspiración detrás de cada palabra escrita. Esta novela es un eco de ese amor eterno. Con todo mi corazón, gracias por ser mi refugio"

## INDICE

Capítulo I.- Isabella	3
Capítulo II.- Caterina	38
Capítulo III.- Raquel	64
Capítulo IV.- Itzel	115
Capítulo V.- Mis Padres	141
Capítulo VI.- Ana Luisa	151
Epílogo.-	174

## Capítulo I.- 'Isabella'



Isabella

Granada, España, invierno de 1491

El aire estaba impregnado de humo y cenizas, mientras Álvaro se mantenía firme ante el horizonte oscurecido por la guerra. La batalla por Granada había sido una sangría de hombres y moral, y cada golpe, cada carga de caballería, resonaba con el clamor del acero y los gritos de los caídos. Álvaro, con la piel curtida por el sol implacable y las manos endurecidas por el manejo constante de la espada, se encontraba vestido con una pesada armadura que le confería tanto protección

como un insoportable peso.

Como comandante de un batallón del ejército castellano, Álvaro había perfeccionado las tácticas de formación de combate, adaptándose a las innovadoras armas de fuego que cambiaban el curso de la guerra. Junto a la caballería, su batallón había sido crucial en la captura de fortalezas estratégicas como Ronda y Málaga, y ahora, enfrentaban el último asalto a Granada. La resistencia de los defensores moros se desmoronaba, asfixiada por la escasez de suministros y el quebranto de su espíritu. En el aire frío del invierno, se podía percibir el cambio inminente, una mezcla de esperanza y desolación que marcaba el fin de una era.

Mientras avanzaba hacia las murallas de Granada, Álvaro sentía el peso aplastante del agotamiento y su armadura. Su corazón, acompasado con el ritmo frenético de la lucha, se detuvo bruscamente cuando una flecha enemiga se hundió en su pierna derecha. Derribado de inmediato, experimentó un calor abrasador que rápidamente se transformó en un dolor insoportable. Tendido en el suelo, entre humo y cuerpos caídos, se arrastró con una desesperación nacida del instinto de supervivencia. Alzando la vista hacia el cielo gris, plagado de humo de guerra, Álvaro sintió la lucha por cada aliento; un vértigo lo envolvió y se desvaneció. Sus camaradas, en un acto de fraternidad, lo arrastraron lejos de la muerte inminente.

Cuando Álvaro recuperó la conciencia, se encontró en una escena sombría y desoladora. La gran sala común donde yacía era austera y fría, apenas iluminada por el parpadeo débil de unas pocas velas y antorchas, cuya

luz luchaba vanamente contra la omnipresente oscuridad. El olor era abrumador, una mezcla penetrante de sangre seca, infección y un dulzor fétido de muerte. El aire, viciado y húmedo, se mezclaba con el humo de las velas y el aroma amargo de hierbas medicinales quemadas, un intento vano por purificar el entorno cargado de sufrimiento.

Los gemidos de dolor, los rezos susurrados por consuelo espiritual y los ocasionales clamores de angustia al perder a otro compañero llenaban el aire. Los soldados heridos yacían en camastros improvisados, algunos compartiendo espacio con los cuerpos de aquellos que ya habían sucumbido.

El personal, compuesto por monjes y algunas voluntarias, circulaba entre los pacientes, ofreciendo los cuidados básicos que sus limitados conocimientos y recursos permitían. Los esfuerzos médicos se centraban en prácticas rudimentarias, heredadas de teorías antiguas y el uso de remedios herbales, con escasas esperanzas de efectividad ante las complejas heridas de guerra.

Álvaro preguntó con una voz temblorosa:

-- "¿Dónde estoy?"

A su lado, una voluntaria que lo atendía por su rango de teniente del ejército le respondió:

-- "Está usted en el 'Hospital de La Luz', en Granada.

Tuvo una herida muy grave en su pierna derecha, pero gracias a Dios, ya no está en peligro mortal."

-- "¿Qué me puede decir de mi hermano José? ¿Dónde está él?"

-- "No tengo información sobre él, teniente. Permítame ir a preguntar. ¿Cómo dijo que se llama su hermano?"

-- "José De Covadonga."

La voluntaria salió rápidamente a indagar.

Mientras los gritos y lamentos de los heridos llenaban el aire, una figura se acercó al lecho de Álvaro. Era el capellán del ejército, un hombre de mediana edad con un rostro sereno, pero ojos cargados de pesar.

El capellán se sentó junto a Álvaro, quien, con la voz entrecortada por el dolor y la ansiedad, preguntó de inmediato por su hermano José. El capellán tomó una profunda respiración, preparándose para entregar una noticia devastadora.

-- "Hijo," comenzó el capellán con suavidad, "su hermano José peleó con valentía y honor por nuestra causa. Dirigió a sus hombres con coraje, enfrentándose al enemigo con determinación."

Álvaro escuchaba, sosteniendo la mirada del capellán, cada palabra afilaba el temor enraizado en su corazón.

-- "Pero," continuó el capellán, su voz ahora un susurro cargado de tristeza, "en medio del caos de la batalla, su pelotón fue emboscado. A pesar de su valentía, José... José cayó en combate. Lamento decirle que su hermano ha partido de este mundo."

El silencio que siguió fue un testimonio del dolor y la incredulidad que se apoderaron de Álvaro. Las lágrimas comenzaron a fluir libremente por su rostro, no solo por el dolor físico de sus heridas, sino por el inmenso vacío que la pérdida de José dejaba en su alma. El capellán extendió su mano, apoyándola sobre la de Álvaro, ofreciendo un silencioso consuelo en medio del inmenso dolor.

-- "José murió como un héroe, defendiendo lo que creía justo. Su sacrificio no será olvidado," murmuró el capellán, aunque sabía que esas palabras serían de poco consuelo en un momento tan desgarrador.

En ese momento, cuando Álvaro se enteró de la muerte de José, su gemelo y confidente, mientras yacía herido de gravedad, el mundo pareció detenerse a su alrededor. La noticia cayó sobre él como una losa fría y pesada, sumergiéndolo en un abismo de dolor y soledad. La conexión inquebrantable que compartían, forjada a través de una vida de experiencias compartidas y entendimiento mutuo, se rompió abruptamente, dejándolo desorientado y profundamente solo.

La pérdida de José no era solo la pérdida de un hermano; era la pérdida de su espejo, de aquel que reflejaba su ser más íntimo, comprendía sus silencios y completaba sus pensamientos. En el caos de la guerra, esa certeza de compañía y apoyo mutuo había sido su ancla. Ahora, con José desaparecido, Álvaro sentía que parte de su alma había sido arrancada de raíz.

Tumbado en su lecho de dolor, las emociones de Álvaro se entrelazaban: la tristeza por la pérdida, la culpa por sobrevivir, la ira por la crueldad del destino y la desesperación por enfrentar el futuro sin su otro yo. Cada suspiro era un recordatorio de su soledad, cada latido del corazón, un eco del vacío que José había dejado.

En ese momento, Álvaro entendió que la guerra había cobrado un precio demasiado alto. Todo había cambiado para siempre. El dolor y la pérdida se entrelazaban en su ser, creando un nudo que parecía imposible de desatar. Pero también surgió una chispa de determinación en sus ojos, una promesa silenciosa de honrar la memoria de José, de continuar luchando por aquello en lo que ambos creían, de no rendirse ante la oscuridad que amenazaba con consumirlo.

Con el apoyo del capellán y la fuerza que encontró en su propia voluntad, Álvaro inició un lento y arduo proceso de recuperación de sus heridas físicas y emocionales. Cada día era una batalla contra el dolor, la tristeza y el desaliento, pero también una oportunidad para recordar a José, para mantener viva su memoria a través de sus propias acciones y su lucha por un futuro mejor.

El tiempo pasó, y con él llegó la primavera. La guerra había terminado sin Álvaro. Las negociaciones entre los Reyes Católicos y el sultán Boabdil habían concluido, los Reyes ofrecieron términos generosos a cambio de la rendición incondicional de Granada, que el sultán aceptó, entregándoles la ciudad en enero de 1492.

Álvaro, cojeando, pero con la cabeza en alto, se despidió del hospital y de aquellos que lo habían cuidado y acompañado en su proceso de sanación. Un largo camino de duelo y recuperación le esperaba, uno en el que debería embarcarse en una búsqueda de significado, reflexionando sobre su propósito y lugar en el mundo.

Con el tiempo fue superando su lesión, mas no la muerte de su gemelo. Esto fortaleció su determinación y coraje para seguir luchando por la libertad y la justicia.

A pesar de que el sultán Boabdil había aceptado la rendición y fue expulsado de España, quedaron algunos grupos de moros rebeldes que no quisieron abandonar sus tierras y formaron una red de 'resistencia' clandestina. Esta resistencia era un grupo de individuos organizados para oponerse y luchar contra los reyes católicos, que consideraban una fuerza de ocupación, buscando desestabilizar y debilitar su control, sin enfrentamientos directos o a gran escala. Recurrirían a tácticas de guerrilla, emboscadas, sabotajes, y ataques sorpresa a objetivos militares o infraestructuras críticas.

Mientras caminaba por los polvorientos caminos de Granada, Álvaro se topó con un grupo de moros de la resistencia.

Intrigado por su causa y sintiendo el fuego de la pasión y la venganza arder en su interior, Álvaro decidió unirse a ellos, para desestabilizar a los desestabilizadores, convirtiéndose en un espía infiltrado como miembro de la resistencia.

Los días se convirtieron en semanas, y las semanas en meses, y Álvaro emergió como un líder valiente y decidido en las filas de la resistencia. Su reputación se extendió por la red de la resistencia, y pronto fue conocido como "El Águila de Granada", un símbolo de esperanza y coraje para aquellos que luchaban contra los Reyes Católicos.

En medio del peligro, Álvaro se aferraba a la promesa que se había hecho a sí mismo: nunca olvidaría a José, y el sacrificio de su hermano sería el combustible que alimentaría su fuego interior, sirviendo su memoria como guía en la oscuridad.

Así, mientras las intrigas y la incertidumbre del futuro rodeaban todo, Álvaro se mantuvo firme en su propósito, listo para enfrentar cualquier desafío que el destino le deparara, con la certeza de que, mientras su corazón latiera, la llama de la esperanza seguiría viva.

Álvaro se encontraba cada vez más atrapado en un torbellino de emociones encontradas. Por un lado, sentía la satisfacción de luchar por una causa justa y la camaradería de sus compañeros rebeldes. Por otro lado, el peso de la lealtad hacia los reyes católicos lo agobiaba. La violencia y la pérdida lo abrumaban, recordándole constantemente el alto precio que debía pagar en la lucha por la justicia.

Álvaro fue descubierto y se encontró cara a cara con Mohammed, el líder de la resistencia, un hombre despiadado cuyas acciones habían causado tanto sufrimiento y destrucción. Mohammed lo llamó traidor y lo retó, desenvainando su espada. En ese momento de

tensión y peligro, Álvaro recordó las palabras de José, ‘La valentía es la capacidad de enfrentar el miedo, el peligro y la incertidumbre con coraje y resolución’, eso es lo que siempre había admirado en su hermano, y se armó de coraje y resolución y enfrento a Mohammed.

La lucha fue feroz, cada golpe resonando como un eco del acero que tantas veces había escuchado en sus prácticas con José. Álvaro luchó con determinación, con la mirada fija en su objetivo, recordando cada sacrificio, cada pérdida, cada momento de dolor que lo había llevado hasta allí. Y finalmente, con un último esfuerzo, logró derrotar a Mohammed, poniendo fin a su reinado de terror y opresión.

Álvaro se encontraba exhausto, pero triunfante, con el corazón lleno de un extraño sentimiento que solo podía describir como un profundo alivio.

En ese momento, Álvaro supo que su participación en esa tarea había llegado a su fin, pero que la lucha por la justicia y la libertad era una batalla que nunca terminaba.

A medida que los días pasaban y la paz se afianzaba en la región, Álvaro se dedicó a reconstruir lo que la guerra había destruido. Ayudó a los huérfanos y viudas que habían perdido a sus seres queridos en el conflicto, trabajó en la restauración de los hogares y las tierras arrasadas por la violencia, y se esforzó por construir un futuro más justo y próspero para todos los habitantes de Castilla.

Pero en su corazón, sabía que la batalla que había librado solo era el comienzo de un nuevo capítulo en su vida. Aunque la guerra había terminado, los recuerdos de aquellos días oscuros seguían persiguiéndolo, recordándole la fragilidad de la paz y la constante necesidad de luchar por lo que era justo y verdadero.

La vida de Álvaro, marcada por el conflicto y el coraje, se transformó en un testimonio de la fortaleza humana y de la capacidad de superación ante la adversidad. Su historia se contaba de aldea en aldea, inspirando a muchos a no ceder ante la opresión, y a luchar por sus derechos y por un futuro digno. Cada día, su leyenda crecía, y aunque él era un hombre de acción más que de palabras, sus acciones hablaban con la claridad del acero de su espada.

A pesar de que las heridas del pasado tardaban en cicatrizar, y que la amenaza de conflictos futuros siempre estaba presente, Álvaro no desistió. Sabía que la verdadera batalla no se libraba en los campos de guerra, sino en los corazones y las mentes de las personas.

Así, Álvaro no solo se había convertido en un líder recordado por su valor en la batalla, sino también como un arquitecto de paz y un conquistador.

Tiempo después, en su natal Sevilla, Álvaro cumplía 25 años, y esa noche sus compañeros y amigos lo festejarían en una afamada taberna. Intrigado por las historias que se contaban sobre él en Sevilla, muchas de las cuales seguramente ni él conocía, vistiendo su

uniforme de gala blanco de capitán del ejército, con una capa de terciopelo rojo ondeando en su espalda, caminaba con una confianza que rozaba en arrogancia, se dirigía a dar un paseo por la Plaza del Salvador. Disfrutaba de la conexión con las personas, buen conversador. Tenía una estatura prominente, ojos azules penetrantes y una risa contagiosa. Romántico, aunque con gran experiencia con las mujeres, nunca había estado enamorado.

Aquella era una hermosa mañana, la plaza rodeada de edificios de arquitectura gótica medieval y renacentista, tenía un ambiente vibrante. No era solo el azar el que lo guiaba; había oído rumores de una noble y hermosa dama en la ciudad, cuya belleza rivalizaba con la de las flores que adornaban los balcones de la Plaza. Su corazón latía con anticipación, preguntándose si ella representaría un buen reto para conquistar.

Álvaro se sentía acomplejado por la cojera que le dejó la guerra, y al mismo tiempo se sabía muy atractivo para las mujeres, atractivo que usaba para conquistarlas, cada conquista, no solo mejoran su autoestima, sino que también le ayudan a distraer la atención de su cojera y a reforzar su identidad más allá de su discapacidad.

Aunque ya casi no se notaba su cojera. Caminando por la plaza, sentía las miradas de las mujeres que se giraban al verlo. Disfrutaba ser el centro de atención,

pero ese día, su interés estaba en encontrar a esa dama. Al pasar junto a un grupo de personas, captó el susurro de un nombre: Isabella, una joven de noble cuna que visitaba la ciudad con su familia y alojándose en el Real Alcázar de Sevilla. Emocionado, se preguntó si podría ser Isabella de quien le habían hablado y se dirigió hacia el Alcázar.

Mientras cruzaba la Plaza del Salvador, notó a una joven sentada en una banca, que estaba inmersa en un libro. Su vestido sencillo, pero elegante, que dejaba al descubierto unos hombros delicados y una nuca como tallada en mármol. Se acercó con una sonrisa juguetona y la saludó:

-- "Buenos días, señorita". Al alzar la vista del libro, sus ojos rasgados de un verde profundo se encontraron con los de él, eran preciosos, dando un brillo cegador a su cara. Su boca era más bien grande, pero de un atractivo extraordinario,

-- "Buenos días, caballero"

-- "Es un día hermoso y pensé que sería aún mejor si tuviera el placer de conocer a una dama igualmente hermosa, claro si usted me lo permite. La veo muy concentrada en su lectura ¿Qué lee usted con tanto interés?"

-- "Los escritos de San Francisco de Asís. ¿A usted le gusta leer?"

-- "Si, aunque no tengo mucho tiempo libre para hacerlo"

-- "¿Qué lee usted?". Al tiempo que ella lo invitó a sentarse a su lado en la banca del parque, lo cual él aceptó. Álvaro estaba realmente impresionado con esa bella mujer, además, olía a limpio, a jabón, a mujer joven y pulcra, pero no a perfume ni a polvos. Le contestó:

-- "Obras de caballerías, como "Amadís de Gaula", y algunas otras de poesía", ¿Ya leyó usted 'La Crónica de los Reyes Católicos'?. Pregunto él.

-- "No, ¿y usted?"

-- "Sí". Contestó el

-- "Y ¿Qué opina del libro?".

-- "Preferiría guardar mi opinión hasta que usted lo haya leído. Y así tendré la oportunidad de volverla a ver, para comparar opiniones".

-- "Lo voy a leer y lo comentaremos. Ya que usted le y sabe de esos temas, me han dicho que las obras del 'Renacimiento Italiano' comenzaron a influir en Castilla, trayendo consigo los ideales del humanismo. ¿Qué opina usted del tema?" pregunto ella.

-- "Se poco del tema, pero estoy muy interesado en todos los temas humanísticos. Ojalá que algún día tengamos la oportunidad de hablar de ese tema y específicamente de los derechos básicos de los seres humanos".

-- "Ojalá que así sea y tengamos la oportunidad".

A diferencia de sus conquistas anteriores, ella no se dejó seducir por su apariencia o arrogancia, retándolo a ir más allá de su elegante fachada y descubrir al hombre

que se ocultaba debajo. Su determinación y encanto cautivaron a Álvaro. Su cabello oscuro y sedoso caía en suaves ondas alrededor de su bello rostro, enmarcando esos intensos y expresivos ojos verdes. Decidió quedarse ahí con ella, perdiendo interés en ir a conocer a la noble dama de la que había oído hablar.

-- "Ya que estamos tocando el tema del humanismo, me gustaría hacerle una pregunta, si usted me lo permite".

-- "Sí, claro". Contesto ella

-- "¿Qué opina usted de los resultados obtenidos por la Inquisición española?"

-- "Desde el punto de vista de los objetivos de los reyes, se podría considerar exitosa en el sentido de que ayudó a consolidar su poder, unificando sus reinos bajo una sola fe y eliminando o reduciendo grupos considerados una amenaza a la estabilidad religiosa y política".

-- "Desde una perspectiva humanitaria, la Inquisición es vista como un período oscuro caracterizado por la intolerancia, la persecución y la violación de los derechos humanos. ¿Aun así, considera usted que es esencial para la estabilidad política y social de Castilla?",

-- "Los reyes piensan que sí. Yo pienso que contribuye a fortalecer un reinado más centralizado y una identidad nacional española en torno al catolicismo".

-- "Es usted muy inteligente señorita y lo ha expresado muy bien, aunque yo no estoy del todo de acuerdo".

-- "Gracias caballero. He pasado un rato muy agradable, más tengo que regresar con mi familia, ya me están esperando".

-- “La acompaño”, le dijo el. Se levantaron de la banca. Álvaro pudo apreciar su figura, era esbelta, elegante, con una gracia natural en cada uno de sus movimientos. Su porte y postura reflejaba confianza y fuerza interior, pero también revelaban una delicadeza y feminidad irresistible.

Disfrutando de la plática y para su sorpresa se encaminaron en dirección al majestuoso Alcázar de Sevilla a orillas del Guadalquivir. Esa mañana la piedra dorada de la fachada brillaba bajo el sol, creando un bonito contraste con el cielo azul. En la entrada principal flanqueada por las altas torres cuadradas, se despidieron amablemente:

-- “Soy Álvaro De Covadonga” le dijo.

-- “Yo soy Isabella De Luna”

-- “¿Podíamos vernos mañana?”, le preguntó, y ella respondió con otra pregunta.

-- “¿Ya conoce usted el Alcázar?”

-- “No”,

-- “¿Le gustaría pasar a conocerlo?,

-- “Por supuesto que sí”.

-- “¿Entramos?” -dijo Isabella y luego continuó-, Estos son los famosos jardines del palacio, parece un oasis de verdor y belleza. Los jardines son una obra de arte en sí mismos, vea esos estanques rodeados de naranjos y cipreses. ¿No le parece que crean una atmósfera de serenidad y encanto?, -así siguieron recorriendo los distintos salones del Alcázar-.

Además de su inteligencia y su cultura, Isabella demostró ser una magnífica guía, llevándolo por los famosos jardines del palacio. Continuaron caminando hacia el Salón de Embajadores, donde Isabella le explicó la importancia y la decoración del lugar.

Álvaro experimentaba una constante lucha interna entre cómo se ve a sí mismo y cómo cree que los demás lo ven. Aunque es consciente de su atractivo y lo usa en sus conquistas, su cojera le servía de recordatorio constante de su vulnerabilidad. Esta dualidad lo había llevado a dudar de las intenciones de quienes lo rodean, preguntándose si lo aprecian por quién es o si se fijan en su cojera.

Al día siguiente, Álvaro pasó a buscarla al Alcázar. Isabella siempre salía acompañada de alguna de sus damas de compañía, a quien pronto dejaban rezando en la primera iglesia que encontraban, mientras ellos iban a pasear por las calles estrechas y adoquinadas de Sevilla.

Esa mañana cayó una lluvia repentina, el agradable olor a tierra mojada les dio un cambio de planes entrando a un hostel en esa misma calle.

-- “¿Quiere usted que nos sentemos a tomar algo?”

-- “Si, me gustaría, ¿platiíqueme de su familia” le pidió ella.

-- “Mi padre es el Barón Roberto De Covadonga y mi madre Susana Martínez. Somos parte de la nobleza española... de título mas no de riqueza”.

Se sentaron en dos cómodos sillones frente a una mesita de té, pronto se acercó un camarero a tomarles la orden,

-- “Dos bebidas calientes. -dijo Isabella y continuó diciendo- La razón por la que estamos en Sevilla es porque mi padre, que como usted ya sabe es el Barón Juan De Luna, busca tener el apoyo de algunos nobles sevillanos ante la corte de los Reyes Católicos, él desempeñó un papel importante como consejero del rey Juan II de Castilla, el padre de la reina, pero hoy su influencia en la corte ha disminuido mucho”.

--“¿Usted cree que pueda ayudar a mi padre?

-- “Le preguntaré al mío que puede hacer para ayudar”.

Después, cuando paró la lluvia, salieron del hostel, el empedrado estaba húmedo y el cielo encapotado; calcularon que pronto caería otro de esos chaparrones de primavera, por lo que pasaron por la iglesia a recoger a la dama de compañía y de ahí regresaron al Alcázar.

Aquella noche, al llegar a la casa de sus padres, Álvaro preguntó sobre el Barón De Luna. Su padre le informó que el Barón había venido a menos por haber manejado mal un encargo del Rey Juan II de Castilla. Mencionó que no sabía mucho al respecto y carecía de conexiones en Granada para poder ayudar. Álvaro expresó su intención de presentarles a Isabella, con lo que ellos estuvieron de acuerdo.

Para su tercer encuentro con Isabella, Álvaro se arregló elegantemente como capitán del ejército. Isabella llegó

vestida con gracia y modestia, en un vestido de corte tradicional de tela fina color rosa pastel, adornado con encajes. Se veía preciosa con su cabello recogido elegantemente y una mantilla ligera que completaban su atuendo.

Decidieron dar un paseo por los jardines del Alcázar. Era un bonito día de cielo azul sin nubes. Caminaron lentamente, disfrutando de la belleza del lugar y de la compañía el uno del otro, conversando sobre sus sueños y deseos, Álvaro preguntó:

--“¿Qué desea usted en su vida?

-- “A pesar de que en nuestros círculos los matrimonios son arreglados, yo deseo un compañero con el que comparta un vínculo emocional genuino, amor o al menos respeto mutuo. La devoción y práctica religiosa son parte fundamental de mi vida, me siento inclinada a patrocinar mis deberes piadosos. Y aunque las restricciones sociales son importantes, yo desearía cierto grado de libertad personal para perseguir mis intereses, como la lectura y el arte. Y usted Álvaro, ¿Qué desea usted en su vida?”.

-- “Servir con lealtad al rey, y si se me requiere, ir a las batallas, logrando honor y gloria. Sobrevivir y regresar a casa sano y salvo. Encontrar el amor de una mujer y hacerla la compañera de mi vida. Formar con ella una familia, buscando estabilidad emocional y un hogar al que me diera gusto regresar. Luego, algún día, ayudar a

mi padre con sus quehaceres como Barón en la administración de los bienes de la familia”.

Con sus conversaciones se había creado un ambiente de intimidad y conexión. En un instante de quietud, con la belleza del Alcázar de fondo, Álvaro tomó la mano de Isabella, ella lo miró y sus ojos revelaban sorpresa y nerviosismo. Movido por la emoción del momento y sus sentimientos, Álvaro se inclinó hacia ella, y ella respondió acercándose a él. Sus labios se encontraron en un beso tierno y cuidadoso, marcando el inicio de una nueva intimidad entre ellos, y un cambio en su relación de cortesía formal, a uno más profundo y personal.

A medida que su relación se desarrollaba, Álvaro se enfrentó a un desafío nuevo: la necesidad de ser más que solo un caballero y de encontrar la humildad para amar verdaderamente. Isabella lo desafió a explorar su interior y a enfrentar sus miedos. Aunque las experiencias traumáticas de Álvaro lo habían hecho más empático, Isabella le enseñó que también hay espacio para la compasión, la bondad y el amor verdadero.

Al siguiente día juntos, recorrieron un barrio afectado por la guerra contra los moros, donde Isabella le preguntó sobre su participación en esa guerra. Álvaro compartió que, con su hermano José, habían sido entrenados en las artes de la guerra desde jóvenes. Participaron en la campaña del Reino de Castilla que

culminó con la toma de Granada. Le relató el dolor de perder a su hermano gemelo en esa misma batalla y su propia herida grave en la pierna, que le exigió volver a aprender a caminar. La parte más difícil fue informar a sus padres sobre la muerte de José. Meses después, fue nombrado Capitán del Ejército Español, un título que no compensaba la pérdida de su hermano.

-- “No me puedo imaginar lo duro que debe ser, especialmente para una madre. Lo siento mucho Álvaro”.

-- “Ya han pasado diez años y lo sigo extrañando como si acabara de suceder. Todavía tengo pesadillas por los horrores de la guerra”.

A medida que Álvaro y Isabella compartían sus experiencias, él descubría que su corazón se llenaba de una pasión diferente. Su anhelo ya no era simplemente la victoria de otra conquista amorosa, sino conquistar el amor de ella. Álvaro deseaba ser el héroe de Isabella, de protegerla de cualquier peligro que pudiera amenazarla a ella o a su relación.

Al día siguiente, Álvaro fue a buscar a Isabella al Alcázar. Ella llegó radiante de belleza y alegría. Él la saludó con entusiasmo:

-- “Buenos días, está usted preciosa ¿Quisiera ir de paseo por el Guadalquivir? Tengo arreglado un pequeño paseo en bote de remos, el muelle está a poca distancia de aquí, le gustará”.

-- "Si vamos. Espero que sepa usted remar".

Era una hermosa mañana soleada con un cielo azul despejado. Se dirigieron hacia el muelle donde un lanchero conocido de Álvaro les esperaba con un pequeño bote de remos para su paseo. Durante el paseo, Isabella mencionó que en la cena de la noche anterior en el Alcázar había hablado sobre Álvaro con un amigo sevillano de su familia llamado Raúl. Quien le contó que José, el hermano de Álvaro, había hecho historia en Sevilla por un duelo a muerte con el hijo del sultán, defendiendo el honor de una mujer. Intrigada, le preguntó sobre ese duelo.

Álvaro le explicó que, en efecto, José y él, eran hábiles espadachines porque practicaban constantemente.

-- "Si en la primavera de 1491 aquí en Sevilla. Un atardecer José había intervenido para defender el honor de una dama maltratada, lo que resultó en un desafío a duelo con un árabe musulmán, que era el primogénito del Sultán Boabdil. El joven se llamaba Abu Abdallah Muhammad XIII y estaba acompañado por su hermano Ahmed.

El duelo fue acordado para la mañana siguiente en La Puerta Jerez, junto al Guadalquivir. Cada combatiente llevaría un ayudante llamado 'Segundo' para asegurar un combate justo. Yo fui el Segundo de José, mientras que Ahmed lo fue de Abu Abdallah. El objetivo del duelo no era necesariamente matar al oponente, sino infligir una herida significativa que demostrara la superioridad

del vencedor. El Segundo tenía la opción de pedir misericordia para el vencido o dejar que el duelo siguiera hasta sus últimas consecuencias.

Al amanecer del día siguiente, José y yo llegamos al lugar indicado para el duelo. José se mostraba tranquilo, consciente de su buena preparación. Los contrincantes arribaron acompañados por una comitiva que incluía al desafiante, su Segundo, dos personas adicionales y un médico.

El duelo comenzó según lo pactado. José, con gran destreza, evadió todos los ataques de su adversario y pronto infligió una herida significativa que demostró su superioridad. Luego, hizo una pausa, esperando la intervención del ‘Segundo’, o sea su hermano Ahmed. Sin embargo, el propio hermano del desafiante se negó a pedir misericordia al vencedor y optó por no suplicar por la vida de su hermano vencido, mostrando una clara intención de dejarlo morir. A pesar de la insistencia de su médico, Ahmed no intervino. A José no le quedó alternativa y terminó con su oponente como estaba acordado.

Tras el duelo, Ahmed juró dedicar su vida a vengar a su hermano, amenazando a José y Álvaro, prometiendo encontrarlos y matarlos a ambos, aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

- “Que historia tan trágica, ¿Ha usted tenido algún altercado con Ahmed?”
- “No ninguno, me imagino que después de la victoria de los reyes católicos, el sultán Boabdil y su familia fueron desterrados en 1492, ya hace nueve años de eso, seguramente ya se le olvido”.
- “Gracias Álvaro por compartir la historia y también por el agradable paseo en lancha, le tendré que dar un reconocimiento como buen remero”.

Isabella quedó asombrada con la narración del duelo. Al final del paseo, regresaron al Alcázar, donde la familia de Isabella la esperaba, ya que al día siguiente viajarían a Granada, su lugar de residencia.

Con el cambio de estaciones, Álvaro también debía incorporarse al ejército, y acordaron verse en Granada tras su regreso.

En otoño de ese año, Álvaro fue a la Alhambra de Granada en busca de Isabella. Sabía, por las cartas de ella, que asistía diariamente a misa en la Santa Iglesia de la Encarnación. Allí la encontró una mañana, entrando a la iglesia para la segunda misa acompañada de dos de sus damas. Álvaro esperó unos minutos antes de entrar a la iglesia y se acercó sigilosamente a saludarla. Isabella, sorprendida al principio, pronto mostró una alegría que iluminó toda la iglesia con su sonrisa. Él se arrodilló a su lado hasta el final de la misa. Al salir,

Isabella le presentó a sus damas de compañía y le pidió que la esperara ahí mismo en la iglesia, tenía que ir a su residencia por solo un momento.

Álvaro esperó, atando a su caballo 'el Chírolo' a un árbol. Tras un buen rato, Isabella regresó en su carruaje tirado por un solo caballo, de esos llamados "Tipo Chaise", y lo invitó a subir para recorrer la Alhambra. Dentro del carruaje, se abrazaron y se besaron, reafirmando su amor. La conversación giró en torno a conocer más sobre sus vidas, complementando lo que ya sabían por sus cartas.

Se dirigieron a 'La Alcazaba', la parte más antigua de la Alhambra, originalmente una fortaleza militar. Durante el recorrido, Álvaro le señaló a Isabella el lugar de aquella batalla de 1492.

-- "Mire, ahí fue donde me hirieron."

-- "Platíqueme como fue."

Él le contó sobre ese día sin entrar en los detalles horribles, tanto de la muerte de José como de su propia herida. Isabella se compadeció de él, y Álvaro le aseguró que con el tiempo se había adaptado físicamente a su discapacidad y esa terrible experiencia le ayudó a formar a la persona en que se había convertido. Animado, pidió a Isabella que le mostrara más de la Alhambra.

-- "Pobre de usted, mi amor, que duro ha de haber sido. ¿Preferiría usted visitar alguno de esos palacios en

particular, o ir a un lugar campirano que conozco, donde podríamos disfrutar de una comida especial?

-- “Definitivamente voto por la segunda opción”.

Salieron de la ciudad, y un camino recto los llevó a través de la campiña andaluza, con vistas panorámicas a las montañas y paisajes ondulantes de olivares y viñedos. Se detuvieron en una colina cubierta de exuberante vegetación, almendros y naranjos, con un arroyo de aguas cristalinas que fluía serpenteante. La colina estaba adornada con un manto de amapolas y margaritas, creando un ambiente naturalmente hermoso y perfumado. Ella encontró el lugar perfecto para un día de campo al sol y le preguntó:

-- “¿Qué le parece este lugar para detenernos?”

-- “Perfecto” contestó él.

A Isabella le habían preparado dos cestas de mimbre con delicias como quesos caseros, frutas frescas, pan recién horneado y vino de la región. Luego bajaron del carruaje una manta suave para recostarse y unos bonitos cojines de colores vivos. Antes de disfrutar de la comida, Isabella y Álvaro se abrazaron y se besaron apasionadamente, recostándose sobre la manta y explorando sus cuerpos con deseo y pasión, jugando con sus lenguas, la apretaba hacia su cuerpo para que sintiera su excitación y lo detuviera... o no. Seguían desesperados acariciándose mientras le quitaba sus ropas. Para ese momento ya no le sería fácil detenerse, y pensó que ella tampoco querría que lo hiciera, así que

siguieron adelante hacia lo inevitable.

Exhaustos y desnudos, recostados sobre la manta, Isabella comentó:

-- “¿Se has dado cuenta que estamos siendo bautizados por la luz dorada del sol andaluz?

-- “Si y me encanta”.

Ciertamente era un ambiente cálido, donde la suave brisa transportaba fragancias de flores y cítricos, mientras que el canto de los pájaros llenaría el aire con sus melodías.

Luego compartieron algo de lo que traían las cestas de mimbre. Fueron momentos especiales que sellaron su amor, creando recuerdos indelebles. En el camino de regreso Isabella dijo:

-- “Mi padre sabe de usted, le confesé nuestra relación, le dije que le amaba. Pero como eso no se alineaba con sus intereses, me prohibió volverle a ver, pero usted no se preocupe, yo me encargaré de arreglar ese conflicto familiar”.

Al llegar donde Álvaro había dejado al Chírolo, Isabella le dijo:

-- “Álvaro le amo con todas mis fuerzas y deseo formar una familia con usted.

-- “Yo también la amo y quiero que sea mi mujer para toda la vida. Le prometo hacer todo lo necesario para hacerla feliz”.

Sabían que Álvaro debía regresar al ejército en Sevilla. Se despidieron con un largo beso lleno de amor y ternura. El regresó al ejército justo cuando se inició la segunda guerra de Nápoles, un conflicto en el que Álvaro como capitán tuvo que participar.

El ejército español era reconocido mundialmente por su poderío militar, para un caballero como Álvaro, ser parte de él era un orgullo, una forma de demostrar valor, obtener fama, prestigio y oportunidades económicas. A pesar de su habilidad y valor en el campo de batalla, Álvaro añoraba la paz y extrañaba a Isabella constantemente, sintiendo la necesidad de estar con ella.

Lo que Álvaro nunca imaginó era que su amor con Isabella se vería envuelto en conspiraciones y traiciones en la corte de Castilla. Las cartas que recibía de ella reflejaban su tristeza y desilusión hacia su familia, parientes y amigos. A pesar de su deseo de regresar a su lado, Álvaro no podía abandonar sus obligaciones en el campo de batalla. En este proceso, se volvió vulnerable y aprendió a aceptar sus emociones, a confiar en el amor y a dejar de lado la arrogancia que lo había caracterizado. Tanto en la guerra como en el corazón, descubrió que había más en él de lo que jamás había imaginado, sintiéndose orgulloso y a la vez vulnerable.

Una noche oscura, exhausto pero alerta en el campo de batalla, Álvaro se refugió brevemente bajo su carpa para

revisar los mensajes y órdenes para el día siguiente. Entre los pergaminos, encontró una carta sellada con el emblema de los De Luna. Su corazón, acostumbrado al ritmo de la guerra, ahora latía con esperanza y temor al reconocer que era de Isabella.

Con manos temblorosas, abrió la carta. Las palabras de Isabella revelaban su desesperación y determinación. Ella le contaba que su padre había concertado un matrimonio entre ella y Diego Mendoza, hijo del Cardenal Mendoza, sin su consentimiento. A pesar de esta noticia preocupante, Isabella instaba a Álvaro a mantener la calma y concentrarse en sus deberes, asegurándole su fidelidad y promesa.

Álvaro conocía a Diego Hurtado de su época en el ejército y sabía de su carrera militar y diplomática. También había oído que Diego lo odiaba, aunque desconocía la razón.

Pocos días después de recibir la carta de Isabella, Álvaro recibió otra carta, esta vez de su madre, informándole que Isabella había sido secuestrada en Granada. Desesperado por regresar, Álvaro tuvo la fortuna de que el capitán Núñez de Balboa recibiera órdenes de regresar a Castilla, lo que aceleró su vuelta.

Una vez en Sevilla, Álvaro fue liberado de sus deberes militares y se dedicó completamente a la búsqueda y rescate de Isabella. Sin embargo, en Sevilla se sabía

poco sobre su secuestro. Álvaro emprendió una intensa búsqueda para encontrarla y rescatarla.

Isabella, vivía con su familia en Granada y había sido secuestrada allí. Álvaro se apresuró a preparar su viaje, esperando hacer el trayecto que normalmente duraría poco más de dos días, en día y medio montando a Chírolo, conocido por su fuerza y rapidez.

Al llegar a Granada, intentó contactar a la familia de Isabella sin éxito. Sin información de la familia, se le dificultaba encontrar pistas sobre el secuestro. Visitó a algunos nobles conocidos en Granada para tratar de encontrar alguna pista del secuestro, el primero fue a Juan Pacheco, Marqués de Villena, un noble castellano conocedor de las intrigas de la corte. Para su sorpresa, en el palacio del Marqués de Villena, se encontró con el otro noble con quien tenía planeado hablar, pues había sido aliado de Pedro De Luna, hermano del padre de Isabella, y podría tener alguna información sobre el secuestro.

El Marqués de Villena le informó que no sabía nada sobre ese tema. Álvaro sospechó que Pedro De Luna, tío de Isabella, debería tener alguna información, pero él negó saber algo concreto. Luego dijo que el secuestro podría estar relacionado con una disputa por unas tierras de las que su hermano, Don Juan, padre de Isabella, tenía título y posesión. Álvaro estaba familiarizado con conflictos por títulos de propiedad,

sabiendo que podían ser emitidos, tanto por la Corona, como por otros nobles.

Con poca información, Álvaro se dirigió a la Santa Iglesia de la Encarnación, donde Isabella había sido secuestrada. Preguntó a todas las personas que pudo, desde los altos mandos de la iglesia hasta los fieles. Finalmente, después de algunos días, se encontró con una mujer, ya de edad avanzada, muy fiel a los rezos del rosario que fue testigo del secuestro. Ella le narró el hecho:

-- “Después del rezo del rosario me quedé a orar por mi cuenta, la iglesia tenía más aroma del incienso que de costumbre, tanto que la luz de las velas parpadeantes creaba sombras en el humo del incienso y en las paredes de piedra. -Después de una pausa siguió-, era una noche fría, oí susurros como ‘de traición’, que salían de la sacristía; la dama estaba en la primera fila, frente al altar, en uno de los bancos de madera tallada, y yo en la última fila; ella se arrodilló. En la penumbra de la sacristía, vi que un grupo de hombres la observaba con sigilo, dos hombres se acercaron a ella mientras ella continuaba con sus rezos. Uno de los hombres con su mano presionó un trapo blanco sobre la nariz de la dama, ella luchó por mantenerse parada, pero sus piernas cedieron y cayó al suelo. Luego oí una voz que salía de la sacristía "Tráiganmela", dos de los hombres fuertes se apresuraron a cargarla, uno de los brazos y el otro de las piernas, luego oí que dijeron “listo Diego, ya vamos”. Después salieron de la capilla en silencio, y se

fueron en la oscuridad de la noche, eso es todo lo que vi”.

Álvaro, tras indagar entre sus conocidos, descubrió que Diego Ramírez era la mano negra de Don Fernando Guerrero, enemigo jurado de la familia de Isabella. Decidido a encontrar a Diego, lo confrontó en una calle de La Alcazaba. En el enfrentamiento, Álvaro hirió a Diego, quien bajo coacción le reveló que Isabella había sido vendida a árabes para ser sacada de Castilla. Antes de perder el conocimiento, Diego mencionó que los árabes planeaban llevar a Isabella por la costa de Motril hacia Oujda.

Álvaro dejó a Diego morir y partió hacia Sevilla para preparar su viaje a Motril, con la esperanza de encontrar pistas sobre Isabella. En Sevilla, buscó alguna información adicional sobre el secuestro sin éxito, solo se sabía la fecha y el lugar del hecho. Convencido de que el secuestro era un acto de venganza y que Isabella había sido vendida a árabes, Álvaro se dirigió a Motril. Ahí, con la ayuda de Al-Sabah, un comerciante árabe, le dijo que Isabella había sido subida a un dhow, un barco árabe tradicional, el que naufragó por una tormenta.

Desesperado, Álvaro decidió viajar a Oujda, en el norte de África. Al llegar, se enteró de que el sultán Boabdil había muerto y que Ahmed, su hijo, era ahora el nuevo Sultán. El mismo Ahmed que había jurado perseguirlo para matarlo y así vengar la muerte de su hermano.

Álvaro se topó con alguien que lo reconoció y tuvo que huir. Sabiendo que lo buscarían en el puerto de Oujda, tomó un camino alternativo por tierra hasta Nador, desde donde embarcó hacia Castilla.

De regreso en Sevilla, Álvaro sumido en una profunda angustia y desesperación. Volvió nuevamente a Granada para continuar buscando respuestas, pero ni el Marqués de Villena ni Pedro De Luna tenían información adicional.

Álvaro regresó a Sevilla con una profunda tristeza, enfrentando el mayor desafío emocional de su vida. Se recluyó en la casa de su familia, pasando muchos días sin poder tomar decisiones. Lleno de dudas y sin información clara, se preguntaba si realmente había sido Isabella quien fue llevada en el dhow, si Diego Ramírez le había mentado, o si el Diego mencionado por la testigo del secuestro era en realidad Diego Hurtado de Mendoza,

Después de terminar sus obligaciones en el ejército, a pesar de que había pasado casi un año desde el secuestro de Isabella, Álvaro decidió regresar a Granada en busca de respuestas. Conversó nuevamente con el Marqués de Villena y Pedro De Luna, pero no obtuvo más información. El Marqués lo llevó a ver al padre de Isabella, el Barón Juan De Luna, quien, aunque consintió en verlo, no proporcionó información adicional y parecía haberse resignado a la idea de que su hija estaba

muerta.

Álvaro también intentó buscar a Diego Hurtado de Mendoza, el ex prometido de Isabella, pero se enteró de que estaba fuera de Castilla en una misión de la corona. De vuelta en la villa del Marqués, éste le sugirió ir al carnaval de Venecia, idea apoyada por Pedro De Luna, quien elogió el evento como uno de los más bellos de Italia y del mundo.

Desanimado y convencido de que la actitud de la familia de Isabella era extraña y sospechosa, Álvaro regresó a Sevilla. Afligido por la ausencia de Isabella y sintiendo que su propósito en la vida había desaparecido, se sumió en la desesperación. Cada día era una eternidad de agonía y las noches se volvían insoportables, llenas de recuerdos dolorosos. Las calles de Sevilla, que una vez apreció por su belleza, ahora le recordaban a Isabella en cada esquina.

Fue hasta 1507 que volvió a saber de Isabella. La reina Isabel I de Castilla le había ofrecido un puesto de Cortesano en la corte de Portugal, reportando directamente a su hija la reina Isabel de Aragón y Castilla, casada con el rey Manuel I de Portugal. Un año después de su participación en la corte de Lisboa, el rey daba con una importante recepción en honor al nuevo embajador de Francia, en el palacio de Sintra. La recepción se celebró con un baile de gala, donde los invitados bailaban al son de la música en un ambiente

de alegría y celebración... cuando, de repente vio a una mujer que le pareció conocida que caminaba en dirección a él...

“Isabella...”, susurró su nombre como una oración, casi sin atreverme a creer lo que veía. Ella se detuvo a pocos pasos, de él, su mirada revelando sorpresa y emoción. Aquellos ojos por los que él había llorado creyéndolos perdidos para siempre, ahora le miraban con intensidad.

-- “Álvaro”, -dijo Isabella con voz temblorosa- Pensé que nunca te volvería a ver”. El avanzó hacia ella, sus manos temblando al rozar las suyas.

-- “Creí que habías muerto, Isabella. Me destrozó la noticia de tu secuestro”. Isabella le miró con tristeza y sus ojos se llenaron de lágrimas.

-- “No, Álvaro, no morí. Fui secuestrada por Diego... mi prometido de aquel entonces, ¿Recuerdas?, el elaboró un complejo plan para secuestrarme, porque sabía que yo estaba muy enamorada de ti y que de ninguna manera me casaría con él. Luego de un tiempo, aquí en Lisboa nos casamos contra mi voluntad, al principio. Durante años, estuve prisionera de mi amor por ti, incapaz de escapar y sin noticias tuyas. Ahora estoy tranquila tengo dos hijos y una hija nacida hace apenas 8 meses”.

Álvaro sintió una mezcla de alivio, alegría y rabia. Había sufrido en silencio durante años, creyendo que había perdido a la mujer que amaba, mientras ella estaba

sufriendo un tormento aún mayor. Tomando sus manos con firmeza le dijo:

-- "Isabella, buscaré venganza si así lo deseas, pero lo más importante es que estás aquí ahora". Ella asintió con gratitud y tristeza en sus ojos.

-- "Álvaro, mi amor, has sido la luz en mi oscuridad durante todos estos años... No puedo cambiar el pasado, dejemos las cosas como están, pero ahora podré vivir el presente con tranquilidad, sabiendo que tú estás bien".

Se despidieron, confusos, pero tranquilos, cómo dos estrellas que se cruzan en el firmamento sin chocar. Álvaro no pudo pensar en ninguna otra cosa por algún tiempo.

## Capítulo II.- 'Caterina'



Caterina

1503 viaje a Venecia

Álvaro decidió considerar la idea de ir al carnaval de Venecia, viendo en ello una oportunidad para distraerse y alejarse de Sevilla por un tiempo. Analizó la posibilidad de viajar en barco o a caballo, optando por esta última opción por el atractivo de la aventura que el camino podría ofrecer. Montando a Chírolo, su fiel caballo, Álvaro emprendió el largo y peligroso viaje hacia Venecia, un trayecto que estimó en aproximadamente cinco semanas. Los primeros días transcurrieron sin

contratiempos, con Chírolo avanzando con paso firme y seguro. Sin embargo, al cruzar la frontera hacia Francia, se enfrentaron a paisajes más desafiantes, con montañas imponentes y caminos estrechos y sinuosos.

Una noche, mientras acampaban en un claro del bosque, Álvaro fue sorprendido por un grupo de bandidos. Rápidamente, fue despojado de casi todas sus pertenencias, incluido un precioso reloj de oro regalado por su padre. Pero lo que más temía era que se llevaran a Chírolo. Lo que no ocurrió porque el caballo, demostrando una astucia inesperada, dio una patada a uno de los bandidos y corrió hacia el bosque. Aprovechando el momento de confusión, Álvaro logró escapar y se adentró en el bosque siguiendo a Chírolo. Después de horas de búsqueda, encontró a su fiel corcel y compañero esperando pacientemente junto a un arroyo. En la silla de montar sobre el caballo, tenía escondidas las monedas de oro para iniciar su vida en Venecia. Aunque el robo los había dejado sin provisiones, sintió una gratitud inmensa por no haber perdido a Chírolo, así juntos, continuaron su viaje hacia Venecia. Álvaro reflexionó sobre la volatilidad de la vida y la importancia de seguir adelante a pesar de las adversidades.

Llegó a Venecia, una ciudad extraordinaria compuesta de islas conectadas por puentes y canales, con edificios que surgían de las aguas como un sueño. Se hospedó en

el Monasterio di San Giorgio Maggiore, dejando a Chírolo en un establo de la vieja ciudad.

En Venecia, Álvaro experimentó días interesantes por la novedad del carnaval, pero melancólicos buscando a Isabella entre las multitudes. La ciudad, con su belleza y vida social, contribuyó lentamente a su recuperación. Álvaro se familiarizó con la Serenísima República de Venecia y su gobierno, así como con la vida cultural y artística de la ciudad, haciendo amistad con algunos de sus artistas y pintores más prominentes.

La confianza en sí mismo fue resurgiendo, y su participación en la vida social veneciana se hizo más reconocida. Fue invitado a un evento que tuvo lugar en un elegante palacio con vistas al canal central de Venecia. La decoración era opulenta, con ricos tapices, pinturas al óleo adornando las paredes y esculturas en los rincones. Grandes ventanas y balcones abiertos ofrecían vistas impresionantes de la ciudad, mientras que la luz de velas y antorchas creaban un ambiente íntimo y acogedor. Los invitados vestían ropas finas, típicas de la nobleza veneciana, con tejidos lujosos y joyería.

Las conversaciones giraban en torno a temas de arte, literatura, filosofía y los últimos acontecimientos políticos y culturales de Europa. La comida y el vino eran abundantes, con exquisitos platos venecianos y vinos de las regiones circundantes de Italia. Esta reunión se caracterizó por su atmósfera relajada pero intelectual,

con una mezcla de artistas, poetas, músicos, filósofos y mecenas del arte. Los poetas recitaban sus últimas obras, mientras que los artistas discutían técnicas y tendencias en pintura y escultura.

La música jugó un papel central, con actuaciones de varios músicos y cantantes. Álvaro centró su atención en una cantante llamada Caterina Morosini. Sus ojos se posaron en ella, una joven noble de una influyente familia veneciana. Tenía una piel blanca ligeramente bronceada, grandes ojos negros, una nariz perfecta y labios carnosos que completaban su impresionante belleza. Además, tenía una voz tan bella y armónica como toda ella. Esa noche su actuación fue muy aplaudida.

Luego, un grupo de personas la rodeó, él se unió al grupo, todos la felicitaban y pronto el tema cambió a asuntos políticos de la república, donde Caterina también destacó. Ella realmente cautivó la atención de Álvaro con su astucia y apasionada dedicación a la política. En un momento sus miradas se encontraron. Sintió algo especial y, a pesar de la multitud, se acercó a ella y le pidió una cita para el día siguiente. Ella aceptó, aunque de manera inusual, dijo que iría a donde él se hospedaba en lugar de que él la buscara.

El monasterio San Giorgio Maggiore estaba situado en la isla del mismo nombre, frente a la Plaza de San Marcos. Ahí llegó Caterina muy puntual. El monasterio contaba con un desayunoador donde se sentaron a platicar. La

plática resultó ser una continuación de la tertulia del día anterior. Ella pronto se tuvo que retirar, y Álvaro sintió que solo había ido para conocerlo mejor. Acordaron encontrarse esa misma noche para cenar en 'El Arlequín', un restaurante conocido por su privacidad y bella vista a la Plaza de San Marcos.

Álvaro llegó temprano, vestido con elegancia discreta. Caterina llegó poco después, deslumbrante en un vestido que reflejaba los colores cambiantes del cielo al anochecer, su belleza acentuada por la sencillez y el buen gusto.

-- "Está usted muy bella y elegante".

-- "Gracias, Álvaro, usted también viste muy elegante".

-- "Me gustó la tertulia de anoche, no las tenemos así en Sevilla".

-- "Tengo entendido que allá los temas preferidos son religiosos".

-- "No en mi círculo de amistades, hablamos de todo tipo de temas, incluyendo los humanistas".

-- "Ese es uno de mis temas favoritos", dijo ella.

-- "Anoche la oí hablar de política y quedé muy sorprendido positivamente. En Castilla, son pocas las mujeres que hablan de política, o que conocen del tema".

-- "Aquí, las tensiones internas entre familias nobles y la lucha para evitar la corrupción y el poder absoluto del Doge son temas recurrentes. La estructura política de Venecia está dominada por una aristocracia en torno al Gran Consejo y el Doge, y se hacen continuas adaptaciones para mantener la estabilidad y el control".

Mientras cenaban, su conversación fluyó libremente. Descubrieron una sintonía sorprendente en sus perspectivas y un placer compartido en el intercambio de ideas. Ambos tenían buen sentido del humor, y sus risas se oían por todo el Arlequín. Las miradas cómplices no tardaron en entrelazarse con su diálogo, creando una conexión que iba más allá de lo intelectual.

-- "Déjeme contarle que soy restauradora de arte. Hace dos semanas recibí el encargo de mi vida: restaurar una colección de cuadros en el antiguo palacio Malipiero en el canal Becaire. El palacio es propiedad del enigmático Silvestro Zemei, quien recientemente lo heredó. Desea renovarlo y abrir un museo en honor a la turbulenta historia familiar. Mientras trabajaba en la restauración de un cuadro, descubrí una pintura oculta detrás de otra. Fui quitando con mucho cuidado la pintura de arriba, que no tenía valor artístico, y descubrí una obra maestra. Es el retrato de una mujer idéntica a mí, pero vestida con ropas de siglos atrás. El cuadro está firmado por V. Foppa. Este hallazgo me inquietó y quiero investigar la historia del palacio y de la misteriosa mujer en el cuadro".

-- "Qué interesante, cuénteme más, ¿qué ha averiguado?".

-- "Nada aún. Silvestro se mostró reacio al principio a desenterrar el pasado familiar. Siento que él se encuentra atraído por mí y ha dejado su determinación por resolver el misterio en segundo término. Sin embargo, me ha mostrado antiguas cartas que revelan un misterioso secreto que la familia Zemei ha ocultado por siglos. En una carta narra una historia de amor trágico y una traición. Mientras más me acerco a la verdad, comienzan a ocurrir incidentes extraños en el palacio, como si una presencia no quisiera que se descubrieran sus secretos".

-- "Caterina, le quiero pedir un favor".

-- "Con mucho gusto, Caterina. ¿Quiere regresar a descubrir la última pieza del misterio y quiere que yo la acompañe, es eso lo que me va a pedir?".

-- "Sí, ¿lo haría?".

-- "Con gusto, ya me siento intrigado por ese misterio".

-- "No me siento atraída por Silvestro, por lo que me resisto a regresar sola".

Al día siguiente, Caterina y Álvaro fueron al palacio Malipiero. Silvestro no se encontraba ahí. Caterina se dedicó a su trabajo de restauración mientras Álvaro leía los documentos que Silvestro le había mostrado a Caterina, entre los que encontró que la familia Morosini

había sido propietaria del palacio Malipiero. Álvaro le mostró el documento a Caterina y le dijo:

-- "Mire, Caterina, la mujer en el cuadro

podría ser su antepasada y ese trágico amor del pasado podría ser la raíz de la maldición del palacio".

-- "Es posible, pero prefiero renunciar al trabajo y no volver a este palacio que está maldito".

De regreso en la góndola, mientras se deslizaban por el agua tranquila, rodeados por la magia de Venecia, Álvaro dijo:

-- "Me alegro mucho de que hayamos venido. Tenía muchas ganas de pasar más tiempo con usted".

-- "La pasé muy bien ayer y no podía esperar a verle. Por cierto, está muy guapo hoy".

-- "¡Gracias! Usted se ve increíble. Entonces, dígame, ¿qué le hizo invitarme a que le acompañara hoy?".

-- "Desde el momento en que le conocí, hubo una buena conexión, podría decirse que instantánea. Me sentí muy cómoda y a gusto en su presencia. Es inteligente, divertido y genuinamente amable. Quería conocerle mejor y ver hasta dónde podría llegar esto".

-- "Es muy dulce de su parte decirlo, Caterina. Yo me siento igual. Hay algo en usted que me hace sentir como si la conociera desde hace mucho más tiempo que una

simple cita. Me encanta lo fácil que es conversar con usted y cómo podemos ser nosotros mismos el uno con el otro".

-- "Es raro encontrar a alguien que realmente escuche y comprenda. Me emociona compartir mis pensamientos con usted", dijo ella.

-- "No podría estar más de acuerdo. Siento que estamos construyendo algo verdaderamente significativo aquí".

-- "Sí, tomemos las cosas a nuestro propio ritmo y disfrutemos cada momento. Quiero conocer mucho más de usted, sus pasiones, sus peculiaridades, sus pasatiempos favoritos. Tengo la sensación de que esto podría ser algo realmente especial".

-- "Ojalá que así sea, yo también tengo ese sentimiento. Me siento increíblemente afortunado de haberle encontrado".

-- "¡Salud por eso, querido Álvaro!".

Álvaro la tomó de la mano, ella respondió a su gesto con una sonrisa cálida y una mirada que decía más que mil palabras. En ese momento, el mundo parecía reducirse a ese pequeño espacio en la góndola, donde sus almas encontraban un entendimiento y una atracción innegable. Mientras la góndola continuaba su recorrido, los dos sabían que ese día era solo el comienzo de algo especial, extraordinario, una historia que apenas empezaba a escribirse en las aguas eternas de Venecia.

Al día siguiente, Álvaro y Caterina se reunieron nuevamente en el Arlequín. Caterina trajo a dos de sus amigas, Brenda y Lucia. Álvaro sintió como si ella hubiera guardado en un cajón su incipiente romance, del que esa noche no lo quiso sacar. La reunión se enfocó en formar una coalición para abordar los problemas sociales de Venecia. Álvaro percibió que Caterina era más idealista y menos romántica de lo que él había imaginado.

La 'Coalición Reformista de Venecia' creció rápidamente, abarcando una variedad de temas y problemas. La relación que había empezado como una amistad entre dos mentes afines se transformó en algo más grande, pero menos significativo. Se involucraron más en discusiones sobre el futuro de la república y sus ideas para cambiar su curso, sin fomentar su romance.

Álvaro y Caterina se vieron cada vez más inmersos en las complejas intrigas políticas de Venecia. La amistad y atracción entre ellos se mantuvo firme, aunque sin cambio. A menudo quedándose a hablar sobre sus experiencias personales después de las reuniones y nada más.

Caterina, debido a su afición al canto, era invitada a tertulias bohemias, a las que Álvaro la acompañó ocasionalmente. En una de estas tertulias, organizada por Paolo Veronese, un destacado pintor veneciano, Caterina deslumbró a todos con su talento. Posteriormente, Álvaro se sintió molesto cuando

Caterina saludó cariñosamente a Mauro Contarini, un amigo suyo. Más tarde, ella le informó que debía irse con Mauro a otro evento, dejándolo ahí, en ese evento al que ella lo había invitado. Se sintió sorprendido, abandonado, y reflexionando sobre sus sentimientos hacia ella, se dio cuenta de que Caterina ocupaba sus pensamientos constantemente.

Él sabía de una famosa adivinadora, o hechicera, en la 'Issola delle Tresse' y al día siguiente la fue a consultar. Al llegar, lo recibió invitándolo a pasar. Ella recibía a sus clientes con cortesía, pero con un aire de misterio, en un interior modesto pero acogedor, lleno de objetos relacionados con las prácticas adivinatorias de su profesión. La estancia estaba iluminada por velas, creando un ambiente íntimo y misterioso. En el centro, una mesa redonda cubierta por un paño oscuro, sobre el cual se esparcían diferentes herramientas de adivinación: cartas, runas, una pequeña esfera de cristal y, tal vez, huesos tallados o monedas antiguas usadas para el sortilegio.

La adivinadora, una mujer de mediana edad, con una mirada penetrante y serena, vestida con ropas que, aunque sencillas, incluían detalles o adornos que la distinguían de las demás personas del pueblo, como bordados en hilos dorados o amuletos colgando de su cuello. Su cabello estaba recogido en un moño, dejando a la vista pendientes largos o alguna diadema que sugiriera su conexión con el mundo espiritual.

La sesión comenzó con un ritual de purificación, posiblemente usando humo de incienso, para limpiar el espacio de malas energías y preparar tanto a la adivinadora como al consultante para la conexión espiritual que estaba por establecerse.

-- "¿Qué le preocupa, joven noble?"

-- "Vengo a verle porque una mujer ocupa mis pensamientos constantemente y yo estaba seguro de que mis sentimientos eran correspondidos, pero ahora ya no lo estoy".

La hechicera arrojó unos pequeños caracoles sobre unas cartas que tenía sobre la mesa. Ella comenzó a hablar en términos a veces vagos, como lectura detallada de las cartas que parecían tener significados ocultos solo conocidos por ella, y dijo:

-- "Joven, le voy a decir algo que, aunque no lo crea ahora, lo hará feliz en el futuro. Ella le engaña. Esa mujer, la que usted cree segura, la que piensa que será su mujer, ya tiene otro hombre. Usted debe separarse de ella, porque le succiona la energía, absorbe lo mejor de usted. Desconoce la calidad del hombre que usted es. Ella es absolutamente insegura, frágil y muy ambiciosa, una mercenaria que siempre se ha movido por la riqueza".

Álvaro, cabizbajo, negaba con la cabeza. Arrugaba el rostro, lo contraía como si le acabaran de informar que tenía una enfermedad terminal. La hechicera mantenía

el control de la situación, pero Álvaro no reaccionaba. Si bien últimamente se había complicado su relación con Caterina, no deseaba abandonarla sin agotar hasta el último recurso. Pero, ¿y si en realidad ella ya tenía otro hombre? ¿Y quién le habría dicho a la bruja que él sería feliz sin ella? Tenía la boca seca y con un sabor ácido. Álvaro decidió dar por terminada la sesión, no tenía nada más que escuchar. Sin embargo, permaneció sentado por unos minutos más, pensando en lo que había sucedido. ¿En qué me equivoqué? Su mente, como siempre, se convertía en su peor enemiga. ¿Qué había hecho yo para que se apagara aquella atracción que creía mutua? ¿Por qué creerle a esa bruja? Hundido en sus reflexiones, de repente se tranquilizó, se levantó y salió.

La noche siguiente se quedaron solos en el Arlequín después de la reunión, sentados en la larga banca de madera, sus miradas se cruzaron, pero esta vez una picaresca sonrisa iluminaba su rostro. Lentamente, se acercaron el uno al otro, sus manos se entrelazaron. Los suspiros nerviosos llenaban el aire mientras sus labios se acercaban con suavidad, cerrando la distancia entre los dos. El primer beso llegó casi como una necesidad, un sello natural y perfecto para la noche. Fue un beso suave pero lleno de promesa, un preludio de lo que podría ser un vínculo más profundo.

-- "Ayer cuando le vi partir con Mauro me di cuenta de que la estaba perdiendo. Sentí que me faltaba el aire y que no podría vivir sin usted. Amo que me haga reír,

aunque no quiera hacerlo. Amo que me escuche en lugar de hablar. Amo caminar a su lado y, sobre todo, amo cómo me siento cuando estoy con usted".

-- "Yo también siento lo mismo por usted, Álvaro. Desde aquel primer día que le fui a buscar al monasterio, me gusta su compañía y, conforme le he ido conociendo, más me atrae la idea de estar con usted", dijo ella.

Su alegría fue evidente. De ahí se fueron caminando hasta el muelle. El cielo con nubes aborregadas se reflejaba en el canal central de Venecia, creando un ambiente sereno. Tomaron una góndola y Caterina dio las instrucciones al gondolero. En la puerta de su residencia, ella se bajó y, con un último beso, quedaron de verse al día siguiente.

Para poder estar a solas con ella, Álvaro consiguió un cuarto en la Calle del Pellegrin cerca del Arlequín, y ese mismo día dejó el monasterio. En la noche, después de la reunión, de la que él no recordó nada de lo que se trató, le platicó a Caterina que se había cambiado del monasterio a un lugar cerca de ahí y la invitó a conocerlo. Ella aceptó. Salieron agarrados de la mano; ya todos sus compañeros sabían de su romance. Al llegar, subieron por la estrecha escalera iluminada por un único farol. Álvaro abrió la puerta y fue a encender las velas de un candelabro, dejando ver todo el mobiliario del cuarto, que era solamente una cama, una mesita y una silla. Parados junto a la cama, la empezó a besar apasionadamente. Conscientes de su mutua

atracción física, la cama era el preludio de lo que sabían y esperaban que pasara. Después de que lo esperado pasó, aquel cuarto se convirtió en su nido de amor. Ahí, a diario, se entregaban el uno al otro en un amor carnal.

Venecia era el escenario perfecto para su romance. Un día, decidieron hacer una escapada romántica a la isla de Burano. Era una tarde dorada en Venecia, con el cielo teñido de tonos rosados y dorados mientras el sol comenzaba a descender. En las tranquilas aguas de un estrecho canal veneciano, la góndola se deslizaba suavemente, impulsada por el gondolero experto, vestido con su tradicional camisa a rayas y sombrero de paja. En la góndola, Caterina y Álvaro, uno frente al otro en una banca acolchada de terciopelo rojo.

-- "¿Quiere una copa de vino para refrescarse?", dijo apoyando las manos sobre una pequeña mesa cubierta con un mantel de encaje, al tiempo que sacaba una botella de Prosecco frío, que reposaba en un pequeño balde frío.

-- "Claro que sí. Mi amor, no me canso de ver sus preciosos ojos que intensifican su color con el contraste de las aguas de la laguna".

El sonido del agua lamiendo suavemente el costado de la góndola y el murmullo ocasional de la ciudad a lo lejos creaban una banda sonora perfecta. El gondolero, con gran destreza, guiaba la embarcación a través de los canales, a veces entonando una antigua melodía italiana, añadiendo un toque de magia al ambiente.

-- "Caterina, ¿no siente usted como que nos sumergimos en un mundo propio?, ¿que somos los únicos aquí en este momento?", mientras el cielo se oscurecía y las primeras estrellas comenzaban a aparecer.

-- "Mire Álvaro, allá a lo lejos, las casas de Burano de tantos colores distintos. Son de una belleza singular y su ambiente tranquilo contrasta con el bullicio del centro de Venecia, ¿no le parece?".

-- "Sí, con sus variados colores brillantes, de tonos que van desde el azul vivo, rojo, amarillo hasta el verde. Se dice que esta tradición ayudaba a los pescadores a reconocer sus casas desde lejos, cuando regresaban de la pesca".

-- "Además, Burano ofrece una experiencia culinaria distinta con sus restaurantes que sirven pescado fresco y mariscos locales. Me han recomendado el 'risotto al nero de seppia'. ¿Vamos al restaurante donde lo preparan?".

-- "Sí, vamos. Con usted, a donde quiera".

Llegaron a un muelle de Burano y se dirigieron caminando hacia el restaurante. Álvaro dijo:

-- "Caminar por estas calles de Burano es como pasear por una paleta de pintor, llena de alegres colores".

Caterina y Álvaro no escondían su romance, por lo que su amor no escapaba a las miradas de la sociedad

veneciana. Los padres de Caterina, al enterarse de su relación con Álvaro, se opusieron rotundamente, considerándolo inapropiado para su hija debido a su origen sevillano y le prohibieron volver a verlo.

Sin embargo, la pareja continuó su relación a pesar de la oposición familiar, la presión social y las expectativas de la familia de Caterina. Álvaro decidió enfrentarse a sus padres y revelarles su nobleza como barón en Castilla, pero ellos permanecieron inamovibles en su decisión.

Dos días después se volvieron a ver y Caterina, con lágrimas en los ojos, le comentó que su padre le confesó que, desde tiempo atrás, había concertado un compromiso matrimonial entre ella y los padres de Mauro Contarini, a lo que ella se habría opuesto radicalmente. Sin embargo, no tenía opción en la determinación de su familia, ya que ese matrimonio traería la unión de dos familias patricias con fuertes ventajas para todos. Caterina tendría que aceptar ese compromiso social y punto.

Álvaro conocía a Mauro Contarini desde su llegada a Venecia. Era parte del grupo de amigos con los que compartió sus primeros encuentros sociales en su nueva ciudad. Con el tiempo, ese grupo se fue separando de Mauro por considerarlo un encantador de serpientes, un personaje peligroso, dotado de una muy desarrollada y sofisticada capacidad para engañar. El grupo de amigos decía que, a veces, ni la aguda intuición femenina podía descubrirlo. Su sonrisa cautivadora y

sus palabras empalagosas lo convertían en un mañoso profesional, un resentido que nació envenenado, de esos que pueden adormecer y cautivar hasta al más perverso de los mortales. ¡Pobre de quien se lo encuentre en su camino!

Los problemas se intensificaron cuando la coalición se consideró una amenaza para los intereses de la aristocracia veneciana. Las luchas internas de poder en Venecia involucraban a diferentes facciones políticas, incluyendo al Dogo y las familias patricias, como los Morosini.

La ‘Coalición Reformista de Venecia’, ya encabezada por Caterina, seguía luchando por combatir la ideología intolerante y dogmática de Venecia. Emprendieron una cruzada para enfrentar los problemas que se tenían identificados. Caterina quería ir contra la corrupción de los altos mandos de la administración del Dogo, mientras Álvaro insistía en la necesidad de que la república garantizara los derechos humanos básicos a todos los venecianos. Su lucha era difícil, tratando de convencer a la gente y, sobre todo, a los políticos de las metas de la coalición. Tenían pocas posibilidades de éxito, pero no dejarían de luchar.

Algún miembro de la coalición los traicionó, comunicando a Mauro Contarini, su enemigo, que ‘El Arlequín’ era el lugar de sus reuniones. Pronto llegaron las autoridades y lo clausuraron. Luego, los miembros de la coalición se tenían que encontrar a escondidas,

conspirando en las sombras y forjando alianzas secretas, para descubrir públicamente la corrupción en las altas esferas del poder. Con tantas dificultades y estrategias distintas, Caterina y Álvaro discutían con frecuencia, hasta que se dejaron de ver por varios días.

Álvaro la extrañaba. Sabía de un lugar especial para ella, donde podría estar, y fue a buscarla. Ahí estaba Caterina frente al mar, al borde del acantilado de la isla Lido. El viento jugaba con su cabello, enredándolo en una danza salvaje. A lo lejos, el mar chocaba con las rocas, un espejo del tumulto en su propio corazón. Había ido ahí buscando claridad, un escape de la decisión que amenazaba con desgarrarla por dentro.

-- "¿Siempre viene aquí cuando está confundida?", la voz de Álvaro la sobresaltó, su presencia inesperada pero extrañamente reconfortante.

Ella se giró para enfrentarlo, sus ojos encontrándose con los suyos, tan tormentosos como el mar ante ellos.

-- "Es el único lugar donde puedo escuchar mis propios pensamientos", admitió, su voz apenas un susurro sobre el rugir de las olas. Álvaro se acercó, su mirada nunca dejando la de ella.

-- "Y, ¿qué le dicen sus pensamientos ahora, Caterina?", preguntó, con voz baja y llena de un calor que hacía eco en el pecho de ella. Caterina vaciló por un momento, su corazón latiendo con fuerza.

-- "Me dicen que estoy en una encrucijada", confesó con la mirada fija a donde las olas rompían contra las rocas. "Entre lo que siempre creí que quería y... lo que ahora siento que necesito".

-- "Y, ¿qué es lo que necesita?", Álvaro dio un paso más, cerrando la distancia entre ellos hasta que Caterina pudo sentir el calor de su cuerpo. Ella, levantando la vista hacia él, encontró una intensidad en sus ojos que le cortaba la respiración.

-- "Tal vez... tal vez lo que necesito es a usted, Álvaro. Pero tengo miedo", susurró, mostrando vulnerabilidad en cada palabra. Álvaro levantó su mano, acariciando suavemente su mejilla.

-- "Y yo también tengo miedo de perderle, Caterina. Pero el amor es un salto de fe, ¿no es así? Estoy dispuesto a saltar, si usted salta conmigo".

En ese momento, con el vasto mar extendiéndose infinito ante ellos, Caterina supo que tenía que buscar su propia felicidad contra viento y marea. Que era más importante ser feliz que tratar de hacer felices a los demás a costa de su felicidad y que el amor verdadero no era encontrar a alguien con quien pudieras vivir, sino encontrar a alguien sin quien no pudieras vivir. Y mientras Álvaro la envolvía en sus brazos, ella se permitió caer, libremente y sin reservas, en el amor que había estado negando por tanto tiempo. Luego, juntos

regresaron por el gran canal de Venecia hasta el muelle de la Plaza de San Marcos y de ahí a su nido de amor en la Calle del Pellegrin.

Álvaro y Caterina se encontraban en un rincón apartado de un jardín de Venecia, sabiendo que su amor les había sido prohibido por la poderosa familia de ella. Con el corazón lleno de angustia, pero decididos a luchar por continuar con su amor, Álvaro tomó la mano de Caterina con ternura y la miró profundamente a los ojos, susurrando con determinación:

-- "He pensado en ello, mi amor. Podemos partir hacia Francia. He oído que allí, lejos de las rígidas normas venecianas, podríamos empezar de nuevo. Tengo algunos ahorros y, aunque el camino no será fácil, juntos podemos enfrentar cualquier adversidad". Caterina, inspirada por la valentía de Álvaro, encontró un rayo de esperanza en medio de su desesperación.

-- "Partir a un lugar desconocido, lejos de todo lo que hemos conocido... es aterrador, pero el estar sin usted sería como vivir en una perpetua oscuridad. Si está usted a mi lado, tengo fe de que encontraremos la luz. Hablemos con el padre Rigoberto; sé que él comprende el verdadero significado del amor. Nos ayudará a escapar".

Fueron a platicarle sus planes al padre Rigoberto, que los escuchó con atención y de inmediato les dijo que Francia sería peligroso debido a que la familia de Caterina, los Morosini, tenía muy buenas relaciones en

la corte de Francia y no tardarían en localizarlos y regresarlos a Venecia. El padre Rigoberto les prometió buscar con sus relaciones dentro de la iglesia católica de los Países Bajos algún lugar a donde pudieran iniciar una nueva vida. Les pidió que siguieran sus vidas como si nada hubiera pasado para no levantar sospechas.

Ambos se abrazaron con fuerza, sabiendo que el camino que tenían por delante no sería fácil, pero con la certeza de que su amor era más fuerte que cualquier obstáculo.

Álvaro consiguió un nuevo sitio de reunión para los miembros de la coalición, en el monasterio San Giorgio Maggiore, donde él se hospedó recién llegado a Venecia. Los monjes benedictinos les prestarían un espacio en el desayunador.

En la siguiente reunión, Álvaro les presentó sus puntos de vista, diciendo:

-- “Con la excepción de La República de Venecia, las sociedades europeas estaban estructuradas en torno a sistemas monárquicos y feudales, donde los derechos y libertades de los individuos dependían únicamente de su estatus social y su relación con el monarca, que eran vistos como la fuente de la justicia.

Los nobles gozan de muchos privilegios, mientras los plebeyos y los campesinos no tienen ningún derecho. Nadie tiene libertad religiosa en las monarquías, la

religión del monarca es la religión de los gobernados y punto.

Aquí en Venecia, siendo una forma de gobierno considerada como una 'cosa pública', o república. Los cargos de poder son elegidos por los ciudadanos o sus representantes y solo por un tiempo determinado. La República de Venecia puede ser un campo fértil para lograr instituir lo que la 'Coalición' busca.

Todos los presentes estuvieron de acuerdo y se autorizó a que Álvaro se encargara de hacerlo. Su título: 'Los cuatro derechos básicos de los humanos', que consideraron fundamentales para la dignidad, la libertad y el desarrollo individual, los derechos eran: 1. El Derecho a la Vida, 2. El Derecho a la Libertad y Seguridad Personal, 3. El Derecho a la Igualdad ante la Ley, 4. El Derecho a la Libertad de Pensamiento, Conciencia y Religión.

El libro se imprimió y se repartieron las copias. El entusiasmo por parte de los venecianos hacia el libro o su contenido fue muy poco.

Por otro lado, Caterina y la coalición que ella lideraba presentaron pruebas de corrupción en la administración del Dogo. Fue un momento decisivo. La aristocracia veneciana, alertada sobre la corrupción, estableció una comisión investigadora en el Palacio Ducal. Sin embargo, sus esfuerzos solo lograron un cambio mínimo, con apenas dos corruptos de bajo rango castigados.

La situación se complicó aún más cuando, al salir del Palacio Ducal, después de la reunión de la comisión investigadora, Álvaro fue aprendido y encarcelado bajo cargos de conspiración contra la República de Venecia.

Los juicios se llevaban a cabo con un riguroso sentido de procedimiento y formalidad, sobre todo si implicaban amenazas a la estabilidad de la república. Este caso se llevaría ante tribunales ordinarios, donde magistrados específicos escucharían las evidencias y tomarían decisiones basadas en las leyes de Venecia.

El proceso inició por una acusación formal contra Álvaro por parte del propio gobierno. Se le acusaba de conspiración contra la República de Venecia al haber escrito el libro 'Los cuatro derechos básicos de los humanos'. Si se encontraba culpable, el acusado podía enfrentar desde multas hasta la prisión, dependiendo del veredicto.

Álvaro llevó su propia defensa con éxito, ya que el tribunal desechó el cargo contra él, porque el mismo libro indicaba que el tema era solo una sugerencia, debido a que en opinión del autor del libro, podría ayudar a crear una mejor armonía social.

Una tarde, mientras Álvaro y Caterina platicaban en la plaza de San Marcos sobre regresar a ver al padre Rigoberto, un enviado del ejército español localizó a Álvaro para entregarle una orden de presentación con el ejército español, citándolo en la ciudad de Brescia en Lombardía. La noticia dejó a Caterina sin palabras.

Álvaro se enfrentaba a un dilema ético y emocional: su lealtad y deber hacia Castilla y el ejército o su amor por Caterina y la vida que estaban planeando juntos.

Álvaro sopesó varios factores: su responsabilidad como capitán, su amor por Caterina y su código moral. Sabía que su decisión afectaría no solo su vida sino también la de Caterina. A pesar de que Caterina no comprendía su obligación como soldado y lo acusó de traicionar su lucha en Venecia, Álvaro explicó la importancia de su sentido del deber y su amor constante por ella.

-- “Amor mío, entiendo sus temores y anhelos. Pero con el corazón en la mano le digo que mi deber como capitán y mi responsabilidad hacia mis compañeros de armas me obligan a partir ya para reunirme con el ejército que me reclama. Sé que usted entenderá la complejidad de mi dilema y la importancia que el sentido del deber tiene en mi vida. Si decidiera esperarme y confiar en nuestro amor, le prometo que haré todo lo posible para regresar a su lado tan pronto termine”.

-- “No cabe en mi cabeza que usted tome las armas en contra de los venecianos por quienes hemos venido luchando todo este tiempo. Por mí, puede irse ya”.

-- “Después de experimentar la brutalidad de la guerra, deseo fervientemente la paz y la estabilidad y evito conflictos en mi vida personal. Pero valoro altamente el

honor y tengo un fuerte sentido del deber y la lealtad hacia mis compañeros y mi patria. Yo siempre la querré a usted, y eso no está en competencia con mi lealtad por Castilla. No tengo nada en contra de los venecianos. Ahora nuestro amor necesita resistir esta dura prueba”.

Desilusionado, Álvaro partió hacia Brescia, a reincorporarse al ejército bajo el mando del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba. Participaron en la Batalla de Agnadello, donde las tácticas de flanqueo y superioridad numérica permitieron a las fuerzas franco-españolas vencer a las tropas venecianas. Tras la victoria, los territorios venecianos en el norte de Italia fueron repartidos entre los miembros de la Liga de Cambrai, y Álvaro inició su regreso a Sevilla.

### Capítulo III.- 'Raquel'



Raquel

#### Viaje a Lisboa 1507

Después de la batalla de Agnadello y tres días de descanso, los cuatro "Capitanes de Batallón" fueron convocados a la corte real de Granada. El Rey Fernando II de Aragón había decidido otorgarles la "Cruz al Mérito Militar Colectivo" por sus sobresalientes méritos y actos de valor en la batalla. Álvaro, el primero en llegar a la cita, se maravilló ante la impresionante fachada del palacio, cuyos altos muros y detallada arquitectura revelaban la destreza de los artesanos que lo construyeron.

El palacio de la Alhambra, con su majestuosidad, destacaba como un testimonio del esplendor de los

Reyes Católicos. Su patio central, el Patio de los Leones, estaba rodeado por columnas de mármol blanco y arcos en forma de herradura. La presencia de los leones de mármol en el centro creaba un ambiente de serenidad. A medida que eran guiados por los diversos salones del palacio, cada rincón revelaba una rica ornamentación. Los techos adornados con estuco y madera tallada, junto con las paredes cubiertas de azulejos, narraban historias y leyendas pasadas.

La ceremonia de premiación se llevó a cabo con solemnidad y majestuosidad en el Salón de los Embajadores. El rey Fernando, vestido con sus ropas reales, otorgó personalmente las medallas, reconociendo así la valentía y servicio de los capitanes al reino de Aragón.

Tras la ceremonia, Álvaro fue abordado por una dama de la Reina, quien le informó que la reina Isabel I deseaba hablar con él. La conversación con la reina resultó ser una propuesta inesperada: un puesto de 'Cortesano' en la corte de su hija Isabel de Portugal. Sin vacilar, Álvaro aceptó la oferta, consciente de que rechazar a una reina no era una opción. Preparado para su nueva vida, se dirigió a Sevilla, donde reflexionó sobre su futuro y las responsabilidades que vendrían.

Sevilla le presentaba un contraste entre la riqueza del poder de la ciudad y la oscura presencia de la Inquisición española. También era una ciudad llena de recuerdos de Isabella. A pesar de ello, Álvaro encontró

consuelo en los recuerdos de su amor por Caterina, a quien escribió una larga y bonita carta expresándole su amor y sus sentimientos inalterables, carta que nunca recibió respuesta.

La noticia del nombramiento de Álvaro como cortesano en la corte real portuguesa había llegado como un rayo de luz en la vida familiar. La Reina Isabel I, una mujer de gran influencia y sabiduría, lo había elegido personalmente para representar a su hija en la corte real portuguesa. Era un honor y una responsabilidad que no podía fallar. Sus padres, Roberto y Susana, habían sido su apoyo incondicional durante toda su vida. Siempre habían soñado con verlo triunfar y estaban orgullosos de él.

En la mañana, después de misa, frente a la majestuosa catedral de Sevilla, el brillo de alegría en sus ojos se mezclaba con una tristeza palpable mientras se abrazaban.

-- “Hijo mío, este es un gran logro para ti y para nuestra familia”, susurró su madre, luchando por contener las lágrimas. El corazón de una madre siempre se estremece cuando se separa de su hijo. Su padre, un hombre de pocas palabras, pero de una sabiduría innegable, colocó su mano sobre su hombro y lo miró con orgullo.

-- “Recuerda hijo, que este viaje no solo es para ti, sino también para representar a nuestra familia y a nuestra tierra. Lleva contigo los valores que te hemos inculcado:

la honestidad, la humildad y la valentía”. El sonido de las campanas de la catedral resonaba en el aire, recordándoles el paso del tiempo y la urgencia de su partida.

En Granada, con las primeras luces del amanecer, deberían partir. Era el otoño de 1507. Todo estaba listo en el patio del palacio: un bonito carruaje negro, identificado con los Sellos Reales en las puertas, tirado por un par de hermosos caballos alazanes. El enviado de la Reina les dio instrucciones a toda la comitiva, compuesta por dos damas de compañía de la corte de la Reina Isabel I que irían a servir a la Reina de Portugal por instrucciones reales. Ellas se llamaban Francisca Ramos, también de Sevilla, y Ana María Ramírez de Málaga; además de dos ‘carreros’ que conducían y cuidaban del carruaje, y finalmente dos soldados de la caballería de la guardia real, armados con espadas y mosquetes. Ellos los protegerían hasta la frontera con Portugal.

Ya dentro del carruaje, platicando con las dos damas, Álvaro les preguntó sobre el papel de los ‘cortesianos’ en la corte. Francisca, que tenía mucha experiencia y además era confidente de la reina, le dijo:

-- “Un cortesano, además de sus responsabilidades en la corte, también participa en eventos sociales. Es un trabajo muy variado; asisten a ceremonias y funciones protocolarias, te divertirás mucho. Sin embargo, estarás sujeto a las normas y jerarquías de la corte. Es una

posición que puede ser muy volátil, porque depende de los caprichos del monarca”.

Francisca y Ana María fueron una muy buena compañía durante el viaje. Poco a poco se fueron conociendo y construyendo una bonita amistad que los apoyaría mutuamente en la corte portuguesa.

El viaje, lleno de descubrimientos, los llevó por la Sierra Morena, que albergaba una rica variedad de fauna. En el camino vieron varias especies de ciervos, como el ciervo rojo, jabalíes, lince ibérico, águilas reales y otras especies menores. La Sierra Morena también era un área de caza para muchas personas, incluyendo nobles y reyes.

Cada día tenía su propia historia; la gente les daba la bienvenida con sonrisas cálidas y hospitalidad. Pudieron saborear los deliciosos sabores de la cocina local, que les llenaban de energía para continuar la travesía. Encontraron peligros naturales, como riachuelos crecidos por las lluvias recientes, que a veces obligaban al carruaje a rodear largos trechos de terreno.

Rumbo a Aracena, las lluvias intensas hicieron que el viaje fuera difícil y peligroso, por los caminos fangosos y resbaladizos donde se atascó el carruaje y se rompió una de las ruedas. Analizando el problema, los carreros encontraron una posible solución para desatascar el carruaje, que requeriría a los cuatro hombres para cargarlo mientras todos los caballos lo jalarían hasta sacarlo del atolladero. Afortunadamente, fue cerca de

Atocha, por lo que las dos damas, acompañadas de Álvaro, pudieron caminar hasta el pueblo, donde estaba la siguiente posada para descansar.

Esa tarde, los tres decidieron adelantarse caminando hasta Atocha antes de que cayera la noche, mientras los cuatro hombres se quedaron a tratar de resolver el problema. En el bosque, a la mitad del camino, se encontraron con una manada de lobos, que crearon momentos de mucha tensión. Estos depredadores eran comunes en la región. Mientras los lobos los rodeaban, sus aullidos rompieron el silencio del anochecer, creando una sinfonía aterradora. Álvaro agarró con firmeza el mosquete que le prestó uno de los soldados, preparándose para defender sus vidas. Los lobos, con sus fauces abiertas y dientes destellando a la luz de la luna, lanzaron sus primeros ataques. Francisca y Ana María gritaban violentamente con cada embestida. En ese momento crítico, su corazón latía con fuerza, mezclando el miedo con una determinación feroz de sobrevivir a esta noche de terror. Esperó el mejor momento para disparar el único disparo que podía hacer el mosquete. Encontró cuál de los lobos era el líder y a ese le disparó, con la suerte de darle justo en la cabeza, lo que provocó que el resto de la manada huyera de ahí. Pálidos por el susto y cansados por la emoción, llegaron a la posada de Atocha. Lógicamente, no quisieron probar alimento y se fueron a descansar. Después de arreglar el problema del carruaje, los soldados y los carreros llegaron al hostal.

A medida que se acercaban a la frontera con Portugal, el paisaje comenzó a cambiar gradualmente. Las montañas majestuosas se alzaban en el horizonte, cubiertas de densos bosques de robles y castaños. Los ríos serpenteaban por los valles, creando una sinfonía de sonidos relajantes que los acompañaban en el camino.

Llegaron a Rosal de la Frontera. Como su nombre lo indica, es la frontera entre España y Portugal. En el puesto de frontera de Villa Verde de Ficalho, dejaron la compañía del equipo de los dos soldados de la caballería de la guardia real que los acompañaron, del carruaje y de los dos carreros. Muy agradecidos, Francisca, Ana María y Álvaro se despidieron de cada uno de ellos.

En la frontera, del lado portugués, los enviados de la reina de Portugal ya los estaban esperando. Eran una media docena de soldados que los llevarían en otro carruaje hasta Lisboa. Los tres se pusieron a disposición de la comitiva portuguesa. Luego cruzaron el río Guadiana en un bote de madera, mientras el sol se ponía lentamente en el horizonte. Álvaro comentó que, en su opinión, el carruaje portugués era mejor y más cómodo que el español que los llevó hasta la frontera. La nueva comitiva los llevó hasta la capital de Portugal.

En Lisboa, el palacio real estaba situado en la Ribeira, en la orilla del río Tajo. Esta ubicación estratégica ofrece vistas panorámicas del río y es de fácil acceso para todo tipo de barcos que llegaban de mares lejanos y puertos

cercanos. Desde el palacio, se podía contemplar el ajetreo del puerto y el flujo de las naves que iban y venían, lo que reflejaba la importancia de Portugal como potencia marítima.

En el palacio, llegó el momento de la presentación ante la reina, a quien servirían. Álvaro entró solo; la reina estaba sentada en su trono esperándolo. El elegante salón estaba lleno de personas; él hizo la reverencia acostumbrada. Luego, en un acto solemne, la reina le dijo:

-- “Bienvenido, joven cortesano, aquí tiene el título de ‘Cortesano de la Corte Real de Portugal’ y ‘consejero de la Reina Isabel de Portugal’. Esperamos grandes cosas de usted y de su representación en nuestra corte”, dijo la reina con voz firme pero cálida.

-- “Gracias, su majestad. Haré lo posible y pondré todo de mi parte para dar la mejor representación en la corte y que sea de su agrado”, y se retiró.

Luego, una de las damas de la reina lo acompañó a otro salón, donde le explicó en castellano lo siguiente:

-- “Su consejería será únicamente sobre temas militares, según lo indicaba el documento que le entregaron firmado por el rey. El rey celebra audiencias públicas y privadas para atender asuntos gubernamentales, en las que además resuelve disputas. Usted deberá participar en estas audiencias para enterar a la Reina de los aspectos relativos a los intereses que ella tenga. Esas

audiencias son oportunidades para que los cortesanos presenten sus peticiones y preocupaciones al rey”. Al término de las instrucciones, se le mencionó sobre la compensación económica que recibiría por sus servicios, que era bastante generosa.

La vida en la corte le enseñó rápidamente las complejidades de la política y la importancia de la lealtad y la astucia. Su valentía y habilidades no solo le ganaron el respeto de la realeza, sino también enemistades y desafíos que enfrentaría con determinación.

Todo comenzó cuando al rey Manuel I le dieron la noticia de una posible alianza secreta entre los Reyes Católicos y el Papa Julio II, que pretendía modificar el Tratado de Tordesillas de 1494. Ese tratado dividía el mundo en dos hemisferios de “influencia”, a través de una línea imaginaria trazada a unas 370 leguas al oeste de las Islas de Cabo Verde. Todas las tierras descubiertas o por descubrir al este de esta línea pertenecerían a Portugal, mientras que las tierras al oeste de la línea serían de España. Aunque no otorgaba propiedad de las tierras.

Temiendo una conspiración, el rey recurrió a André De Prévease, un joven que se había convertido en un espía de alto nivel para el rey, que confiaba en su habilidad para recopilar información valiosa, para que le informara cuáles eran las pretensiones de los Reyes Católicos. André era un joven astuto y culto, con

conexiones en todas partes, que también hablaba varios idiomas. André se infiltró en la corte del Vaticano, adoptando una falsa identidad como sacerdote. Allí, ganó la confianza de algunos personajes clave, haciendo que creyeran que compartía sus intereses. La tarea resultó peligrosa y se encontró en situaciones comprometedoras, pero su inteligencia y carisma lo ayudaron a salir ileso.

De regreso en Lisboa, le informó al Rey de sus hallazgos, con los que el Rey pudo manejar mejor la postura de Portugal.

André De Prêvease y Álvaro fueron amigos y todo esto se lo platicó tiempo después, y le dijo:

-- “Te voy a compartir mis experiencias para servir a cualquier rey o reinado. Uno, las traiciones son parte de la política de un reino; no confíes en nadie. Dos, los tratados son solo una pared inicial, que luego las partes estudiarán cómo romperla. Y tres, el Rey solo se apoya en los que son inteligentes, astutos y leales a él”.

Una tarde después de las sesiones de la corte, se quedaron conversando sobre la presencia árabe y musulmana en la Península Ibérica, y le dijo:

-- “También hay que decirlo, durante ese muy largo periodo, los moros tuvieron una significativa contribución a la cultura, la ciencia y la arquitectura. La influencia árabe en la península dejó también un legado

duradero en el idioma, especialmente en ciudades como Córdoba, Granada y Sevilla”. Luego agregó:

-- “El último Sultán Boabdil dejó instalada gran parte de su red de espionaje, que aún le sirve. Supe del famoso duelo entre su hijo y tu hermano José. Y, por cierto, sé que aún te están buscando... Ten cuidado porque todavía algunos de sus tentáculos funcionan”.

Álvaro se quedó atónito con esa noticia y desde entonces empezó a sospechar de todo y de todos. Por su obligación, se tuvo que ir adaptando a sus deberes, reportando a la reina los acontecimientos que pensaba serían de su interés. Él tenía la impresión de que la reina estaba satisfecha con su trabajo, pero no estaba seguro. Pensó que su amiga Francisca, por su cercanía a la reina, sabría si la reina estaba contenta con él o no, por lo que decidió ir a buscarla para preguntarle. Sin embargo, al día siguiente Francisca vino a buscarlo. Perfecto, pensó, ya no tendría que ir a ella, pero Francisca se le adelantó y dijo:

-- “Álvaro, necesito tu ayuda. Hay un pequeño pueblo situado en el bosque ‘Del Este’, llamado Capuchos, aparentemente tranquilo. Pero no, esconde oscuros misterios que nadie se atreve a descubrir; desaparecen personas en ese lugar. Una amiga mía que vive en Capuchos, muy preocupada, me pidió ayuda para saber la verdad de lo que está pasando ahí, y yo le hablé de ti. Por favor, ayúdanos”.

-- “Así lo haré, mañana mismo iré a ver de qué se trata, para encontrar la verdad”. Ya en Capuchos, le contaron los vecinos sobre extrañas desapariciones y sucesos sobrenaturales que ocurrían en ese pueblo. Decidido a investigar, se instaló en una pequeña posada y comenzó a hacer más preguntas a los lugareños. Pronto descubrió que las desapariciones estaban relacionadas con una antigua mansión abandonada al otro lado del mismo bosque. Según la leyenda local, la mansión estaba maldita y habitada por un espíritu vengativo. Intrigado, decidió explorar la mansión por la noche. Fue a la mansión, pero a medida que se adentraba en los sombríos pasillos del lugar, sintió una presencia extraña que lo observaba. De repente, escuchó un escalofriante ruido como hueco y se encontró cara a cara con un hombre enmascarado. Con su agilidad y rapidez, logró escapar y salir de la mansión. Se dio cuenta de que el enmascarado, quien quiera que fuera, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para silenciarlo, pero él también lo estaba para desenmascararlo.

La noche siguiente, otra vez fue a enfrentar al enmascarado, para aclarar de qué se trataba este asunto y qué tenía que ver con las desapariciones. Álvaro se imaginó que el enmascarado estaría esperándolo, ya que presentía que él volvería, porque le vio decidido a descubrir lo que estaba pasando ahí. Álvaro contaba con que tan pronto entrara, el enmascarado comenzaría a perseguirlo. Justo lo que él quería, así le sería más fácil enfrentarlo en los estrechos

pasillos de la mansión. Dicho y hecho, el enmascarado lo estaba esperando y lo persiguió, como él quería. Lo acorraló y cuando lo tenía en el piso rendido, con su espada apuntando su cuello, confesó la verdad: él era el líder de una secta secreta que operaba en el pueblo y estaba dispuesto a cualquier cosa para proteger los oscuros secretos de sus rituales. Estaban involucrados en prácticas esotéricas-religiosas. Luego lo obligó a mostrarle sus celdas secretas. Era evidente que la secta estaba detrás de las desapariciones. Utilizaban la mansión para sus rituales nocturnos de brujería, para los que en ocasiones sacrificaban seres humanos.

La Inquisición portuguesa perseguía a individuos y grupos como ese, asesinos ocultos detrás de creencias consideradas fuera de la ortodoxia religiosa católica, a quienes acusaban de herejes. Con el líder confeso y con la ayuda de los lugareños de Capuchos, detuvieron a los cómplices y los llevaron a la corte de la Inquisición instalada en el palacio real de Lisboa. El rey y la reina de Portugal estuvieron complacidos con Álvaro, lo que despertó nuevas envidias y suspicacias en la corte.

Este evento sería solo uno de los muchos desafíos y aventuras que Álvaro enfrentaría en la corte, incluyendo su participación en la academia de navegación de Lisboa y su creciente atracción por Raquel Kracer, una compañera de estudios con quien compartía un interés profundo por la exploración marítima y una conexión emocional que desafiaba las normas sociales y religiosas de la época. Aquella mujer de ojos verdes, pelo rubio y

una sonrisa que dejaba ver sus hoyuelos en las mejillas, de alguna manera se iba a convertir en algo importante en su vida. Cada vez que la veía, su cuerpo se ponía en alerta, como si el alma se le escapara y luego, con un calor intenso, ella se la regresara con solo una mirada.

Aunque las experiencias difíciles le habían hecho más desconfiado y cauteloso con sus relaciones personales y mucho más cuidadoso para no involucrarse emocionalmente, es increíble la forma en que ella logró provocar esa reacción química en él, sin siquiera tocarlo. Álvaro se dio cuenta de que ella, además de su belleza, tenía características que él admiraba en una mujer, como sentirse segura y cómoda en su propia piel, tendiendo a irradiar su atractivo, con una figura proporcionada y una apariencia insuperable. Haciendo a un lado todas sus precauciones, pronto la invitó a salir. Se dio cuenta de que estaba realmente ilusionado cuando experimentó una sensación de felicidad al invitarla a salir; con ese solo hecho sintió una especie de euforia y optimismo. Estaba consciente de lo que eso podría ocasionar, pero su valor y determinación lo incitaron a seguir adelante. Sabía que la ilusión es común en las etapas iniciales de una relación, donde todo parece perfecto y emocionante, donde se ven principalmente los aspectos positivos de la persona, minimizando cualquier defecto. La ilusión romántica es un hermoso sentimiento; él estaba listo y pronto sería evidente.

Se volvieron inseparables en la academia, pero no fuera de ahí, debido a que ella era judía y él noble, en una época de arraigadas y profundas tradiciones con restricciones sociales. No solo no se veía bien, sino que estaba prohibido por la Santa Inquisición. Aun así, su incipiente romance florecería desafiando todas esas barreras impuestas por esa sociedad conservadora.

Álvaro estaba encantado por la belleza y el espíritu libre de Raquel; además, se sentía muy atraído por su inteligencia. Pero el hecho de que aquel romance fuera prohibido, por un lado, se convirtió en un reto, un acto de valentía, un desafío a la sociedad que quería enfrentar, y por otro, era apasionado y atractivo. A diario fueron descubriendo que tenían mucho en común y una atracción mutua evidente. A pesar de todo, Raquel y Álvaro no se preocuparon al principio, pero pronto tuvieron que reconocer que era una batalla contra la corriente. Su romance los convirtió en cómplices, dentro y fuera de la academia, tanto en el conocimiento y la exploración intelectual, al debatir sobre ideas vanguardistas y cuestionar las creencias arraigadas en la sociedad, como en el apoyo mutuo.

Una tarde, saliendo de la academia, él le dijo:

-- “¿Le parecería bien si pasamos la tarde de mañana juntos?”

-- “Sí, me dará mucho gusto”, contestó ella.

Más tarde, él fue a tomar un cuarto en un hostel no muy lejos de la academia.

Al día siguiente, él no podía contener la emoción. Ella llegó muy bien vestida, acentuando su belleza. Salieron juntos y caminaron hasta el lugar; él, con llave en mano, la invitó a pasar. Todo su cuerpo estaba encendido. Nada lo encendía más que las coquetas miradas de Raquel. Su excitación era muy evidente, tanto que no se podía ignorar. Dentro de la habitación, acarició su cara, se inclinó y la besó apasionadamente.

En ese momento, Álvaro, con su lengua en la boca de ella, se comprometió a ‘hacerlo’, fuera lo que fuera que eso significara.

-- “No me canso de saborearla”, le dijo, mientras la traía a su regazo para seguirla besando. Era tanto su calor que, por ser amable, le preguntó:

-- “¿Puedo ofrecerle algo de beber?”, mientras empezaba a desabrocharse la camisa.

-- “En realidad, un poco de agua. Gracias... Creo que deberíamos bajar un poco el ritmo de lo que hacemos”.

Le ofreció una sonrisa y se quedó ahí quieto.

-- “Como usted quiera. ¿Avergonzada?”, preguntó.

-- “No, ¿por qué? ¿Debería?”, y se rió.

-- “Buena elección”, le contestó.

Fue hacia la mesita de centro donde había una jarra con agua y dos vasos, sirvió el agua y le ofreció uno de los vasos. Siguió quitándose la camisa y levantó el vaso hacia ella.

-- "Que le aproveche. Salud".

Se tragó el agua lo más rápido que pudo, le sorprendió que no se atragantara. Pero lo que más le sorprendió fue que los dos terminaron de beberse el agua a la vez.

Caminó hacia ella.

-- "¿Quiere alguna otra cosa?", preguntó mientras con el dedo rozaba su pecho.

-- "¿Como qué?", dijo ella. Se encogió de hombros y su mirada fue salvaje.

-- "¿Me permite?", preguntó, mientras se inclinaba para levantar el dobladillo de su falda.

-- "Mm... claro", dijo en voz baja, mientras le ayudaba a quitarse la falda que llevaba sobre la ropa interior. Era ajustada en la parte superior y se ensanchaba hacia abajo, hasta el piso. También le quitó la falda acolchada que llevaba debajo para dar volumen. Ella se quitó las mangas, que eran desmontables, quedándose solo con su ropa interior. Luego, despacio, poco a poco, le fue quitando la ropa interior, dejando su pecho al descubierto. Se dio cuenta de que no usaba esa prenda que sirve para entallar la cintura y dar forma al torso,

claro, no la necesitaba, tenía un cuerpo escultural. Se quedó admirándola y dijo:

-- “Me encantan sus pechos”. Le chupó un pezón, mientras le acariciaba el otro. Se bajó los pantalones, revelando una gran erección que suplicaba tener sexo.

-- “¿Está segura de esto, cariño?”, preguntó, con un tono de voz suave.

-- “Sí, estoy segura”.

Entonces pasaron la mayor parte de la noche haciendo el amor, a veces de forma lenta y suave, otras de forma salvaje. Nunca se les olvidará esa primera noche.

Se siguieron viendo casi todas las tardes en el mismo sitio. Tan pronto entraban en la habitación de aquel hostel, iniciaban con apasionados besos, jugueteando con sus lenguas, aceleraban la respiración. Luego ambos empezaban acariciando sus cuerpos, encendiendo más su pasión. Para ese momento, ya les sobraba tanta ropa y se la quitaban mutuamente. Solo podían pensar en seguir adelante consumando su amor hasta el anochecer. En una de esas sesiones, después de hacer el amor varias veces, se quedaron descansando sobre la cama. Álvaro le preguntó:

-- “¿Qué opina su familia de nuestra relación?”, a lo que ella contestó:

-- “Resumiendo su opinión, no les parece bien. Los judíos siempre se han opuesto al compromiso con los

católicos. Por varias razones, podría atraer la atención de la Inquisición, poniendo en peligro a toda la familia. Para los judíos, mantener sus tradiciones es muy importante. Un matrimonio con un católico podría verse como una amenaza a la continuidad de nuestras creencias y prácticas religiosas y, además, podría resultar en el aislamiento social dentro de la propia comunidad judía”.

-- “Y usted, ¿qué opina?”, preguntó él.

-- “Yo opino que le quiero a usted, independientemente de su religión. Pero platíqueme de su familia”.

Álvaro le platicó de sus padres en Sevilla y de la desgracia de haber perdido a su hermano gemelo en la guerra. Él, ya con 37 años, había estado verdaderamente enamorado tanto de Isabella como de Caterina, y sabía que, a medida que maduramos, el amor tiende a volverse más pensado, basado en el respeto, la conexión emocional y la compatibilidad a largo plazo. En ese momento, él sintió que su relación con Raquel iba en esa dirección.

Los días pasaban; sin embargo, su incipiente romance no estaba exento de obstáculos. Las miradas juzgadoras y los chismes de sus compañeros y profesores en la academia se hacían cada vez más presentes.

La sociedad portuguesa no toleraba las relaciones fuera de los límites impuestos para las clases sociales; el ‘estatus quo’ estaba primero. La alta nobleza, apoyada

por la Iglesia Católica, ocupaba la posición más alta en la jerarquía social, luego los nobles con títulos y grandes riquezas, seguidos por la “baja nobleza”, con títulos, pero sin poder ni riqueza, aunque gozaban de privilegios y un estatus social elevado. La familia de Álvaro pertenecía a esta clase social. Más abajo estaba la burguesía y demás. Los judíos eran los más bajos en esa cadena de jerarquías.

La regla número uno para las clases sociales era: ‘no se debían mezclar las personas de distintas clases sociales’. Para Raquel y Álvaro, judía y noble, no había esperanza; no estaba permitido el romance y punto.

Raquel, como judía, tenía que cuidar cada uno de sus movimientos para no ser descubierta. Por eso debían ocultar su relación. Se citaban en lugares secretos y se comunicaban a través de cartas clandestinas.

Raquel se enfrentaba a un dilema desgarrador: continuar su amorío con Álvaro, un noble, y arriesgarse a que él sufriera las consecuencias de su relación prohibida, o terminar con él para protegerlo de la persecución de la Inquisición. Raquel decidió enviarle esta carta:

> Mi muy estimado y noble señor Álvaro,

Con una mano temblorosa y un corazón cargado de una pesadumbre que las palabras apenas pueden expresar, me siento a escribirle esta carta, que lleva consigo el

peso de una decisión arrancada de lo más profundo de mi ser. En los días que hemos compartido, en los susurros de la noche, he encontrado un refugio, un hogar para mi alma errante. Sin embargo, es precisamente este amor profundo y verdadero el que me obliga ahora a tomar el camino más doloroso que una mujer pueda caminar.

He reflexionado, mi querido Álvaro, sobre la marea creciente de peligros que nos rodea, sobre la oscuridad que se cierne sobre aquellos que, como yo, han nacido bajo el estigma de una fe perseguida. La Inquisición, con su mano de hierro y su ojo que todo lo ve, no distingue entre el amor y la herejía, entre la pasión y el pecado. Para ellos, nuestra unión no es más que una mancha en el tejido de la cristiandad, una amenaza que debe ser erradicada.

Es por esto, y con un dolor que lacera mi alma, que he decidido poner fin a nuestro vínculo, no por falta de amor, sino por un amor tan grande que prefiero sufrir la ausencia antes que exponerlo a usted a la sombra de mi desgracia. No deseo que mi legado sea la ruina de su casa, ni que mi amor se convierta en su perdición. Este sacrificio es el testimonio más puro de mi amor, una prueba de mi deseo de verlo libre de las cadenas que mi presencia forjaría a su alrededor.

Le ruego que entienda que esta decisión no surge de la duda o del miedo, sino de la claridad que solo el verdadero amor puede brindar. Guardaré cada

momento pasado a su lado como el tesoro más preciado, y llevaré su nombre en mi corazón hasta que el aliento me abandone. Pero le imploro, mi noble señor, que continúe su vida libre de las sombras que la mía podría arrojar sobre usted. Encuentre la felicidad que yo no puedo brindarle, y sepa que, en algún lugar, en algún rincón de este mundo o del próximo, mi amor por usted arde con una luz inextinguible.

Con todo el amor que una mujer puede dar, y todo el dolor de una decisión que me desgarrar el alma,

Raquel <

Para Álvaro, esa carta fue devastadora. No sabía qué hacer. Quería verla, pero no ponerla en riesgo, ni a ella ni a su familia. Siguió cumpliendo con sus deberes en la corte y reportando a la reina como de costumbre. Buscando una solución, una salida que les permitiera estar junto a Raquel sin tener que esconderse, decidió consultar a sus amigos sevillanos, quienes tenían mucha experiencia y sabiduría. Ellos se reunieron en la taberna 'El Farol' de Sevilla para tratar el caso de Álvaro y recomendarle qué debería hacer. Esta fue su respuesta:

> Estimado Álvaro,

Antes que nada, permítanos expresarle la profundidad de nuestra sorpresa y preocupación al leer su carta. El

amor, como bien lo sabe, no conoce de títulos ni linajes, pero el mundo en el que vivimos es menos comprensivo y, a menudo, cruel en sus juicios. Es innegable que estos son tiempos complejos. La tensión entre la nobleza y aquellos de fe judía es palpable y la Inquisición acecha, convirtiendo cada rincón en un peligro potencial. Su posición como noble y la de Raquel como judía es, tristemente, un cóctel incendiario en nuestra sociedad.

Sin embargo, nuestro buen amigo, el amor es una fuerza poderosa, una que no debe ser subestimada ni sacrificada por el juicio de otros. Nuestro consejo es doble:

Primero, si su amor por Raquel es genuino y profundo, consideren la posibilidad de marcharse juntos a tierras más amables y comprensivas. Hemos oído que en los territorios del norte, como los Países Bajos, la tolerancia religiosa es más aceptada.

Segundo, si decidieran quedarse en Portugal o regresar a Sevilla, deben ser muy discretos. No por miedo, sino por seguridad. El amor en la sombra, aunque doloroso, puede ser una solución temporal hasta que los tiempos cambien o encuentren una salida más permanente.

Sea cual sea su elección, Álvaro, tenga presente que la verdadera nobleza no se mide por la sangre, sino por el corazón y las acciones. Con sincero afecto y solidaridad, sus amigos de verdad,

Diogo López de Sequeira, Sancho Braganza, Rodrigo Quiroz, Ángel Gómez Urquiza <

Ellos tenían razón al afirmar que "la nobleza no se mide por la sangre, sino por el corazón". Con esta convicción, Álvaro quiso continuar su relación con Raquel, aferrándose a la esperanza de un milagro que les permitiera estar juntos abiertamente. Deseaba volver a verla y sabía de un lugar donde podría encontrarla, así que fue a buscarla.

La lluvia caía sin cesar aquella tarde de otoño, envolviendo la ciudad en un velo de melancolía. Raquel se encontraba en una taberna cercana a su casa, observando la lluvia caer a través del cristal empañado de una ventana. Veía cómo las gotas dibujaban senderos caprichosos. Su taza de vino caliente yacía olvidada, el vapor ya no se elevaba hacia el aire cargado de recuerdos.

Álvaro entró, sacudiéndose el agua de sus ropas, sus ojos buscándola en el acogedor refugio. Al verlo, el corazón de Raquel dio un vuelco, una mezcla de emoción y temor se apoderó de ella. Había pasado más de un mes desde su último encuentro, tiempo durante el cual ella había intentado convencerse de que era mejor así, que el adiós era lo correcto. Él, decidido, se dirigió directamente a ella:

—Raquel —dijo, su voz rompiendo el murmullo constante del lugar, cargada de una emoción que no pudo descifrar.

—Álvaro —respondió ella, forzando una sonrisa mientras se levantaba—. No esperaba verle.

Él continuó hacia ella, deteniéndose a una distancia prudente.

—Necesitaba verla —admitió—. Necesitaba decirle algo que debería haber dicho hace mucho tiempo.

El corazón de Raquel latía desbocado, temerosa y a la vez ansiosa por escuchar lo que Álvaro tenía que decir.

—¿Qué es? —preguntó, casi sin aliento.

Álvaro tomó aire, como si las palabras que estaba a punto de pronunciar pesaran sobre él.

—Le amo, Raquel. Siempre le he amado. Después de recibir su carta, me alejé porque pensé que era lo mejor para ambos, pero cada día sin usted ha sido un error. No sé si es demasiado tarde, pero si hay alguna posibilidad, cualquier posibilidad de que...

No pudo terminar. Raquel lo interrumpió, cerrando la distancia entre ellos con un paso decidido y envolviéndolo en un abrazo que contenía todas las palabras que no podían ser dichas. La lluvia seguía cayendo, pero dentro de la taberna, el tiempo parecía haberse detenido, dando lugar a un momento de

reencuentro, de revelaciones y de una esperanza renacida.

Lisboa estaba llena de conspiraciones. Tiempo atrás, el rey Manuel I había decidido formar su propia red de espionaje para proteger su reinado y a él mismo. Para ello, recurrió al hábil y astuto espía David Moro, quien también fue uno de sus consejeros más cercanos. David Moro logró organizar una red de informantes y espías en todo el reino, infiltrándose en los círculos conspiradores que no confiaban en la Santa Inquisición y recopilando información sobre sus planes y actividades. Utilizó agentes encubiertos y mensajeros secretos para transmitir la información de manera segura y discreta.

Álvaro, junto con David, con base en sospechas e investigaciones hechas, organizaron un plan para descubrir al Duque de Laganza, de quien sospechaban ser traidor al rey. Álvaro le pediría al Duque, en nombre de la Reina, cierta información confidencial, y si no la proporcionaba, sería la confirmación de la conspiración de la que sospechaban. Álvaro, junto con David, explicaron el plan a la Reina, quien estuvo de acuerdo y autorizó a Álvaro a solicitar la información del Duque. El Duque dedujo que esa solicitud era para descubrir su plan y se precipitó a encubrirlo. Álvaro y David suponían que eso era lo que el Duque haría y les fue más fácil descubrir el complot, que posteriormente fue conocido como la "Conspiración de la Mezquita". Su objetivo era secuestrar al Rey y ponerlo bajo arresto para obligarlo a

abdicar. Sin embargo, Álvaro y David Moro lograron con esa información crucial, denunciar y arrestar al Duque, que pertenecía a una de las familias nobles más influyentes del reino. Luego fue juzgado y encarcelado, junto con sus cómplices.

Ambos, Álvaro y David, fueron recompensados por los reyes. Con sus éxitos ante los reyes y siendo el cortesano favorecido de la reina, disfrutaba de un prestigio creciente en la corte, y se ganó el mote de ‘el joven maravilla’, que también lo exponía a los peligros e intrigas que eso conllevaba.

Solo sus amigas Francisca y Ana María, damas de la reina, estaban al tanto de su amor prohibido con Raquel. Sin embargo, la confianza de Álvaro en Ana María se vio traicionada cuando ella, movida por su amor no correspondido hacia Álvaro, reveló el secreto de esa relación a su capellán, el padre Rodrigo, quien lo hizo del conocimiento de las autoridades de la Inquisición.

Tras ser confrontada por Álvaro, Ana María confesó que sí lo comentó con el padre Rodrigo, desencadenando una serie de eventos que pusieron en peligro la vida de Raquel y la posición de Álvaro en la corte. Consciente del riesgo inminente, Álvaro y Francisca trazaron un plan de escape para Raquel, mientras la tensión en el Palacio Real de Lisboa aumentaba. Las conversaciones entre Ana María y el padre Rodrigo revelaron la profundidad de la conspiración contra Álvaro y Raquel. Ana María,

buscando redención, había accedido a colaborar, vía el padre Rodrigo, con la Inquisición para capturar a Raquel, sin darse cuenta de que estaba siendo manipulada para servir a intereses más oscuros.

A la mañana siguiente, Francisca llegó a las estancias de Álvaro con noticias inquietantes. El padre Rodrigo había convocado al consejo de inquisidores para discutir el caso de Raquel y Álvaro. Era evidente que la noticia de su relación había llegado a los oídos más peligrosos de la corte. Ante esa noticia, Álvaro dijo:

—Debemos sacar a Raquel de Portugal lo antes posible. Tengo contactos en el norte que podrían ayudarnos. Pero antes de eso, debemos asegurarnos de que Raquel esté fuera de peligro y que quiera hacerlo.

Mientras Francisca y Álvaro concretaban un plan de rescate para Raquel, Ana María, atormentada por la culpa y el remordimiento, buscó consuelo en la capilla del palacio. Ahí, frente al altar, encontró al padre Rodrigo, quien la escuchó con interés. Luego le dijo:

—Hija mía, el arrepentimiento es el primer paso hacia la redención. Cuéntame, y tal vez pueda ayudarte.

Ana María le contó:

—Estoy enamorada de Álvaro, pero él no corresponde a mi amor, y estoy muy arrepentida por haber traicionado su confianza al revelar su relación con Raquel.

El padre Rodrigo la escuchó con atención, y cuando ella terminó, le dijo:

—Tienes en tus manos el poder de redimirte y de salvar tu alma. Ayúdame a capturar a la judía y a aquellos que conspiran con ella, y la Iglesia te absolverá de tus pecados.

Ana María, desesperada por encontrar la redención, aceptó, sin darse cuenta de que estaba cayendo en una trampa más grande de la que había iniciado.

Mientras tanto, Francisca y Álvaro, con la ayuda de aliados, prepararon el escape de Raquel. Sabían que el tiempo era esencial y que cada momento el peligro se cernía más y más cerca, y que en realidad, las opciones eran limitadas y peligrosas. La urgencia de la situación los llevó a descartar planes que ponían en riesgo la vida de Raquel.

Pedro De Castro, un viejo cortesano de la corte portuguesa con mucha experiencia, estaba celoso de los éxitos del ‘joven maravilla’. Pedro contaba con muy buenas conexiones en toda Europa y, principalmente, en Venecia, donde indagó sobre el pasado de Álvaro. Le tomó tiempo, pero un día recibió, “anónimamente”, una copia del libro ‘Las Cuatro Libertades Fundamentales del Ser Humano’ escrito por Álvaro De Covadonga, durante su estancia en Venecia. De Castro fue con la Reina, que como siempre estaba acompañada de algunas de sus damas, entre las que se encontraba Francisca, para presentarle su hallazgo:

—Su majestad, aquí traigo las pruebas de que Álvaro De Covadonga ha conspirado contra la Iglesia Católica —y entregándole en mano el libro agregó—: El escribió este libro en Venecia, donde se imprimió, y según la Santa Inquisición, ese libro ha sido escrito específicamente contra la Iglesia Católica. Promueve, entre otras cosas, ‘el derecho a expresar libremente cualquier cosa que se piense y el derecho de profesar cualquier religión’. Su majestad, yo le sugiero que gire sus órdenes para que sea arrestado y presentado ante la Santa Inquisición, quienes, con la anuencia de la reina, le juzgarían por herejía, a menos que su majestad opine lo contrario.

La Reina accedió, añadiendo:

—Tiene usted razón, debe ser juzgado por traidor.

Francisca le comentó de esa conversación a Álvaro, ya que ella estuvo presente, y él solo dijo:

—Ese comentario de la reina cierra el cerco. Mi presencia en Lisboa ha terminado.

En el crepúsculo de una tarde veraniega de 1512, Raquel ya se había despedido de sus padres. Lista y sin nada que cargar con ella, fue a buscar a Álvaro. Se encontraron secretamente en el punto convenido de Lisboa, decididos a escapar lejos del alcance de la Inquisición. Conscientes de que ya se hubiera dado la orden de detención contra él y lo pudieran estar buscando por las calles y la omnipresente amenaza de la Inquisición, utilizaron su conocimiento de la ciudad para

adentrarse en un antiguo sistema de túneles y catacumbas bajo Lisboa, usados originalmente por los templarios, luego por contrabandistas y criminales para evadir a las autoridades.

Por la noche, con la ayuda de un antiguo compañero de armas llamado Mateo, Raquel y Álvaro descendieron a estos oscuros túneles. Moviéndose sigilosamente y usando antorchas para iluminar el camino, avanzaron por esos laberintos evitando la mirada de cualquier persona que pudiera reconocerlos y delatarlos. Raquel recordó una historia que su abuela solía contarle sobre una antigua salida secreta que daba al río Tajo, utilizada por judíos para escapar en barcos hacia lugares más seguros. Eso fue durante las persecuciones anteriores contra los judíos. Con esta idea en mente, Mateo y Álvaro buscaron señales o marcas que indicaran tal ruta. Después de horas de tensa exploración, encontraron una antigua puerta de madera semioculta detrás de una cascada subterránea. Con mucho trabajo lograron abrirla, y para su sorpresa y agrado, vieron un pequeño embarcadero con una vieja barcaza semihundida que seguía amarrada a ese muelle. Lograron sacarle casi toda el agua. Sabiendo que el tiempo era esencial, rápidamente abordaron la barca y comenzaron a remar con mucho cuidado por un canal subterráneo que los llevó directamente al río Tajo, emergiendo entre la densa niebla que cubría el río esa noche. Una vez en aguas costeras, fueron recibidos por un barco mercante, el "Madre del Sur", que por un módico precio los llevó

en solo cinco días, debido al buen tiempo y condiciones favorables, hasta las Islas Canarias, donde fueron recibidos en el Puerto de La Luz. Allí, se encontraron con Manolo Carrete, un viejo amigo de Sevilla, quien les ayudó a prepararse para un cambio radical de vida.

Con la ayuda de Carrete y la negociación de un par de pasajes en la carabela "Estrella del Océano", Raquel y Álvaro se embarcaron hacia la Nueva España, aportando sus conocimientos y habilidades aprendidos en la academia de navegación de Lisboa.

El sol del alba iluminaba el Puerto de La Luz, donde se alzaba majestuosa la "Estrella del Océano", lista para zarpar hacia lo desconocido. Los marineros, con sus ropas de lana gruesa y sombreros de ala ancha, se apresuraban a cargar las bodegas con barriles de agua y provisiones como galletas de barco, carnes saladas o ahumadas, legumbres secas y frutas secas para mantenerse alimentados durante el largo viaje en el mar.

Este viaje duraría más o menos unas seis semanas, con buen tiempo. Toda la navegación dependía en gran medida de las condiciones climáticas y los vientos favorables. La tripulación era de 20 marineros, debido a la complejidad de la travesía, y llevarían 10 pasajeros con pasaje pagado, incluidos ellos dos, además de la carga de mercancías para la isla de La Española.

Ese día, el ambiente estaba lleno de emoción y anticipación, mientras los marineros se abrían paso

entre las abarrotadas calles del puerto, cargando los barriles de agua fresca y las provisiones. Las velas del barco se alzaban, listas para ser desplegadas y capturar la brisa que los guiaría mar adentro.

Con las velas desplegadas y el viento hinchando las lonas de la nave, la "Estrella del Océano" se alejaba lentamente de la costa con la bandera de España ondeando orgullosamente en lo alto. Los marineros, dirigidos por el experimentado capitán Hernando Gutiérrez, ajustaban las velas y se preparaban para el largo viaje.

Conforme el barco se alejaba de la costa, Álvaro podía sentir el corazón de Raquel latir más rápido, lleno de valentía y algo de temor, conscientes de que se aventuraban hacia territorios inexplorados. Las olas golpeaban el casco de madera, balanceando la nave de un lado a otro, desafiando la resistencia de los marineros. El capitán, con su mirada decidida y experiencia acumulada, dirigía al equipo con mano firme. Los navegantes estudiaban los mapas, calculando cuidadosamente la posición del sol y las estrellas para mantener el rumbo correcto.

Cada día, el sol se levantaba y se ponía, marcando el paso del tiempo. Las noches en el océano eran misteriosas y llenas de asombro. La oscuridad revelaba un espectáculo celestial, con estrellas brillantes que parecían guiar el camino en medio del vasto y oscuro abismo. Las historias de criaturas marinas mitológicas y

tormentas feroces se susurraban entre los marineros, aumentando la sensación de intriga y peligro.

Ese día en el vasto océano, el cielo antes azul se tornó oscuro con nubes grises y amenazadoras. Las estrellas que antes los guiaban se ocultaron, sumiéndolos en una oscuridad casi absoluta, presagiando una tormenta inminente. Los vientos azotaban las velas, que, aunque de manta gruesa, se veían delgadas con vientos violentos, haciéndolas agitarse y llenarse de fuerza. Las olas gigantes se levantaban y caían con furia, golpeando el casco de madera de la carabela y enviando espumas blancas que se dispersaban en el aire salado.

El capitán Gutiérrez y la tripulación, con rostros tensos y determinados, luchaban por mantener el control del barco en medio del caos. Las órdenes se gritaban y se llevaban a cabo rápidamente, mientras intentaban navegar a través de la tormenta. La carabela se balanceaba de un lado a otro, desafiando las leyes de la gravedad, mientras se enfrentaba a las ráfagas de viento y las olas gigantes que amenazaban con derribarla.

El estruendo ensordecedor de los truenos y el relámpago iluminaban el cielo oscuro, creando una atmósfera aún más intensa. La lluvia caía en torrentes, empapando a la tripulación y haciendo que la cubierta se volviera resbaladiza. A pesar de la adversidad, cada miembro de la tripulación se aferraba con fuerza a las cuerdas de las velas, haciéndolas trabajar en perfecta sincronía para mantener el barco a flote. Álvaro solo le

pedía a Dios que le permitiera disfrutar del amor de Raquel un poco más.

La "Estrella del Océano" subía y bajaba por las crestas espumosas. El casco de madera crujía bajo la presión del mar embravecido, pero la estructura resistente se mantenía firme. El agua salada azotaba la cubierta, mojando todo a su paso y desafiando la resistencia de la tripulación. A medida que iba amaneciendo, la tormenta pasaba y dejaba de atacarlos. Después de la tremenda lucha por sobrevivir, todo parecía regresar a la normalidad.

Así pasaron los días. De repente, el vigía en el nido de cuervos dio la alarma. En el horizonte se vislumbraba otro barco, rápido y ágil, con velas negras marcadas con símbolos temibles.

—¡Barco pirata a la vista!

El capitán Hernando Gutiérrez daba órdenes:

—¡Marineros, preparen la defensa! ¡Carguen cañones, afi len espadas y preparen mosquetes!

Ellos no lo sabían, pero los marineros habían sido entrenados por el capitán para defender al "Estrella del Océano" en estos casos.

Los barcos piratas eran conocidos por su velocidad y maniobrabilidad y estaban tripulados por hombres desesperados y sin ley, buscando tesoros para saquear. A medida que el barco pirata se acercaba, la tensión en

la carabela aumentaba. El capitán emitía órdenes, intentando maniobrar la carabela para defenderse mejor del ataque inminente. Los piratas, hábiles en el arte del abordaje y el combate en el mar, se acercaban con rapidez, listos para atacar. Los cañones del "Estrella del Océano" dispararon primero. Sus gritos de batalla y el sonido de tambores llenaban el aire. Los piratas lanzaban ganchos y cuerdas para abordar la carabela, con la intención de saquearla. Solo algunos piratas lograron abordar la carabela debido a que su capitán, al darse cuenta de que los cañonazos les habían perforado el casco y su barco estaba haciendo agua, gritó la orden de retirada.

El encuentro solo se convirtió en un corto combate mano a mano. Los marineros, protegidos por armaduras y armados con espadas y arcabuces, lucharon contra los piratas. El estruendo de los cañones, el choque de metal contra metal y los gritos de los combatientes llenaron el ambiente solo por un corto tiempo, gracias a Dios. Fue una mezcla dramática de peligro, estrategia y valentía de parte de los marineros.

Las provisiones comenzaban a escasear y las condiciones se volvían más desafiantes. El miedo y la determinación se mezclaban en sus rostros, pero su espíritu intrépido no flaqueaba.

Finalmente, una mañana el vigía avistó tierra a lo lejos.

—¡Tierra a la vista! —gritó el vigía.

Una mezcla de alivio y alegría se apoderó de todos. Las velas fueron recogidas y el barco se acercó lentamente a la costa desconocida. Los corazones latían con emoción ante la perspectiva de pisar tierra firme después de tanto tiempo en el mar. A medida que se acercaban a la costa, la vegetación exuberante y desconocida se revelaba ante sus ojos. Los sonidos de aves exóticas y animales desconocidos llenaban el aire. El capitán, que ya había hecho este viaje anteriormente, dijo:

—Es La Española, aunque no reconozco la costa frente a nosotros —luego les aseguró—. Nuestro destino estará costeano al oeste, a poca distancia, y tenemos viento de popa, pronto llegaremos.

Al fin llegaron a Santo Domingo. Su nuevo hogar. Esta isla ya había experimentado una década de presencia española. Fue la primera ciudad permanente de "Las Indias". Había edificios de piedra, calles trazadas y algunas adoquinadas, una catedral en construcción, y otras infraestructuras. Cuando llegaron Raquel y Álvaro a la isla quedaron maravillados por su belleza natural, encontraron una tierra con exuberante vegetación y rica en recursos naturales. Bajaron sus pocas pertenencias, se despidieron de todos, especialmente del capitán Gutiérrez, a quien Raquel le entregó un par de cartas pidiéndole, que a su regreso a Europa las enviara, una era para su madre y la otra para los padres de Álvaro.

Buscaron donde poder quedarse y encontraron una pequeña casa que podría servirles temporalmente y

cerraron el trato. En esa casita iniciaron una nueva etapa de sus vidas. Raquel y Álvaro pasaron unos meses muy felices, una vida sencilla llena de amor, sin preocupaciones. Consiguieron un trabajo de buena paga con el capitán Balboa, en su negocio de suministros y reparación de todo tipo de barcos. Raquel se encargaba de la parte administrativa y Álvaro del muelle de reparaciones.

Lentamente fueron adaptándose a los sonidos y criaturas de la selva, toda una aventura para ellos. Poco a poco fueron conociendo partes de la gran isla que ofrecía diversidad de paisajes, desde montañas y colinas hasta extensas planicies y hermosas playas. Toda cubierta por una vegetación exuberante, incluyendo bosques tropicales y manglares en algunas zonas costeras.

Antes de la llegada de Cristóbal Colón estaba habitada por varios grupos indígenas, siendo los taínos la población más numerosa. Vivían en aldeas dispersas por toda la isla y se dedicaban a la pesca y a la agricultura, cultivando productos como maíz, yuca, una raíz comestible llamada batata y tabaco.

Diego Colón, hijo de Cristóbal Colón, era el gobernador de las Indias. Después de la muerte de su padre en 1506, Diego se convirtió en el heredero de los títulos y derechos otorgados a su padre por los Reyes Católicos. Estos incluían los títulos de: Almirante de la Mar Océano, Virrey y Gobernador de las Indias.

Raquel y Álvaro adquirieron un terreno de 2.1 por 5.6 leguas en La Española para construir una granja en un futuro cercano. De vez en cuando, frente a su pequeña casa al borde de la selva y si el clima lo permitía, encendían una fogata para disfrutar de la noche bajo las estrellas.

Una noche oscura, interrumpida solo por destellos brillantes de estrellas y el resplandor plateado de la luna. Los sonidos del bosque tropical resonaban con el chirrido de los grillos y el murmullo distante de las olas del mar rompiendo en la playa. Su fogata chisporroteaba, iluminándole a Raquel el cabello oscuro recogido en una coleta, que se movía con cada brisa que soplabo desde el mar, con su mirada intensa que reflejaba la luz de las llamas. Ella, sosteniendo suavemente la mano de Álvaro, en voz baja dijo:

—Desde que llegamos a esta isla, supe que algo cambiaría en mí, tú eres el catalizador de ese cambio.

Raquel sonrió, sus labios curvándose en una sonrisa que iluminaba su rostro. Él le contestó:

—Estas tierras, tan llenas de misterios y belleza, han despertado en mí pasiones que nunca supe que tenía. Pero contigo... contigo siento como si ya hubiéramos encontrado nuestro hogar.

Los dos, procedentes de mundos diferentes, unidos por el destino en esta tierra tan lejana, compartían sus vidas y sus sueños futuros mientras la noche avanzaba.

Raquel habló de su infancia en Lisboa, de cómo había crecido rodeada de la rica cultura judía y de los profundos cambios que había tenido su vida desde que la empezó a compartir con Álvaro.

Mientras platicaban, un grupo de indios taínos, con sus cuerpos pintados y tocados de plumas, comenzó a tocar tambores y flautas en la distancia. El ritmo hipnótico y los cantos melódicos llenaron el aire, y sin decir palabra, ellos se levantaron y comenzaron a bailar alrededor del fuego. Sus cuerpos se movían en perfecta armonía con el ritmo de la música, y mientras giraban y se deslizaban, el mundo a su alrededor desaparecía. Cuando la música terminó, ambos estaban sin aliento, sus frentes pegadas mientras se perdían en los ojos del otro.

—Raquel, siento algo por ti que no puedo explicar. Es como si nuestras almas estuvieran entrelazadas, destinadas a encontrarse en este lugar y momento —le murmuró.

—Mi amor, siento lo mismo. No sé qué nos depara el futuro, pero sé que quiero enfrentarlo contigo.

En ese instante, bajo el resplandor de la luna caribeña y el testigo silente de las estrellas, sus labios se encontraron en un beso apasionado, sellando un amor que, esperaban, resistiera todas las pruebas que el destino pudiera lanzarles.

Tiempo después, una noche con un velo de misterio, interrumpido solo por el parpadeo errático de las estrellas y el fulgor pálido de la luna. Los sonidos de la jungla eran una mezcla de murmullos, donde el distante romper de las olas se fundía con el aleteo de las criaturas nocturnas.

Raquel y Álvaro habían prendido una fogata, como de vez en cuando lo hacían. Se encontraban sentados a su alrededor platicando. Con un tono suave le dijo a Raquel:

—Cada vez que miro a mi alrededor, siento que esta isla esconde secretos que aún no hemos descubierto.

Le tomó la mano y entrelazando sus dedos, dijo:

—Siento lo mismo. Es como si cada rincón de este lugar tuviera una historia que contar.

De pronto, la conversación se vio abruptamente interrumpida por un crujido en la maleza.

Inmediatamente, él se puso de pie, su mano buscando la empuñadura de la espada. De entre las sombras, emergieron figuras con pintura tribal y tocados de plumas: taínos, con miradas desafiantes y armas en mano.

Raquel, reconociendo algunos de los símbolos pintados en sus cuerpos, murmuró con urgencia:

—Álvaro, no son amistosos. Han venido a robarnos.

Antes de que pudieran reaccionar, un taíno avanzó, intentando arrebatarse la bolsa que Raquel tenía a su lado. Él desenvainó su espada, parando el ataque y posicionándose protectoramente delante de Raquel. El aire se cargó de tensión mientras los taínos les rodeaban. Pero Raquel, con una valentía sorprendente, se puso de pie y comenzó a hablar en el lenguaje taíno, haciendo gestos de paz. Al principio, los indígenas parecían reacios, pero poco a poco, las palabras de Raquel parecieron calmarlos. Con una mirada llena de respeto, el líder del grupo, un hombre de aspecto imponente, se acercó a Raquel y le entregó un pequeño amuleto de piedra. Luego, haciendo un gesto con la mano, ordenó a su grupo retirarse.

Una vez que los taínos desaparecieron en la espesura, Álvaro, aún en guardia, miró a Raquel con asombro.

—¿Qué les dijiste? —ella, con una sonrisa cansada, mostró el amuleto.

—Les hablé de nuestras intenciones pacíficas y les ofrecí este amuleto como muestra de buena voluntad. Es un símbolo de protección en su cultura.

Él la envolvió en un abrazo agradecido.

—Hoy, no solo te has ganado el respeto de los taínos, sino también el mío, una vez más.

Y mientras las llamas de la fogata se desvanecían, ellos se acurrucaron juntos, agradecidos por haber superado un peligro más en esta tierra de misterios.

Tiempo después, la ya terminada catedral de La Española se erigía imponente bajo el azul intenso del cielo caribeño. Su arquitectura, una mezcla de influencias españolas y adaptaciones locales, resplandecía con la luz del atardecer. Las campanas resonaban en el aire, anunciando un evento que la comunidad esperaba con ansias: la unión de Álvaro De Covadonga y Raquel Kracer.

Los aldeanos, vestidos con sus mejores ropas, se habían congregado en la entrada, esperando la llegada de los novios. Las mujeres llevaban vestidos de colores vivos y los hombres lucían camisas blancas y pantalones de lino. Con el primer repique de la campana, Raquel hizo su aparición, acompañada por su padrino. Su vestido, de un blanco inmaculado, caía en cascada hasta el suelo, adornado con encajes y bordados que reflejaban la tradición del lugar. Su cabello estaba recogido con flores silvestres y llevaba un velo que le cubría el rostro, dejando adivinar una sonrisa radiante.

Álvaro, que ya estaba en el altar, al verla sintió un vuelco en el corazón. Vestido con una camisa de lino y un chaleco bordado, esperaba con nerviosismo y emoción el momento en que Raquel y él se unieran para siempre ante Dios.

La ceremonia comenzó con una procesión lenta hacia el altar. A medida que Raquel avanzaba, los presentes se persignaban y murmuraban oraciones. El padre Mateo,

un anciano sacerdote que los había conocido desde su llegada a la isla, los recibió con una cálida sonrisa.

—Bienvenidos a la casa de Dios —comenzó con su voz grave y serena resonando en el recinto—. Hoy, nos encontramos aquí para unir en sagrado matrimonio a Álvaro y Raquel, dos almas que han decidido caminar juntas bajo la bendición del Señor.

Sus votos fueron emotivos y sinceros.

—Yo, Álvaro, —con la voz entrecortada— prometo proteger y amar a Raquel, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza.

—Yo, Raquel, —con lágrimas en los ojos— juro estar a tu lado en cada paso que des, brindándote mi amor incondicional.

El padre Mateo agregó:

—Este intercambio de anillos está cargado de simbolismo. Estos sencillos aros de oro representan la eternidad de vuestro compromiso y el círculo infinito de su amor.

Una vez declarados marido y mujer, se dirigieron hacia la salida de la catedral, donde fueron recibidos con una lluvia de pétalos de flores y el jubiloso clamor de la comunidad. La celebración posterior fue una fiesta llena de música, danzas y risas. Las luces de las antorchas iluminaban la noche, y el aire estaba impregnado del aroma del mar y de las flores tropicales. Esa noche, la

pareja, rodeada de sus seres queridos, inició una nueva vida juntos, bajo el manto protector de la iglesia y la bendición de Dios.

La brisa fresca de La Española no parecía tan reconfortante esa mañana. La isla, usualmente llena de vida y color, parecía envuelta en un silencio ensordecedor. La naturaleza, como si comprendiera el dolor que sentían Raquel y Álvaro, parecía contener la respiración. Raquel yacía en su cama, el rostro pálido y las sábanas manchadas de tristeza. Él estaba a su lado, sosteniendo su mano con delicadeza, tratando de encontrar las palabras adecuadas, pero cada vez que intentaba hablar, un nudo en la garganta se lo impedía.

El bebé que esperaban, fruto de un amor que había superado innumerables obstáculos, ya no estaba con ellos. Raquel había despertado con un dolor insoportable, y antes de que pudieran buscar ayuda, el destino les arrebató la esperanza. La habitación estaba llena de flores silvestres que él había recogido, intentando traer un poco de consuelo a Raquel. Pero las flores, aunque bellas, no podían llenar el vacío que sentían.

—Lo siento —

susurró Raquel, las lágrimas deslizándose por sus mejillas—. Soñé con nuestro hijo, con su risa, con su mirada... y ahora todo parece un sueño cruel, una pesadilla.

Él acercó su rostro al de ella, dejando que sus lágrimas se mezclaran.

—No tienes que disculparte. Ambos soñamos con ese futuro. Pero debemos ser fuertes, por nosotros y por el amor que sentimos.

Los días se convirtieron en semanas, y aunque el dolor persistía, ellos se aferraban el uno al otro como anclas. La comunidad de La Española, conmovida por la pérdida, les ofreció apoyo y consuelo, demostrando que, incluso en los momentos más oscuros, el amor y la solidaridad pueden iluminar el camino.

Con el tiempo, Raquel y Álvaro encontraron formas de honrar la memoria de su hijo no nacido, plantando un árbol en su honor y compartiendo historias sobre los sueños que tenían para él. Aunque el dolor nunca desapareció por completo, el amor que compartían les ayudó a encontrar la fuerza para seguir adelante y enfrentar juntos cada nuevo amanecer.

Los días en La Española habían adquirido un tono gris. El resplandor del sol ya no parecía tan brillante, y el rumor de las olas en la orilla sonaba como un lamento distante. Las noches, antes llenas de risas y cantos, se habían convertido en vigilias silenciosas, solo interrumpidas por el débil aliento de Raquel.

Después de que un mosquito inocente dejara su marca en Raquel, su salud comenzó a declinar rápidamente. La fiebre, los escalofríos y el delirio se convirtieron en sus

constantes compañeros, y aunque él intentó con desesperación encontrar una cura, la malaria se mostró implacable. En su pequeña casa, con las paredes decoradas con recuerdos de sus aventuras, Raquel yacía en su lecho, cada vez más débil. Él, sentado a su lado, sostenía su mano, acariciando su frente sudorosa con un paño húmedo. Raquel le murmuró con dificultad, su voz apenas un susurro:

—Quiero que sepas que cada momento a tu lado ha sido un regalo. No llores por mí, por favor. Celebra nuestra historia, nuestro amor. Tú sigue tu camino y encontrarás otro amor... mereces ser feliz.

Él, con lágrimas rodando por sus mejillas, intentó sonreír.

—Siempre estarás conmigo, Raquel. En cada amanecer, en cada atardecer, en cada sople del viento.

Raquel sonrió débilmente, cerrando sus ojos por un momento.

—Recuerda las risas, las danzas, los sueños. No me recuerdes por mi final, sino por todos los momentos bellos que compartimos.

Con un último esfuerzo, Raquel levantó su mano y la colocó sobre su corazón.

—Siempre aquí —susurró.

El silencio que siguió fue profundo, solo interrumpido por el llanto contenido de Álvaro. Raquel, la mujer que

había amado más que a nada en el mundo, ahora descansaba en paz.

La comunidad se reunió al día siguiente para rendir homenaje a Raquel. Aunque su cuerpo había partido, su espíritu y su memoria permanecerían vivos en los corazones de todos los que la conocieron.

Álvaro se paró frente a la multitud, tomó una profunda inspiración y comenzó con una voz cargada de emoción:

—Amigos nuestros, aldeanos... Hoy nos encontramos aquí no solo para despedir a Raquel, sino para honrar su vida y todo lo que significó para nosotros —miró al cielo, como buscando fuerzas para continuar—. Conocí a Raquel en un momento en que el destino parecía jugar en nuestra contra. Pero aprendí que el amor, cuando es verdadero, no entiende de barreras ni obstáculos. Raquel fue mi luz en la oscuridad, mi guía en la confusión y mi compañera en la aventura. Su risa era mi melodía favorita, y sus ojos, el reflejo de la esperanza y la bondad.

Con lágrimas en los ojos, miró hacia su tumba y dijo:

—Raquel, mi amada, quiero que sepas que siempre serás parte de mí. Prometo honrar tu memoria, viviendo cada día con el mismo amor y pasión que tú me enseñaste.

Con esas palabras, depositó una rosa sobre la tumba, y en ese gesto, todo el amor, el dolor y la promesa de un reencuentro eterno quedaron sellados. La multitud,

conmovida, permaneció en silencio, comprendiendo la profundidad de ese amor que, incluso en la muerte, seguía vivo.

Desde el fatídico día de la partida de Raquel, Álvaro se convirtió en una sombra de lo que había sido. Aunque la isla de La Española seguía brillando con sus colores tropicales y sus paisajes majestuosos, para él, todo había perdido su resplandor.

Para él, las noches eran las más difíciles. Se acostaba con la esperanza de que todo hubiera sido un sueño y despertara con Raquel a su lado, pero cada amanecer le gritaba la cruda realidad. En el silencio de la noche, sus sollozos resonaban en la pequeña casa donde habían compartido tantos momentos felices. La almohada de Raquel, todavía impregnada con su aroma, se había convertido en el único consuelo para sus lágrimas.

Durante el día, evitaba los lugares que habían sido testigos de su amor. El rincón del mercado donde Raquel compraba flores, la playa donde solían pasear de la mano, todo le traía recuerdos que eran demasiado dolorosos para soportar. Los aldeanos, preocupados, intentaban acercarse para ofrecerle consuelo, pero él se encerraba en sí mismo, como una ostra protegiendo su preciada perla. Se sumió en un abismo de dolor y melancolía.

El recuerdo de Raquel estaba en todas partes: en la brisa, en las olas que rompían en la playa, en el canto de los pájaros al amanecer. Cada detalle, cada sonido, cada

aroma le recordaba a ella, desgarrándole el alma una y otra vez. Pero algo en su interior le decía que debía continuar, que tenía que vivir, no solo por él, sino por Raquel y por el amor que compartieron.

A pesar de su dolor, él sabía que Raquel no querría verlo así. Con el tiempo, comenzó a buscar una forma de honrar su memoria, de mantener vivo su legado. Aunque el camino hacia la sanación sería largo y tortuoso, él estaba decidido a encontrar la luz en la oscuridad, a mantener vivo el recuerdo de Raquel y a buscar un propósito que le diera sentido a su existencia. Al día siguiente decidió mandar una carta a la madre de Raquel:

> Querida Doña Estela,

Con un corazón pesado y manos temblorosas, me siento a escribirle estas líneas que jamás imaginé tendría que redactar. Deseo con todo mi ser que esta carta no tuviera razón de ser, y que Raquel estuviera a mi lado para asegurarme que todo es simplemente un mal sueño. Pero la dura realidad es que nuestra querida Raquel nos ha dejado. Ella no estuvo sola en sus últimos momentos. Estuve a su lado, sosteniendo su mano, prometiéndole que la recordaría siempre y que nuestro amor sería eterno.

Raquel me habló en muchas ocasiones de su amor por usted y de lo agradecida que estaba por todo lo que le

enseñó. En los momentos más difíciles, las lecciones y valores que usted le transmitió fueron su guía y su refugio. Quiero que sepa que su influencia en Raquel fue palpable, y que el amor y el respeto que sentía por usted eran inquebrantables.

Doña Estela, comprendo que ninguna palabra puede aliviar el dolor de perder a una hija. Raquel era una mujer excepcional, llena de vida, amor y bondad, y su partida es una pérdida inmensurable para todos nosotros.

Con todo mi cariño y profundo respeto,

Álvaro <

## Capitulo. - IV 'Itzel'



Itzel

Viaje a Villa de la Vera Cruz 1515

Los meses transcurrieron y Álvaro permanecía en La Española, reacio a dejar todo lo que le recordaba a su amada Raquel. Su refugio era el trabajo junto al capitán Balboa, quien le había enseñado a capitanear un barco en la práctica. En el otoño, se presentó la oportunidad de capitanear una goleta con soldados españoles hasta la Villa de la Vera Cruz, dejarlos allí y regresar a La Española con la carga que les entregarían.

Álvaro se puso inmediatamente a coordinar las tareas para abastecer la embarcación asignada, llamada "La

Golondrina". Esta goleta, parte de la Flota de Indias, tenía dos mástiles, un diseño esbelto y velas triangulares llamadas latinas, diseñadas para los desafíos transatlánticos, incluyendo tormentas, corrientes y ocasionalmente, ataques de piratas o competidores europeos. Además, eran el principal medio de transporte de personas, animales y mercancías entre España y sus colonias en la Nueva España. Con su experiencia, Álvaro logró que el navío se aprovisionara rápidamente y estuviera en condiciones óptimas para la travesía. Conociendo bien a los lugareños, reclutó a 12 de los mejores marineros para su tripulación, incluyendo a dos jóvenes españoles, Eduardo Pérez y Rodrigo Aguilera.

La goleta zarpó de La Española llevando a 24 soldados, navegando hacia el oeste paralelamente a las costas sin contratiempos, y luego hacia el noroeste según la ruta trazada. Llegaron a Cuba, una isla conocida por su belleza natural, donde se reabastecieron de agua y víveres. A pesar de que Cristóbal Colón había descubierto Cuba en 1492, la exploración y colonización detallada por los españoles aún estaba en sus etapas iniciales.

Tras dejar Cuba, una tormenta los sorprendió en el mar, oscureciendo el cielo y desatando vientos y olas violentas. Las estrellas, que antes los guiaban, se ocultaron, sumiéndolos en una oscuridad casi absoluta. Los vientos aullaban como almas perdidas en el infierno, y las olas, como montañas grises y espumosas, los golpeaban. El viento soplaba cada vez con más fuerza, haciendo que las velas se hincharan y retorcieran en

formas grotescas. Desde la proa Álvaro gritaba las órdenes, intentando mantener la embarcación en curso.

--"¡Sujeten esas velas! ¡Maniobren a estribor!" Pero sus palabras se perdían en el rugido del viento y el estruendo de las olas. A su lado, Juan, el navegante, intentaba leer el viejo compás, aunque su mano temblaba.

Todos rezaban para que la tormenta amainara, pero parecía crecer en furia. Pronto, las olas se llevaron trozos del aparejo y luego, con un fuerte crujido, el mástil de mesana se rompió y se estrelló contra la popa, entre una maraña de cuerdas y madera astillada hasta que, otra ola lo despejó. La siguiente ola derribó el palo mayor, aplastando a dos hombres más al caer y arrancando la mayor parte de la barandilla de estribor.

Eduardo y Rodrigo, los dos marineros españoles, corrían de un lado a otro, asegurando cuerdas, ajustando lo que quedaba de las velas y tratando de mantener el barco lo más estable posible. Trabajaron intensamente apuntalando las vigas astilladas. Otros estaban ocupados con las bombas de achique, pero el agua entraba más rápido de lo que la tripulación exhausta podía bombear, y el barco comenzó a hundirse cada vez más.

Luego, lo que quedaba de los mástiles desaparecieron por completo y el maltrecho casco se llenó de agua, que entraba por las tablas que se habían roto debido al embate de las olas.

El agua salada golpeaba sus rostros, enturbiando su visión y dejándolos casi ciegos. De repente, una ola monstruosa, mucho más grande que las anteriores, se alzó en el horizonte. La embarcación, que parecía minúscula frente a ese coloso acuático, fue elevada por la fuerza del mar.

Todos a bordo se agarraron a lo que pudieron, sintiendo el estómago revuelto por el ascenso vertiginoso. Y entonces, con un estruendo ensordecedor, la ola rompió contra "La Golondrina", partiendo la madera y arrancando todo lo que quedaba de velas. Fueron lanzados al frío y oscuro mar, cada uno luchando por atrapar un aliento mientras eran arrastrados por las corrientes. Con sus últimas fuerzas, Álvaro logró agarrarse a un trozo de madera que flotaba cerca. Buscó con desesperación a sus compañeros entre la espuma y las olas. No muy lejos, vio a Rodrigo, quien también se sostenía de un fragmento del barco destrozado. Juntos, fueron arrastrados por la corriente, intentando mantenerse cerca el uno del otro.

Las horas pasaron, y la tormenta comenzó a amainar. Poco después el sol comenzó lentamente a asomarse en el horizonte, al principio tímido y luego revelando un panorama desolador. Restos del naufragio flotaban dispersos por el vasto océano, y de la embarcación no quedaba más que escombros.

Ese nuevo día los descubrió exhaustos con la piel arrugada por el agua salada y muertos de sed. Hicieron un balance de su situación: los demás marineros y soldados estaban desaparecidos, quedando solos

balanceándose en las claras aguas azules sin que se viera tierra por ningún lado.

-- "Esto no puede ser", dijo Rodrigo, mirando la interminable extensión de agua azul brillante. "Siento con tanta fuerza que Dios tiene un plan para mi vida, no puede dejarme morir así. Estoy seguro de que su plan es que lleve su palabra a estas tierras".

-- "Dios nos está probando, quiere que salgamos más fuertes de esto, para enfrentar las pruebas que nos esperen", le contestó Álvaro. "Por mi parte, lo que Dios quiera. Si quiere que muera para acompañar a mi Raquel, está bien".

-- "Tenemos que ser optimistas, Álvaro".

Así pasó el más largo día de sus vidas. Después llegó la terrible noche. Estaban casi sin fuerzas, pero muy pendientes de los posibles acosos de los tiburones, en una inconsciencia exhausta y dejaron que los vientos los llevaran a su antojo. Estaban más allá de que algo les importara. A través de la bruma del sueño finalmente despertaron y con la luz del día, a la distancia, divisaron lo que parecía ser tierra. Con un esfuerzo titánico, nadaron hacia ella empujando los restos del barco que les habían servido de flotador. Al fin lograron alcanzar la arena sobre la que cayeron rendidos. Agradecidos de estar vivos.

La playa desconocida se extendía ante ellos, bella y misteriosa. Determinados a sobrevivir, exploraron en busca de agua y alimentos, adaptándose poco a poco a su nueva vida y construyendo un refugio. Una tarde,

descubrieron un viejo barril con una carta en portugués que hablaba de un naufragio reciente y una forma de comunicarse con otro barco portugués mediante señales de humo. Siguieron las instrucciones, pero sin ser avistados. Hasta que un día, Eduardo y Jorge, también supervivientes de "La Golondrina", los encontraron gracias a las señales de humo.

Mientras se recuperaban y planeaban su siguiente paso, fueron sorprendidos por un ataque de indígenas, durante el cual Eduardo y Jorge fueron asesinados. Álvaro fue capturado y, junto con Rodrigo, llevado ante los indígenas, quienes se mostraron fascinados y temerosos ante su apariencia desconocida. Los indígenas, identificados como mayas, los trataron con respeto y los llevaron a su villa, Tulum.

En Tulum, Álvaro y Rodrigo fueron recibidos con una mezcla de curiosidad y respeto. Los mayas, con sus elaborados taparrabos de tela teñida y complejos tocados de plumas, contrastaban marcadamente con los indígenas que Álvaro había encontrado en sus viajes anteriores. Su apariencia física, sus armas mejor diseñadas y su actitud hacia los dos naufragos revelaban una sociedad avanzada y formidable.

Al entrar, Álvaro vio edificaciones que le parecieron templos y palacios. La ciudad estaba bien trazada y organizada, con calles y plazas. Definitivamente estos indios estaban muy adelantados a los taínos de La Española.

Muchos de los habitantes de Tulum salieron a recibirlos. Los llevaron a un campamento cercado donde había

varias jaulas, hechas de troncos y ramas de árboles. Finalmente, ahí les quitaron las amarras de cuello y manos, luego les metieron dentro de una de las jaulas.

En la madrugada del día siguiente, al abrir los ojos, Álvaro vio que debajo de un enorme tocado de plumas verdes, había un hombre observándolo. Era corpulento y tenía un aspecto brutal. Estaba más ricamente vestido que los demás, cargado de collares y pulseras. Una amplia franja negra pintada en su rostro lo hacía parecer el hermano del diablo. Los demás indios trataban a esta figura con una mezcla de respeto y miedo. Pequeños remolinos de niebla se agitaron a medida que la figura avanzaba hacia ellos, intensificando la impresión de algún horror de otro mundo.

El hombre se detuvo directamente frente a su jaula y lo miró impasible. Su ancho rostro moreno parecía hecho de piedra. Obviamente era el jefe, porque se movía con aire de arrogancia y mando. Una atmósfera de cementerio se cernía sobre el hombre, como la bruma matutina que los rodeaba. Ellos lo miraron con recelo en silencio, pero Álvaro lo miró directamente a los ojos con una mirada que tal vez podría considerarse insolente. Cuando fue hacia él, el bruto le devolvió la mirada como si notara cada detalle de su rostro para poder recordarlo más tarde. Álvaro sintió como si estuviera mirando el rostro de la muerte misma. Los guerreros que lo acompañaban, se referían a este hombre llamándolo Muk'nal. Finalmente, pasó a su lado y miró a Rodrigo con poco interés. Con un gruñido y un gesto rápido señaló a uno de los otros indios presos, y tres de sus guerreros inmediatamente lo sacaron de la jaula y se lo

llevaron. A pesar de su terror, intentaron detenerlos con gritos y protestas, pero fueron ignorados. El jefe hizo una pausa por un momento, luego miró a Álvaro directamente una vez más antes de irse. El indio gritó desesperado mientras lo arrastraban, luego todo quedó en silencio una vez más.

Por último, pero con la misma curiosidad llegaron a observarlos los hombres y mujeres comunes, que usan una especie de taparrabo o paño que cubría desde la cintura hasta las rodillas. Luego continuaron llegando más indios a verlos. Así todo el día. En medio de esta situación interesante y al mismo tiempo incómoda, una hermosa joven del séquito de Muk'nal, miró a Álvaro con una de esas miradas cautivadoras que lo enganchó y no la pudo olvidar.

Uno de los otros prisioneros que ya estaba en otra jaula en ese sitio, nos habló en portugués, bueno le habló a Álvaro, porque Rodrigo no hablaba portugués.

-- "Soy Alfonso Ramos, de Portugal, ¿ustedes de dónde son?",

-- "Nosotros de España, hablo portugués porque viví en Lisboa, ¿Tú cómo llegaste aquí?"

-- "Es una larga historia. Mi barco, el 'Atlantis', durante nuestra expedición hacia el sur, a medianoche una espesa niebla nos envolvió, y de repente, emergió de la bruma, 'El Espectro Marino'. Realmente no sé qué pasó. De lo que estoy seguro es que nos embrujó, porque un fuerte viento que sopló de repente, nos estrelló contra

una roca en medio del mar. Roca, que no habíamos visto y que nunca volvimos a ver”.

-- “Yo ya había oído hablar de ese barco fantasma”, dijo Álvaro.

-- “Yo me salvé en un pedazo de madera de la cubierta del Atlantis, en la que floté por dos días y dos noches, hasta que llegué a la costa. A los otros marineros del Atlantis nunca los volví a ver. En la costa, yo semi muerto, llegaron los mayas, me atraparon y me trajeron aquí. De esto hace ya mucho tiempo, no llevo la cuenta... creo que no saben qué hacer conmigo”.

-- “Alfonso, ¿cómo te entiendes con ellos?”, le preguntó.

-- “He aprendido algo de su idioma, suficiente para darme a entender y entenderlos. El maya es todo un desafío, ya que es una lengua con características fonéticas muy diferentes. El significado de una palabra puede cambiar según el tono con el que se pronuncie”, Alfonso siguió diciendo. “Si quieren yo les puedo ir enseñando lo que sé”.

-- “Claro que sí, será interesante poder entendernos con ellos”.

Alfonso fue un aliado de ellos y buen amigo. Con el tiempo, Álvaro le contó su historia y también su origen español, las batallas en las que participó, la de Nápoles, la Batalla de Agnadello y otras. Le contó que el Rey Fernando II de Aragón le otorgó la medalla de la ‘Cruz al Mérito Militar’ por méritos militares sobresalientes y actos de valor.

Luego Alfonso les contó a los otros prisioneros mayas que Álvaro era un héroe de guerras en Europa, con muchos premios por valor. Esto corrió de boca en boca hasta Yaxkin, el jefe de los guerreros de Tulum.

Yaxkin fue a ver quién era ese personaje héroe. Seguramente su ego personal lo llevó a medirse, como guerrero, contra ese héroe. Yaxkin era un joven fornido de estatura media para los estándares europeos, aunque alto en términos de los mayas, que en general eran bajos de estatura. Sacó a Álvaro del campo de esclavos y lo condujo a un llano cercano, donde a señas le retó a luchar contra él. Seguramente pretendía dominarlo en una batalla cuerpo a cuerpo, como lo habría hecho muchas veces antes. En este caso se equivocó con él, porque con su entrenamiento en artes marciales y sus estrategias militares, prácticamente desconocidas entre los indios, le fue fácil evadir sus ataques, hasta que lo cansó y luego pudo dominarlo fácilmente. Dolido y avergonzado, llamó a sus ayudantes que estaban escondidos con sus lanzas detrás de unos matorrales, para que lo regresaran al campo de esclavos.

Al llegar, Álvaro les contó lo sucedido a sus compañeros Rodrigo y Alfonso, quien le dijo:

-- “Ten mucho cuidado, los sacrificios humanos son una parte integral de la religión maya, se considera esencial el ofrecer sangre a los dioses para apaciguarlos. Si desafías a los guerreros, será tu sangre la que utilicen para apaciguarlos”. La vida en Tulum le ofrecía una perspectiva única sobre una civilización que había

prosperado de manera independiente a la europea, con sus propios logros y desafíos.

Con el tiempo, se integraron más en la comunidad maya. Ayudaban en el entrenamiento de los guerreros, participaban en las ceremonias y, a su manera, contribuían al bienestar de la villa. La adaptación no fue fácil, pero su disposición a aprender y su respeto por las costumbres locales les ganó el cariño y el respeto de muchos.

Una tarde calurosa de camino al campo de entrenamiento de guerreros, escuchó risas y voces a lo lejos. Intrigado, siguió el sonido hasta llegar a un claro donde un grupo de mujeres mayas se reunía para celebrar alguna ceremonia. Itzel, la hija del rey Muk'nal, estaba en el centro de la reunión. Su belleza era inconfundible: cabello oscuro como la noche, ojos que parecían dos profundos pozos de sabiduría y una sonrisa que iluminaba su rostro. Vestía un 'huipil', que era una prenda rectangular doblada y cosida a un lado, dejando aberturas para la cabeza y los brazos, muy bien decorada con bordados de colores vivos. Sus ropas indicaban su estatus social y su rol en la sociedad, también incluían bordados, plumas y joyas. Él la observaba mientras ella se movía con gracia y seguridad, participando con alegría en el grupo de amigas.

Era evidente que tenía un espíritu independiente y una confianza que irradiaba a su alrededor. Itzel no solo era hermosa, sino también inteligente y decidida, y eso la hacía aún más fascinante. Después de que empezaron a bailar en una especie de ceremonia, se acercó a Itzel,

intentando disimular su nerviosismo. Ella lo miró con curiosidad, sus ojos oscuros centelleando con intriga.

-- "Saludos, noble dama. Soy Álvaro, un viajero que ha llegado a estas tierras por azares del destino", le dijo con un intento de sonrisa.

Itzel, con aire de confianza y un toque de humor en su voz, respondió en maya:

-- "Bienvenido, Álvaro. Parece que los dioses han traído a un intrépido extranjero a nuestras tierras".

Quedó impresionado por su espíritu abierto y su honestidad. Aun sin hablar la conexión entre ellos era innegable, como si el destino los hubiera unido en ese preciso momento.

El sol se puso en el horizonte, pero ellos continuaron tratando de darse a entender el uno con el otro. Ambos sabían que ese encuentro era el comienzo de algo extraordinario. Parecía que ambos buscaban a alguien con quien pudieran compartir sus alegrías y tristezas, alguien con quien pudieran ser ellos mismos y ser aceptados incondicionalmente, a pesar de tantas diferencias.

Pasaban los días, Itzel y Álvaro se encontraban con frecuencia en las inmediaciones de Tulum. Juntos exploraban los antiguos cenotes, no dejaban de verse aprendiendo mutuamente el uno del otro, de sus formas de ser. La relación entre los dos se fortalecía con cada encuentro.

Itzel fue una guía excepcional, mostrándole lugares que pocos conocían. Le enseñó sobre las tradiciones y la historia de su pueblo, y él compartía sus experiencias, inclusive le habló de su amor por Raquel y de su muerte. También le habló de Europa y de La Española.

A pesar de las barreras del idioma, encontraron la forma de comunicarse, a veces con palabras y otras veces con gestos y miradas. La risa se convirtió en su lenguaje principal. Se despidieron quedando en volverse a ver al atardecer al día siguiente. Se volvieron a ver y esta vez Itzel lo llevó al cenote sagrado, le enseñó que, desde la perspectiva cósmica de los mayas, eran entradas a un inframundo acuático subterráneo llamado Xibalbá o “lugar del terror”, el cual desempeña un papel crucial en la historia de la creación según el libro sagrado de los mayas.

Más tarde fueron al ‘palacio de control’. Ahí pudo ver unos mapas muy bien hechos donde estaban trazadas las rutas comerciales. Se dio cuenta que la organización de estos mayas estaba tan avanzada como la española.

Él se sentía atraído físicamente por Itzel desde el primer momento en que la vio. Su belleza y encanto capturaron su atención y la vio con ojos de romanticismo. El choque de culturas y la curiosidad por lo desconocido despertaron en él un interés hacia Itzel. La exótica cultura maya y su forma de vida le trajeron una fascinación, un deseo de explorar y de aprender más a través de su relación con Itzel. Su personalidad única, encantadora, con cualidades de valentía, sabiduría y dulzura que él encontraba irresistibles. Estaban desarrollando una conexión emocional especial, que iba

más allá de las diferencias culturales. Habían compartido valores, sueños y metas similares, que les permitió establecer una conexión profunda y significativa.

En la tarde del día siguiente, bajo el resplandor dorado del sol poniente, Itzel y Álvaro se encontraron en un rincón tranquilo cerca del campo de entrenamiento, rodeados por las majestuosas estructuras mayas que se erguían como testigos silenciosos de su amor. El aire estaba impregnado de la dulce fragancia de las flores tropicales, y el suave rumor de las olas del mar en el horizonte proporcionaba un murmullo apacible de fondo. Itzel, con su cabello oscuro ondeando suavemente en la brisa, le miraba con ojos llenos de ternura y complicidad. Sus manos se rozaron ligeramente mientras hablaban, y una chispa de electricidad recorrió sus cuerpos. Fue un momento mágico, un instante sin tiempo. Con sus corazones latiendo con fuerza, acercaron lentamente sus rostros. Sus miradas se encontraron una con la otra, y en ese momento, el mundo exterior desapareció. Cada uno podía sentir el latido del corazón del otro, sus alientos cálidos y ansiosos, mezclándose en el aire. El primer beso entre ellos fue suave y tierno, un suave roce de labios que contenía una promesa de unión. Fue un beso que selló su conexión, que trascendió las diferencias culturales y lingüísticas, y que confirmó lo que sus corazones ya sabían: estaban destinados a estar juntos. Se separaron lentamente, pero sus ojos seguían entrelazados, brillando con emoción y pasión. Tulum parecía cobrar vida en ese momento, como si la historia

de la ciudad estuviera celebrando este nuevo capítulo de amor.

Juntos, Itzel y Álvaro contemplaron el atardecer en el horizonte, sabiendo que el amor que habían encontrado era un regalo valioso que atesorarían para siempre. Era un amor que desafiaba las barreras de dos distintos mundos, un amor que perduraría a lo largo del tiempo.

El amor de Álvaro por ella fue un sentimiento profundo y complejo que se experimenta pocas veces en la vida. Fue una conexión emocional y afectiva que iba más allá de la atracción física. Ese amor implicaba un profundo cuidado, respeto y compromiso hacia ella, así como una preocupación genuina por su bienestar y felicidad.

Un día, Yaxkin, el jefe de los guerreros fue a buscar a Álvaro para decirle que el Balam, sacerdote en jefe de Tulum, saldría de cacería al día siguiente y pedirle que lo acompañara para protegerlo de todo mal. Le comprometió para acompañarlo. Al día siguiente, antes del amanecer, fue a buscarlo a donde le dijeron estaría, en la base de la escalinata del templo mayor. El Balam estaba solo esperándole, le indicó que quería cazar venado. Con ese entendimiento iniciaron el camino. El Balam llevaba su arco y flechas y Álvaro llevaba una lanza corta y ligera. Se fueron hacia el oeste, poco después, cuando empezaba a amanecer y las chachalacas empezaron a cantar, esas aves tan escandalosas. Se fueron adentrando en la espesa selva, llegaron a un río ancho y caudaloso. Como es costumbre en las cacerías, se camina silenciosamente sin hablar, para no alertar a cualquier posible presa.

El Balam le indicó con señas que habría que cruzar el río y entró primero al agua, Álvaro detrás de él. De repente, el Balam fue atacado por un caimán. Con el susto perdió el arco y las flechas, Álvaro soltó su lanza y alcanzó a agarrar la cola del caimán, logrando que no lo mordiera.

El Balam pronto regresó a la orilla, mientras Álvaro luchaba con el reptil, tratando de evitar que sus colmillos lo agarraran y de no hundirse. La pelea duró poco, pero a él se le hizo eterna. Pudo sacar su cuchillo de obsidiana, lo más importante era mantener la calma y actuar con rapidez y decisión. Usaba sus brazos y piernas para proteger su cuello y abdomen. Los caimanes también tienen áreas sensibles, sus ojos y la nariz. Buscó la oportunidad para apuntar su cuchillo hacia estos puntos. Eso hizo que el caimán se retrajera y Álvaro aprovechó para salir del agua lo antes posible, disminuyendo la ventaja del caimán. Después de lo ocurrido, el Balam decidió suspender la cacería y regresar a Tulum. Al llegar a la villa, el Balam le comentó a Yaxkin lo ocurrido y calificó a Álvaro como el héroe que le había salvado la vida. La anécdota se corrió por todo Tulum. Muk'nal le mandó llamar para decirle que haría una ceremonia de agradecimiento por haberle salvado la vida al Balam.

Itzel y Álvaro se siguieron viendo en secreto con frecuencia, aprovechando cada oportunidad para hacerlo. Tenían un sistema de señas, ella le dejaba un pequeño trapo rojo sobre la penca de una nopalera, que estaba cerca del campo de entrenamiento. Ese trapo se confundía con una tuna y solo él lo distinguía. La señal era la cita para reunirse en un lugar secreto junto al mar,

oculto por unos matorrales. Ahí se acariciaban, satisfaciendo sus deseos e incrementando su amor. En ocasiones ella lo llevaba a escondidas a sitios bellos que ella conocía, donde sabía que estarían solos.

La noche antes de la ceremonia de agradecimiento que le harían en Tulum, ella lo llevó a donde se preparaba la carne de guajolote que se serviría en la ceremonia. Le mostró cómo se preparaba. Hacían unos pozos, como de un metro de profundidad y medio metro de ancho, en el fondo colocaban piedras redondas del tamaño de una mano. Encima, ramas secas para prenderles fuego y hacer una fogata en el fondo del pozo. Por otro lado, hacían una cama de hojas de maguey sobre las que colocaban la carne de guajolote, con sal y yerbas de aromas, luego envolvían todo y lo ataban haciendo una gran bola que metían al pozo, para después tapanlo con la misma tierra que sacaron para hacer el pozo. Ese era un horno subterráneo que destaparían al día siguiente, sacando la carne al momento de la ceremonia.

Al atardecer del día siguiente se realizó el evento en la plaza ceremonial en Tulum, que estaba adornada con coloridas decoraciones que reflejaban su cultura, como estandartes y símbolos sagrados, una ceremonia ritual. Los nobles y sacerdotes de la tribu llegaron vestidos con sus atuendos ceremoniales mayas, ricos en colores y adornados con collares, joyas y plumas, símbolos de su estatus. Para la vestimenta de Álvaro, le prepararon un taparrabo decorado con colores azules y una especie de chaqueta con los mismos colores, más unas plumas rojas. Además, y sobre todo, un gran penacho de plumas de quetzal.

La ceremonia comenzó con rituales tradicionales, incluyendo oraciones y ofrendas a sus dioses. Luego lo llevaron al centro del lugar para una purificación mediante humo de copal. Mientras los músicos iniciaron tocando sus instrumentos, tambores, flautas y caracolas, luego fueron acompañados por unas mujeres, todas iguales con un vestido largo de color blanco, interpretando sus cantos y danzas ceremoniales.

Después, Muk'nal, como líder espiritual y jefe de la tribu, parado frente a Álvaro y flanqueado por su hija Itzel y por Yaxkin, jefe guerrero, dio un discurso destacando las hazañas de los guerreros y la anécdota del caimán. Posteriormente se acercó a él para entregarle un collar ceremonial como símbolo de honor. Luego se sirvió un gran festín con la carne de guajolote que se había preparado en el horno subterráneo, muy sabrosa, por cierto.

Su amor creció en secreto, alimentado por encuentros furtivos bajo la luna, donde compartían sueños y esperanzas de un futuro juntos. Pero la realidad era implacable. Itzel sabía que su amor por él era como una flor nacida en la sombra, hermosa pero destinada a marchitarse. Su deber hacia su familia, su tribu y las tradiciones que habían guiado a su pueblo a través de los siglos, pesaba sobre ella como el yugo de un destino ineludible.

La noche antes de la ceremonia de su compromiso, preparado por su padre y los sacerdotes de la tribu, Itzel se encontraba a solas en la orilla del mar, reflexionando sobre la encrucijada de su vida. Las estrellas brillaban con fuerza, como si intentaran guiarla en su decisión.

Despacio pero decidido, Álvaro fue acercándose a ella, tomó sus manos, y ella, con la mirada fija en sus ojos, dijo:

-- "Álvaro, tu imagen invade mi mente. Recuerdo cada palabra que me has dicho en maya. Cada momento en que nuestras pieles se tocaron.

Por otro lado, está la imagen de mi prometido, él es un guerrero valiente y respetado, él representa la seguridad y el futuro de Tulum. Él no sabe nada de los secretos de mi corazón por ti. Pero esta unión con él simboliza mucho más que la felicidad que podríamos tener tú y yo. Yo sé que, al amanecer, debo tomar una decisión. Una elección entre seguir el camino del amor contigo, que desafía todas las normas de mi mundo, o cumplir con el deber sagrado que me han enseñado a respetar desde que nací".

Mientras la luna se escondía detrás del horizonte, Itzel cerraba los ojos, buscando en lo más profundo de su ser la respuesta a su dilema. En su corazón, una batalla se libraba, tan feroz como aquellas en las que Álvaro y los guerreros habían luchado juntos. Ella sabía que su decisión cambiaría su vida y la de su pueblo para siempre.

La brisa nocturna susurraba entre los árboles, llevando consigo los ecos de antiguas leyendas mayas, historias de dioses y mortales, de sacrificios y de amores prohibidos. Itzel, inmersa en sus pensamientos, sentía la carga de esas historias pesando sobre ella. En la quietud de la noche, recordaba las enseñanzas de su padre, Muk'nal, quien siempre decía que el destino de un líder

no era solo vivir para sí mismo, sino para su pueblo. ¿Podría Itzel, hija de un rey, elegir su propio camino, su propio amor, sobre las expectativas y la seguridad de su gente?

Mientras la luna comenzaba a ocultarse, dando paso a las primeras luces del alba, Itzel dijo:

-- “Álvaro, te amo con pasión, pero también estoy llena de incertidumbres. Eres un hombre de otro mundo, ¿podrías realmente comprender y compartir las profundas raíces de mi cultura y nuestras creencias? ¿Podrías tú, acostumbrado a conquistar, vivir en armonía en un mundo tan diferente al tuyo?

Por otro lado, está mi prometido, un hombre que, aunque yo no amo ni despierta las mismas llamas de pasión, comparte mis raíces, mis tradiciones, y está profundamente comprometido con el bienestar de nuestros pueblos. Con él, yo no solo uniría mi vida, sino también fortalecería la alianza entre las dos tribus, garantizando la paz y la prosperidad para nuestra gente”.

A medida que el cielo se teñía de tonos rosados y dorados, anunciando el nuevo día, Itzel comprendía que su decisión no era solo sobre a quién entregar su corazón, sino también sobre a quién entregar su lealtad y su vida. Era una elección entre el deseo personal y el deber sagrado, entre un amor ardiente y la estabilidad de su comunidad. Finalmente, mientras el sol ascendía, iluminando el vasto y hermoso paisaje de su tierra natal, Itzel tomó su decisión. Se despidió de Álvaro, se levantó con una nueva resolución iluminando su rostro. Había

elegido el camino que creía correcto, no solo para ella, sino para todos los que dependían de su elección.

No pudo decir nada. Le recordó a la decisión que tomó en Venecia frente a Caterina, cuando se reincorporó al ejército español en lugar de seguir con ella.

El sol brillaba alto en el cielo cuando Itzel, con dignidad y gracia, se presentó ante su padre, su prometido y otros nobles reunidos ahí, para anunciar su decisión, una que resonaría a través de las páginas de su historia y en los corazones de aquellos que la amaban.

Una mañana, uno de los espías de Tulum regresó con noticias de que habían llegado hombres barbados a Cozumel. Esto encendió en Álvaro y Rodrigo la esperanza de reanudar contacto con sus compatriotas y quizás encontrar un camino de vuelta a casa. Sin embargo, ambos sabían que la experiencia vivida en Tulum y su convivencia con los mayas había cambiado su percepción del mundo de manera irreversible.

Unos días después, los espías reportaron que tres de esos hombres venían en dirección a Tulum con sus palos de fuego. Yaxkin le pidió explicar qué era eso de palos de fuego. Álvaro le dijo que eran fusiles, Yaxkin le preguntó si él podría hacer uno igual y Álvaro comentó que no. Pero que iría al encuentro de los hombres barbados para hablar con ellos.

Fue a buscar a Rodrigo y Alfonso para pedirles que le acompañaran. Así los tres, escoltados por los espías, salieron hacia el norte al encuentro de los hombres

barbados. No lejos de la villa los encontraron. Álvaro se dirigió a ellos en español:

-- “¿Quiénes son ustedes?”

-- “Somos españoles, venimos en nombre del capitán Hernán Cortés a buscarlos”.

Se quedaron sorprendidos, Álvaro más que ninguno... en su interior pensó que podrían ser enviados de la Santa Inquisición. Rodrigo se llenó de júbilo, no podía de tanta felicidad y Alfonso no entendía la conversación en español.

De regreso en Tulum frente a Yaxkin, Álvaro explicó de la misiva en la que los exhortaba a unirse a su expedición y le dijo:

-- “Yaxkin, ellos son enviados de un rey que es el más poderoso del mundo. Su ejército es el más grande y sus armas las más temidas. Como sus palos de fuego, pero mucho más grandes, se llaman cañones. Ellos vienen a conquistar todas estas tierras, incluidas las tierras de los aztecas, a quienes tanto tememos”.

Yaxkin y Álvaro se dirigieron al palacio de Muk’nal. Dentro de él solo pensaba y esperaba encontrarse con Itzel, convencido de que el futuro sería distinto ahora que sabía de la llegada de los españoles. Yaxkin explicó todo lo que estaba ocurriendo.

-- “Itzel, amor mío, ha llegado el momento del cambio y quiero ofrecerte una vida nueva a mi lado, aunque en otras tierras lejos de aquí. Los hombres de mi mundo son muy poderosos y ya están en Cozumel. Me han

venido a buscar, quieren que me una a ellos. Pronto todo va a cambiar, ellos vienen a conquistar todas estas tierras. También las de los aztecas. Muchos reyes y gobernantes aztecas y mayas serán capturados y si se resisten, serán asesinados por los españoles. Todas las tribus y reinados serán sometidos al dominio del imperio español. La estructura jerárquica y social maya será desmantelada y la influencia, el poder de los líderes mayas se verá severamente disminuido. Sin embargo, tú y yo podemos ir y hablar con ellos para que respeten a Tulum y no les hagan daño. Que sean aliados de los españoles y no enemigos. ¿Qué opinas?”

-- “Álvaro, ya había tomado mi determinación y te la comuniqué. Por lo que cuentas, todo puede cambiar, pero mi decisión no. Ahora debe estar más firme, para poder defender a los nuestros. Tú debes ir y hablar con los tuyos a favor de Tulum”. Álvaro sabía lo difícil que sería para Itzel considerar lo que él le proponía, y así fue.

Alfonso no quiso irse con ellos debido a que se había enamorado de Zaasil, su princesa creyente.

Al llegar a Cozumel vestidos como mayas, tuvieron la oportunidad de asearse un poco antes de la entrevista con el capitán Cortés. Los soldados les proporcionaron unas ropas para remplazar las de indios que llevaban puestas. Álvaro se miró en un pequeño espejo y casi se cayó de espaldas. La última vez que lo había hecho fue en La Española tres años antes. Recordó que en Sevilla fue muy vanidoso. Esos días se habían quedado atrás hace mucho, junto con aquel Álvaro que ya no existía.

En fin, buscó unas tijeras para recortar su barba, bañarse, asear su pelo y vestirse como español.

La recepción que tuvieron por parte del capitán Cortés fue muy interesante. Tenía una visión clara del potencial de las tierras que estaba conquistando para la Corona española y no dudó en actuar con base en esa visión, incluso desafiando directivas del gobernador de ‘Las Indias’, Diego Velázquez de Cuéllar.

Cortés, después de darles la bienvenida, Álvaro le habló sobre Tulum y las distintas tribus del Mayab. Cortés no se interesó en lo que él platicaba, solo estaba interesado en mostrarle sus planes para la conquista de los aztecas y así lo hizo. Luego dijo:

-- “¿Qué le parece mi plan de conquista de Tenochtitlán?, ¿Tiene alguna sugerencia?”, preguntó.

-- “Su expedición tiene un gran potencial, ya que el ejército español tiene una ventaja muy grande en tecnología de guerra. Aquí no saben de las armas de fuego, ni de caballos, tampoco dominan el uso de la rueda. Sin embargo, son muchos sus guerreros dispuestos a morir por sus creencias. ¿Va a tener la libertad de actuar con autonomía?”, le preguntó Álvaro.

-- “Cuento con la autoridad para liderar la expedición”, contestó.

-- “No le será fácil con solo 500 soldados, tendría que buscar aliados de entre las tribus de indios de estas tierras. Hay muchos que son enemigos de los aztecas, la mayor parte, diría yo. Con la ayuda de Rodrigo, quien

aprendió la lengua maya durante su tiempo con los indígenas, será mayormente posible buscar y establecer alianzas para su expedición”.

-- “Le encomendaré una misión muy importante para el buen fin de nuestra expedición: llevar al Rey Carlos I una carta que deberá usted entregar personalmente”.

Cortés adoptó a Rodrigo y lo convirtió en intérprete y consejero, dándole un papel crucial en las interacciones que tendría con los pueblos indígenas.

-- “Rodrigo, le pido que, llegado el momento, le pidiera a Cortés trato especial para la tribu de Tulum, debido a la calidad de buenas personas que son”.

Después de haber pasado un tiempo en la isla de Cozumel, Hernán Cortés zarpó rodeando la península de Yucatán. Su flota consistía en 10 barcos, alrededor de 500 hombres, 80 marineros y 16 caballos. El onceavo barco, el ‘San Sebastián’, lo destinó a la tarea que le había encargado a Álvaro. Ese barco lo llevaría hasta Sevilla, donde visitaría a sus padres y después se debería transportar a donde estuviera el rey, para entregar personalmente la carta del Capitán Cortés.

## Capitulo. - V 'Mis Padres



Sevilla 1518

“Mi querida Sevilla, ya estoy contigo otra vez”, dijo Álvaro a su regreso, su corazón latiendo con una mezcla de nerviosismo y anticipación. “Han pasado años desde que te dejé para aventurarme en el Nuevo Mundo, y hasta ahora he podido regresar”.

El sol de la tarde bañaba las antiguas fachadas en tonos dorados, y el aire llevaba el aroma de naranjas y jazmines. Al llegar a la puerta de la casa de sus padres se detuvo un momento, su mano temblando ligeramente al levantar el aldabón. El sonido del golpe resonó en el silencio, y casi de inmediato, la puerta se abrió.

Invitado a entrar, cruzó el umbral, sintiendo que cada paso lo acercaba más a las raíces que había dejado atrás. El interior de la casa estaba fresco y acogedor, los recuerdos de su infancia adornando cada rincón. Allí estaban ellos, sus padres, con rostros marcados por el paso del tiempo, pero con ojos que brillaban con una emoción inalterada.

“¡Álvaro, hijo mío!”, exclamó su madre, sus ojos llenos de lágrimas mientras se lanzaba a sus brazos. Su padre, con una sonrisa amplia y serena, se acercó y lo abrazó con fuerza, golpeando su espalda en un gesto de afecto masculino. Álvaro se sintió abrumado por la calidez de ese abrazo, un refugio que había añorado en sus largas noches, sobre todo en aquella, flotando en el mar después del naufragio.

“Madre, padre, cuánto los he extrañado”, murmuró, con su voz ahogada por la emoción. Mientras se separaban del abrazo, su madre acarició su rostro, estudiando sus líneas de madurez y las sombras de aventuras pasadas.

“Mira qué hombre has vuelto, mi Álvaro”, dijo su madre con un suspiro de admiración y orgullo. Su padre asintió, sus ojos también brillando con orgullo. “Hijo, tu regreso llena esta casa de alegría. Sevilla no ha sido lo mismo sin ti”.

Mientras se sentaba con sus padres, comenzó a compartir sus historias, cada palabra tejida con la nostalgia y el amor de un hijo que finalmente había regresado a casa. Las lágrimas brotaban de sus ojos mientras se dejaba envolver por el amor y el calor de sus padres. Ese momento era la culminación de años de ausencia, de aventuras, y era como si el tiempo se hubiera detenido para ellos.

“Ha sido tan duro estar lejos de ustedes”, dijo con voz entrecortada por la emoción. “Pero cada paso que daba me acercaba más a este momento, a este reencuentro que tanto anhelaba. Durante mis viajes, siempre llevé conmigo el recuerdo de su amor incondicional y su apoyo inquebrantable”.

Su madre lo miró con ternura mientras secaba las lágrimas que aún resbalaban por sus mejillas. “Hemos

rezado por ti todos los días, hijo. Cada noche mirábamos las estrellas y pedíamos que estuvieras a salvo y que volvieras a casa. Y ahora, aquí estás, ante nuestros ojos”.

Su padre asintió con una sonrisa, el orgullo brillando en sus ojos. “Siempre supimos que tenías un espíritu aventurero, hijo. Pero nunca dejamos de preocuparnos por ti. Estamos tan felices de tenerte de vuelta”.

El momento se convirtió en una mezcla de risas y lágrimas, mientras compartían historias de sus travesías y ellos le contaban sobre los cambios y eventos que habían ocurrido en Sevilla en su ausencia. El tiempo parecía desvanecerse mientras se adentraban en ese cálido momento familiar.

Después de un rato, se sentaron juntos en el salón, recordando momentos pasados y compartiendo sus sueños para el futuro. Su padre mencionó que había recibido correspondencia para él, entregándole unas cartas. Las abrió y una de ellas era una oferta por el terreno que Raquel y él habían comprado en La Española. Le dio mucho gusto porque se había quedado sin nada, después del naufragio y su experiencia en Tulum.

Esa noche, cenaron juntos, finalmente, con el corazón lleno de gratitud y felicidad, se acurrucó en su antigua habitación, rodeado de los recuerdos de su infancia. Sabía que había regresado a donde pertenecía, un lugar

donde siempre sería amado y valorado. El encuentro con sus padres fue el comienzo de un nuevo capítulo en su vida. Se dio cuenta de que, sin importar cuántas aventuras le esperaran en el futuro, siempre tendría un refugio con amor y apoyo incondicional.

Sin embargo, no podía olvidar el encargo de Hernán Cortés para el Rey Carlos I. Valladolid fue elegida como la sede del gobierno central del reino. Pero pasó tiempo en otras ciudades, como Toledo, Madrid, Granada y Bruselas. Por lo que era imposible determinar en dónde podría Álvaro reunirse con él, por lo que solicitó ayuda de su padre para que, con sus contactos, encontrara un sitio seguro para poder verlo.

En los días siguientes, pasó tiempo junto a sus padres, recordando anécdotas divertidas y disfrutando de largas caminatas por el Guadalquivir. En una noche estrellada, se sentaron en el patio trasero, envueltos en mantas y abrazados por el calor de una fogata. El silencio se hizo presente, pero no había necesidad de palabras. El amor llenaba el aire y se entrelazaba entre ellos, creando un vínculo indestructible.

En Sevilla también pudo reunirse con sus viejos amigos de la juventud, Sancho Braganza, Diogo Lopes de Sequeira, Ángel Gómez Urquiza y Rodrigo Quiroz. Todos ellos ya casados y con hijos. Después de ponerse al día de sus vidas, los invitó a que lucharan juntos, cada uno en su medio, por lograr cambios en la política del reino,

que otorgaran los derechos básicos a los humanos. Esos derechos eran: 1. El Derecho a la Vida, este es el derecho fundamental de todo ser humano, el derecho a existir y a vivir libre de amenazas mortales. 2. El Derecho a la Libertad y Seguridad Personal, que incluye la libertad de movimiento, el derecho a no ser detenido arbitrariamente o sin una causa justa, y la seguridad personal contra la violencia o abusos. 3. El Derecho a la Igualdad ante la Ley, todos los seres humanos tienen derecho a ser tratados igualmente por la ley y a estar protegidos de la discriminación. Y 4. El Derecho a la Libertad de Pensamiento, Conciencia y Religión, que abarca la libertad de tener y expresar opiniones, creencias y prácticas religiosas sin persecución o coacción.

Sus amigos se comprometieron a empujar dentro de sus posibilidades estos principios, aunque en una monarquía era ir contra la corriente. También se comprometieron a mantenerse en comunicación. Sevilla se convirtió en el símbolo de su reencuentro, una ciudad que guardaba sus risas, abrazos y recuerdos compartidos.

Esos días, todo para Álvaro era amor, amistad y bienestar. Sin embargo, dentro de él, contrario a lo que esperaba, comenzó a sentirse desorientado. Pensó que podría ser por la falta de su gemelo muerto, José. Decidió visitar la biblioteca de Sevilla, para buscar algún consuelo en los libros de historia que leía con su

hermano cuando niños. Mientras exploraba los textos antiguos, descubrió algo asombroso: un manuscrito que parecía narrar su propia vida, pero escrito varios siglos antes. Esta crónica hablaba de un joven noble, con un sorprendente parecido a su historia personal, que viajó por el mundo enfrentando amores y pérdidas. Perplejo y consumido por la curiosidad, investigó más y descubrió una serie de coincidencias históricas que le llevaron a una revelación impactante:

“Soy la reencarnación de ese noble medieval. Cada amor perdido, cada batalla, incluido el naufragio y cada decisión, parecen haber sido un eco de mi vida pasada, destinada a repetirse”.

Decidido a romper ese ciclo, emprendió el viaje que había evitado hacer durante años: visitar la tumba de su hermano José, ubicada cerca de Granada. Allí, se encontró con una anciana chamán, quien le reveló:

“El alma de tu hermano ha estado atrapada en un hechizo de maldición, debido a una promesa incumplida en su vida pasada. Tienes una oportunidad para liberar su alma, debes encontrar un objeto ancestral perdido en el campo de batalla, es una pequeña piedra roja. La encontrarás fácilmente porque es un amuleto, que una vez perteneció a su yo pasado y simboliza la redención. Este objeto estará a la vista de todos, pero nadie le prestará atención si no lo están buscando. Ese amuleto será una pista que te llevará de vuelta al pasado”.

Regresó al campo donde se llevó a cabo la batalla de la toma de Granada, esta vez no como un soldado, sino como un hombre en busca de la liberación del alma de su hermano que murió ahí. En el sitio que le señaló la anciana chamán, encontró el amuleto. Al tocarlo, tuvo visiones de la vida de José y comprendió los errores que cometió su hermano en esa batalla. Regresó a buscar a la anciana chamán al cementerio y la encontró. Ella le dijo:

“Hola, tengo el presentimiento de que traes el amuleto. Tienes que dejarlo sobre su tumba para que le ayude con la liberación de su alma. Ya solo falta cumplir con la promesa incumplida”.

“¿Y cómo puede cumplir con su promesa si ya está muerto?”, preguntó. Ella contestó: “Eso solo el tiempo lo dirá”.

De vuelta en Sevilla, en casa de sus padres, les confió el secreto del encargo de Hernán Cortés para el rey Carlos I, pidiéndoles al mismo tiempo que le ayudaran, con sus contactos, a encontrar el sitio donde coincidir con él. Su padre le dijo:

“Hijo, tuve respuesta de mis contactos de la corte de Carlos I. Me aconsejaron que te fueras a esperarlo a Barcelona, por donde pasará rumbo a su coronación como Emperador, que será el 18 de octubre de 1520.

¿Te recuerdas de mi amigo el Conde Bernardo Peralta? Lo conociste aquí en Sevilla poco antes de que tú y José se fueran a esa fatídica guerra de Granada. Ahora vive en Palermo, Sicilia, aunque hace tiempo que no lo veo, seguimos carteándonos con frecuencia. Me pide que lo acompañe a ver al rey precisamente en Barcelona. Yo no podré ir, debido a los asuntos que tengo pendientes aquí en Sevilla. Ya que tú vas a ir a la misma ciudad, salúdalo con mucho cariño de nuestra parte”.

“Sí, con mucho gusto, así lo haré”. Álvaro pensó que ese viaje le quitaría el sentimiento de fantasma en su propia tierra, que tenía desde la visita a la tumba de su hermano. Sentía que su vida tenía luz solo en casa de su familia. Después de visitar la tumba de su hermano, en ocasiones se sintió desubicado, confundido por todo lo que había tenido y perdido; Isabella secuestrada, Caterina desilusionada, Raquel muerta y Itzel que prefirió sus costumbres a su amor. Se preguntó: ¿Me habré equivocado al haber entregado todo mi amor en cada caso, que me he quedado sin nada más para dar? Realmente no sabía lo que le estaba pasando. ¿Será que su vida había sido un ciclo de amor y de redención, repitiéndose a través de los siglos?

Confirmado el compromiso de ir a Barcelona, preparó el viaje que sería en barco desde Sevilla. Se despidió de sus padres con un abrazo apretado y la promesa de regresar pronto. Sevilla le había recordado la importancia de mantener sus raíces cerca, de valorar a

aquellos que le habían dado tanto amor y apoyo. Y aunque la vida siempre traía cambios y nuevos caminos que recorrer, el encuentro con sus padres en Sevilla siempre permanecería en su memoria como un recordatorio eterno del amor incondicional y la importancia de valorar y mantener cerca a aquellos que nos importan.

En Sevilla, encontró no solo a sus queridos padres y amigos, sino también una conexión más profunda con su propia esencia y un recordatorio de que, en el amor y el abrazo de aquellos que nos aman, siempre encontraremos nuestro verdadero hogar.

## Capítulo VI. – ‘Ana Luisa’



Ana Luisa

La feria de Barcelona en 1519

Era un evento anual de gran importancia, vibrante y esencial para la vida económica y social de la ciudad. La feria, conocida como "La Mercè", se celebraba en honor a la patrona de Barcelona, la Virgen de la Mercè, y solía tener lugar en septiembre.

Durante la feria, las calles de Barcelona se llenaban de puestos de comerciantes y artesanos que ofrecían una amplia variedad de productos y servicios. Los visitantes podían encontrar desde alimentos frescos y productos agrícolas hasta textiles, cerámica, joyas y otros artículos de lujo. Se realizaban espectáculos de teatro, danza y música en diferentes plazas y calles de la ciudad. También había carruseles, tivovivos y juegos de habilidad. Era un evento festivo y animado que atraía a personas de todas las clases sociales y nacionalidades.

Ahí estaba Álvaro, vestido con ropas de fina confección que reflejaban la dignidad y la experiencia de sus 46 años, muy animado formando parte de la celebración de la feria. Él sabía que el Conde de Peralta llegaría ese mismo día desde Palermo, y que el Rey Carlos I llegaría hacia el final de la feria, de camino a su coronación en Aquisgrán, Alemania.

Así fue, el Conde de Peralta le dejó un recado diciendo que le esperaba en una elegante recepción en el palacio de Barcelona, a la que Álvaro acudió aquella noche. Al entrar en el salón de la recepción, su mirada fue atraída inmediatamente hacia una bella dama de apariencia italiana que irradiaba una belleza madura y refinada, la pura esencia de la elegancia. Se acercó a ella y vio en sus grandes ojos azules una mezcla de sabiduría y vivacidad que capturaron su atención. Su piel, de un tono oliva claro, complementaba su complejión mediterránea. Su sonrisa, cálida y acogedora, revelaba una personalidad amable y segura. A pesar de su belleza física, lo que más destacaba era su presencia; se movía con una gracia natural y una confianza que sugería una

vida vivida plenamente. Su estilo de vestir era sofisticado, pero sin esfuerzo, combinando la alta moda con un toque personal que reflejaba su individualidad y su conexión con la rica herencia cultural de Italia.

Cual fue su sorpresa al ver que ella estaba platicando con el Conde de Peralta, a quien Álvaro reconoció de inmediato:

—Señor Conde de Peralta, soy Álvaro de Covadonga, hijo del Barón de Covadonga.

—Sé muy bien quién eres, hijo. He oído hablar de ti por tu padre. Me escribió que vendrías buscando ver al Rey.

—Así es, mi señor. Tengo una importante carta que debo entregarle personalmente, enviada por el conquistador Hernán Cortés.

—¿Recuerdas a mi hija Ana Luisa?

—Claro que sí —respondió Álvaro—, aunque hace muchísimos años que no nos veíamos. Ella tenía solo diez años la última vez que nos vimos en Sevilla. Qué bella mujer —añadió, dirigiéndose a Ana Luisa—. Y usted, Condesa, ¿se acuerda de mí?

—Poco —respondió ella—, han pasado casi tres décadas desde lo que usted habla. Es un honor volver a verle después de tantos años —dijo con una mezcla de respeto y familiaridad.

Ana Luisa, con una bella sonrisa iluminando su rostro, respondió:

—Barón de Covadonga, su presencia aquí es una grata sorpresa. Los años han sido generosos con usted —dijo con voz suave pero firme, emocionada por reencontrar a un amigo de la infancia.

A medida que sus miradas se encontraban, el tiempo parecía regresar y el reconocimiento fue desarrollándose con los recuerdos de su infancia compartida en Sevilla. Pronto, sus recuerdos iluminaron sus corazones. Fue un reencuentro que parecía dictado por el destino. Mientras conversaban, recordando las calles empedradas, los juegos compartidos y las risas inocentes, hablaron de su hermano José, de quien Ana Luisa ya sabía que había muerto en la guerra de Granada. También hablaron de sus vidas recientes, con una mezcla de nostalgia y admiración mutua.

Ella mencionó que se había casado en 1502 con un italiano en Palermo, llamado Ángelo, quien desafortunadamente murió en la guerra de Cambrai, y que tenía dos hijas, Carina de 17 años y Greta de 16. Toda la familia vivía junta con el Conde en Palermo.

Una chispa de atracción mutua, sutil pero evidente, comenzó a crecer entre ellos. Había una conexión profunda desde su niñez, una mezcla de amistad de la infancia y un respeto mutuo forjado por las experiencias de la vida. En aquellos momentos, en medio del bullicio de la recepción, ambos sentían que ese reencuentro podría ser el comienzo de un nuevo capítulo en sus vidas, uno que prometía continuar más allá de esa noche en Barcelona.

Ana Luisa y Álvaro continuaron la conversación durante toda la noche. El Conde de Peralta ya se había cambiado de mesa para conversar con sus amigos. Ellos se concentraron en su plática, dejando atrás al resto de los presentes y sumergiéndose en sus recuerdos y en sus sueños futuros. En medio de risas y miradas cómplices, se dieron cuenta de que no solo habían encontrado una vieja amistad, sino también a alguien con quien compartían una profunda conexión emocional. Esa noche en Barcelona marcó el inicio de una nueva etapa en la vida de ambos.

A medida que pasaban los días, su amistad se transformó en un bonito romance. Se volvieron inseparables, explorando juntos los rincones de la feria, disfrutando de las delicias culinarias y sumergiéndose en la rica cultura catalana. Ese mismo día, Ana Luisa y Álvaro decidieron que no podían dejar que esa oportunidad se escapara. Prometiéndose mantenerse juntos, enfrentar los desafíos y tratar de construir un futuro juntos. Desde la primera vez que la vio, Álvaro sintió algo tan raro que se quedó helado. Después, una voz dentro de él le dijo: "Álvaro, ella es la mujer para ti, la que querías. No tendrás que buscar más."

Llegó a Barcelona el Rey Carlos I de España y futuro emperador del Sacro Imperio Romano Germánico; era hijo de Juana I de Castilla y Felipe I de Castilla. Juana era hija de los Reyes Católicos a quienes Álvaro conoció y sirvió en Lisboa. De inmediato pidió audiencia para ver al Rey. Le programaron para la mañana del día siguiente, en el Palacio Real de Barcelona. Esa mañana llegó

temprano a la cita, y para su sorpresa, le pasaron de inmediato, sin espera.

—Su majestad, debo entregarle en persona esta carta que le envía el conquistador Hernán Cortés.

—Oí que usted estuvo preso de los mayas en la Nueva España. Me gustaría platicar con usted sobre eso y algunos otros temas —al recibir la carta del capitán Cortés, dijo—. Venga con nosotros a la coronación que tendrá lugar en Aquisgrán, Alemania.

—Como usted lo ordene, su majestad.

Después, el secretario privado del Rey le dijo:

—Mire, el viaje del rey hacia su coronación será una empresa significativa, marcada por varios desafíos y acontecimientos políticos en el camino. No creo que sea necesario que usted recorra todo el viaje hasta Aquisgrán. Creo que podemos acomodar una reunión con el rey en el barco que nos llevará de Barcelona a Génova. El rey tiene mucho interés en platicar con usted, por lo que le asignaré una hora con él. Luego, ya en Génova, usted podrá regresar en el mismo barco a Barcelona, o quedarse allá, como usted quiera.

Álvaro preguntó si podría traer a su compañera y le dijeron que sí.

—El rey, por su estatus, llevará una considerable escolta de nobles y también un buen número de soldados para su protección. Por lo que no podré asignarle un camarote hoy, sino hasta mañana. Deberán estar en el muelle ‘Príncipe de España’ al amanecer, donde estará

listo el barco real, el ‘Sotavento’. Por favor, estén ahí puntuales, pues zarpáremos a tiempo.

De inmediato, fue a buscar a Ana Luisa para platicarle e invitarla:

—El rey me ha pedido que viaje con él hacia Génova para contarle mis experiencias en la Nueva España. Pregunté si podías venir conmigo y me dijeron que sí. Así que te quiero invitar a que vengas conmigo en el barco real, el ‘Sotavento’, hasta Génova y de ahí recorreríamos toda Italia hasta tu casa en Palermo. ¿Qué opinas?

—Claro que sí, me encantaría. Solo tengo que ver si mi padre no me necesita para algo. Hoy lo voy a ver en la tarde y en la noche te digo.

Ana Luisa habló con el Conde y le consultó sobre la invitación. Aunque le pareció muy precipitado, estuvo de acuerdo.

En el día y hora programados, abordaron el ‘Sotavento’ rumbo a Génova. Les asignaron un buen camarote donde pasaron muy buenos ratos. Al segundo día, el secretario privado del rey vino a buscar a Álvaro para conducirlo a la habitación real, y ahí lo ubicó en una antesala. Al poco tiempo, entró el rey.

—Su majestad, estoy a sus órdenes.

—Siéntese, caballero. Estoy muy interesado en sus comentarios sobre la conquista de la Nueva España que estamos realizando y que está siendo encabezada por el capitán Cortés.

—Con todo respeto, su majestad, en mi opinión, el potencial de esa conquista es enorme. Le ofrece una oportunidad significativa para ampliar su imperio en el Nuevo Mundo. Las riquezas que se pueden obtener, especialmente el oro y la plata, podrían ayudarle a financiar sus diversas campañas y proyectos en Europa. Todas las tribus indígenas son politeístas, con una amplia variedad de dioses a los que rinden culto. Su majestad, como monarca católico, tendrá la oportunidad de convertir a los pueblos indígenas al catolicismo, lo cual, estoy seguro, es uno de sus objetivos y también sería una herramienta de control político y cultural en esas tierras.

Si me lo permite, su majestad, aunque el capitán Cortés es ambicioso, determinado y un estratega astuto, no le será fácil tener éxito con tan solo 500 soldados. Requerirá de más soldados y también de la libertad para actuar con autonomía del gobernador Velázquez.

El éxito en las expediciones del capitán Cortés también serviría para aumentar el prestigio de su majestad y de España en el escenario internacional, demostrando su capacidad y eficacia en la exploración y colonización de nuevos territorios.

—Muy bien, caballero. Es usted muy inteligente y me ha dicho lo que yo quería oír. Me dijo mi secretario que usted se quedará en Génova. Yo quisiera que nos acompañara a la coronación.

—Como usted lo ordene, su majestad.

El rey se retiró, y pronto entró al salón su secretario.

—El Rey desea que lo acompañe a la coronación. Yo me encargaré de los arreglos necesarios para agregarlo a la comitiva que le acompañará hasta Alemania.

Álvaro se retiró y fue a comunicarle a Ana Luisa los cambios de itinerario. Al tiempo supo que Carlos I nombró una comisión, presidida por el canciller Gattinara, para que decidiera la contienda entre Cortés y Velázquez, la cual falló a favor de Cortés.

Al llegar a Génova, se les informó que estarían en esa ciudad cuatro días para que el rey atendiera asuntos importantes para la corona. Lo que estuvo perfecto para que la pareja aprovechara para adecuar sus vestimentas, ya que no estaban preparados para las ceremonias relacionadas con la coronación. Tanto los hombres como las mujeres nobles vestirían con prendas elaboradas y confeccionadas con materiales de alta calidad. La moda y la vestimenta en la corte de Carlos I estaban influenciadas por las tendencias y estilos de la época, siendo más sofisticadas y reflejando el gusto por la elegancia y la opulencia.

Para Ana Luisa, faltaban vestidos largos y voluminosos, confeccionados en telas lujosas como el brocado, la seda y el terciopelo. Estos vestidos tenían mangas largas y amplias, y eran ajustados en la parte superior y en la cintura. Los escotes eran bajos y cuadrados.

Para Álvaro, era necesario una túnica confeccionada en terciopelo, camisas blancas de telas finas con cuellos altos y amplios, pantalones ajustados hasta la rodilla, medias de seda hasta la rodilla y un sombrero que

hiciera juego con la túnica. Afortunadamente, consiguieron todo en tan poco tiempo.

La gran caravana partió de Génova, acompañada de una gran comitiva compuesta por nobles, funcionarios y soldados. El objetivo principal del viaje era que Carlos I de España fuera coronado Emperador Carlos V del Sacro Imperio Romano Germánico, consolidando así su autoridad en los territorios que gobernaba. Cruzaron los Alpes y Saint Moritz, entrando en Estrasburgo y pasando por ciudades como Innsbruck y Ratisbona. Durante el viaje, enfrentaron muchos desafíos y obstáculos, como condiciones climáticas adversas y problemas de protestas locales por rivalidades políticas. Sin embargo, lograron superarlos y llegar a su destino, la ciudad de Aquisgrán, donde se llevaría a cabo la coronación.

La ceremonia de coronación fue una ocasión grandiosa y solemne. Carlos I llegó en medio de una gran procesión y fue recibido por las autoridades locales y la nobleza. Durante la coronación, se colocó la Corona de Hierro del Sacro Imperio Romano Germánico en la cabeza de Carlos V, por el Papa Clemente VII, lo que confirmó su posición como uno de los líderes más poderosos de la cristiandad y simbolizando su autoridad como emperador. También se le entregaron otros símbolos imperiales, como el cetro y el globo, que representaban su poder y dominio. La coronación de Carlos V como emperador no solo reafirmó su posición de poder en Europa, sino que también simbolizó la compleja relación entre la autoridad imperial y la papal en ese momento. Después de la coronación, se

celebraron banquetes y festividades para conmemorar el evento.

Ana Luisa y Álvaro regresaron por la misma ruta hasta Génova, donde se embarcaron hacia Palermo en Sicilia para que él conociera a las hijas de Ana Luisa. El viaje de regreso desde la ciudad de Aquisgrán hasta Palermo duró 64 días en total.

El amor en los seres humanos tiende a evolucionar con la edad. Para los jóvenes, el amor suele estar más influenciado por la atracción física y la pasión, impulsado por el descubrimiento y la novedad. A medida que las personas maduran, el amor se vuelve más profundo y reflexivo, valorando la compatibilidad, el respeto y el apoyo mutuo. La relación entre ellos era cada vez más sólida y madura, y su amor también. Sin embargo, sus familias, inicialmente sorprendidas por este repentino romance, pronto se dieron cuenta de la profundidad de su amor y les dieron su bendición.

Su madre, en su última carta, le hizo un comentario que sigue resonando en su cabeza. Dijo:

"Sí, la recuerdo con cariño. Tenía unos ojos azules como los tuyos. Recuerdo que cuando eran niños, tu hermano José quería casarse con Ana Luisa." De inmediato, Álvaro pensó en lo que mencionó la anciana chamán sobre la promesa no cumplida que tenía a José atrapado en este mundo.

Llegaron a Palermo. Ana Luisa se adelantó para preparar a sus hijas sobre su relación con Álvaro. Al día siguiente, con el sol de la tarde iluminando las imponentes

columnas de mármol blanco y los jardines exuberantes que rodeaban su propiedad, Álvaro, vestido con su mejor atuendo, llegó al majestuoso palacio del Conde de Peralta, donde vivían Ana Luisa y su familia, junto con el Conde, quien esos días estaba fuera de la ciudad atendiendo asuntos del emperador Carlos V.

El corazón le latía con nerviosismo mientras se acercaba a la entrada principal. Al entrar al palacio, fue recibido por Ana Luisa, quien le esperaba con una sonrisa amorosa como siempre. Ella le tomó del brazo y le condujo por los salones adornados con tapices y pinturas renacentistas hacia una sala privada donde sus hijas, Carina y Greta, esperaban nerviosas. Estaban vestidas con elegantes prendas de seda y encaje que resaltaban su juventud y belleza. Sus cabellos estaban adornados con delicadas hebillas y peinetas. Sus ojos brillaban con curiosidad y expectación.

Álvaro se detuvo en la entrada de la sala, su mirada se encontró con la de las jóvenes y su corazón dio un vuelco. La belleza de Carina y Greta era deslumbrante, y la inocencia en sus rostros le recordaba a la misma Ana Luisa que conoció en Sevilla veinte años atrás. Ana Luisa se adelantó, con un gesto de orgullo, y le presentó formalmente a sus dos hijas.

—Ellas son Carina y Greta. Y a ustedes, permítanme presentarles a Álvaro, mi futuro esposo —dijo con un tono cálido y emocionado.

Las chicas, tímidas pero curiosas, bajaron la cabeza en señal de respeto y le saludaron. Carina, con su voz dulce y melódica, fue la primera en hablar.

—Es un placer conocerlo, señor Álvaro. Mi madre nos ha hablado mucho de usted y estamos encantadas de tenerlo en nuestra familia —dijo con una sonrisa tímida.

Greta, con su mirada intensa y decidida, agregó:

—Es un honor tenerlo aquí, señor Álvaro. Esperamos poder conocerlo mejor y construir un futuro juntos —su tono de voz revelaba emoción y determinación.

Álvaro se sintió abrumado por la calidez y la sinceridad de las palabras de Carina y Greta. Se acercó lentamente a ellas, sintiendo el peso de la responsabilidad que estaba a punto de asumir. Extendió la mano hacia Carina y luego hacia Greta, y las chicas las aceptaron con curiosidad y confianza.

—El placer es mío, Carina y Greta —respondió con voz suave y firme—. Es un honor conocer a las hijas de Ana Luisa y tener la oportunidad de formar parte de su vida. Prometo cuidar y amar a su madre, y a ustedes, como si fueran mi propia sangre.

Las jóvenes sonrieron, sintiéndose aliviadas y emocionadas por sus palabras. Era la primera vez que alguien les hablaba con tanta sinceridad y afecto. Poco a poco, las barreras se fueron desvaneciendo y la conversación fluyó de manera más natural. Álvaro compartió anécdotas de su infancia en Sevilla y sus sueños para el futuro, mientras Carina y Greta compartían sus propios intereses y aspiraciones. La sala se llenó de risas, creando un vínculo especial entre todos.

En ese momento, Álvaro supo que había encontrado algo más que una prometida en Ana Luisa. Había encontrado una familia en Carina y Greta, y estaba decidido a proteger y amar a estas jóvenes mujeres como si fueran sus propias hijas. Aquella tarde en el palacio de Palermo marcó el comienzo de una nueva etapa en su vida, una etapa llena de amor, compromiso y la promesa de un futuro brillante junto a Ana Luisa, Carina y Greta.

Sicilia estaba bajo el dominio español. Esto influía en la política, la economía y la sociedad de la ciudad, que era un crisol de culturas, donde convivían cristianos, judíos y musulmanes. Su sociedad estaba estratificada, con una nobleza dominante, una clase media de comerciantes y artesanos, y una amplia población de campesinos y trabajadores pobres. Las tensiones sociales y las disputas entre la nobleza y la monarquía española eran comunes.

Una tarde, se encontraban Carina, Greta y Álvaro en la plaza central, jugueteando con una pequeña paloma, mientras sus ojos se perdían en sus juegos inocentes. De repente, un joven de estatura prominente se aproximó a él. Tenía el cabello como hilos de oro y unos ojos azules como los suyos. Su porte era elegante, aunque sus ropas denotaban un viaje largo y agitado. Álvaro alzó la vista y se encontró con una mirada que le resultaba desconcertantemente familiar.

—¿Álvaro? —preguntó el joven con una voz que llevaba la suavidad del viento.

—Sí, soy yo —confundido, preguntó—. ¿Quién eres tú?

—Soy Lorenzo —respondió el joven, su voz temblaba ligeramente—. Hijo de Caterina Morosini... de Venecia. Tu hijo.

Sus palabras cayeron como gotas de lluvia en un estanque tranquilo, creando ondas de sorpresa y emoción en su corazón. Caterina, un amor de juventud, una pasión que había dejado atrás hace años en aquella ciudad de canales y sueños.

—¿Lorenzo? —murmuró Álvaro, sintiendo cómo el pasado y el presente se entrelazaban de repente—. ¿Mi hijo?

Lorenzo asintió, viendo cómo sus ojos buscaban en él algo que habían anhelado durante años. Luego dijo:

—Mi madre me habló mucho de ti, pero no quería que supieras de mi existencia. Nunca supe si era por orgullo o por rencor. Después de su fallecimiento, encontré tu carta y supe que tenía que encontrarte. Ella murió hace poco más de un año. Después de su muerte, te fui a buscar a Sevilla y allí tus padres, mis abuelos, me dijeron dónde podría encontrarte. Y aquí estoy.

Álvaro se acercó, observando cada rasgo de su rostro, encontrando en él ecos de un amor perdido y una vida que podría haber sido. Extendió sus manos y las puso sobre los hombros de Lorenzo.

—Esto es... inesperado —dijo con voz cargada de emoción—. Pero eres bienvenido, Lorenzo. Ven, tenemos mucho de qué hablar, mucho que compartir.

Juntos, comenzaron a caminar, sus pasos resonando en los adoquines antiguos de la plaza central, mientras las hijas de Ana Luisa los seguían con curiosidad, sin entender completamente qué acababa de ocurrir. En el aire de Palermo, una nueva página de su historia comenzaba a escribirse. Mientras se adentraban en las callejuelas de Palermo, el sol comenzaba a descender, tiñendo el cielo de tonos rosados y naranjas. Álvaro, aún asimilando la realidad de tener un hijo, miraba de reojo a Lorenzo, quien caminaba a su lado con nerviosismo y expectación.

—¿Cómo era la vida en Venecia? —le preguntó, deseando conocer más sobre ese joven que había surgido de su pasado.

Lorenzo sonrió ligeramente.

—Hermosa y complicada, como en cualquier ciudad con tanta historia. Pero siempre sentí que algo me faltaba... algo que, creo, he encontrado hoy.

El aire se llenó de un silencio pensativo mientras seguían caminando de regreso al palacio de los Peralta. Álvaro pensaba en Caterina, en aquel amor juvenil que había marcado su vida más de lo que había imaginado. Y ahora, frente a él, estaba el legado vivo de aquel amor. Además, vio en él su propia imagen a esa edad; era su hijo sin lugar a dudas. Llegaron al palacio, que era espectacular. Lorenzo lo miró asombrado, luego a su padre y finalmente a las jóvenes que lo observaban con curiosidad.

—Gracias, Álvaro. No sabes cuánto significa esto para mí.

Con un gesto afectuoso, lo invitó a entrar, al tiempo que le decía:

—Este es el palacio de la familia del conde de Peralta, padre de mi prometida Ana Luisa, quien es la madre de estas dos bellas criaturas que son Carina y Greta. Aquí vivimos.

Ya dentro, en la recepción del palacio, al pie de la gran escalera de mármol blanco, se encontraba Ana Luisa.

—Mi amor, con gran sorpresa y gusto, te presento a Lorenzo, quien vive en Venecia, de donde partió después de la muerte de su madre para venir a buscarme, porque soy su padre. Sé que esto es una gran sorpresa para ti, como lo es para mí. Invitémoslo a pasar.

Los sonidos de la vida cotidiana del palacio, el aroma a comida casera, todo parecía cobrar un nuevo significado. Esa noche, mientras compartían la cena, las historias de Venecia se mezclaron con las de Palermo, y una nueva familia parecía comenzar a forjarse, unida por el afecto y el destino.

Lorenzo tenía 18 años, la misma edad que Carina y uno más que Greta. Ana Luisa sintió una mezcla de sorpresa y confusión. Mirando a Álvaro, Ana Luisa buscó respuestas en sus ojos y dijo:

—Álvaro, esto es complicado. Lorenzo tiene la misma edad que mis hijas. ¿Cómo crees que ellas reaccionarán al saber que él vivirá aquí, con nosotros?

Álvaro, consciente de la delicada situación, solemnemente asentía con la cabeza.

—Lo sé, Ana Luisa. Es una situación que nunca imaginé. Pero debemos hablar con ellas juntas, explicarles con honestidad y ayudarlas a entender.

Durante la cena, Ana Luisa observaba las interacciones entre Lorenzo y sus hijas. Notó cómo ellas lo miraban con curiosidad y cautela, como si trataran de entender su lugar en esta nueva estructura familiar. Ana Luisa sabía que sus hijas podrían sentirse inseguras o confundidas, preguntándose si la aparición de Lorenzo cambiaría su relación con su madre o con Álvaro.

Después de la cena, Ana Luisa tomó a sus hijas aparte para hablar con ellas.

—Chicas, sé que esto es inesperado. Pero quiero que sepan que nuestras vidas no cambiarán.

Ana Luisa les habló, y ellas la escucharon, procesando la información. Había preguntas, algunas fáciles y otras más difíciles, pero ella las respondió con paciencia y honestidad.

Esa noche, Ana Luisa y Álvaro se quedaron despiertos hasta tarde, hablando sobre cómo manejarían esta nueva realidad. Ana Luisa expresó su preocupación por el bienestar emocional de sus hijas y la necesidad de

integrar a Lorenzo en la familia de una manera que fuera saludable y equitativa para todos.

—Lo más importante ahora es la comunicación —dijo Ana Luisa—. Tenemos que ser abiertos y apoyarnos mutuamente. Esta situación es nueva para todos nosotros, pero juntos, podemos hacer que funcione.

Así, enfrentando esta inesperada vuelta de la vida con madurez y amor, Ana Luisa demostró, una vez más, su fuerza y su compromiso con el bienestar de la familia.

Al día siguiente, Álvaro recibió una carta de su padre, quien le comunicaba la visita de Lorenzo a Sevilla. Le decía que era igualito a él en todo, incluso en su forma de pensar. Señaló que se acordaron mucho de él a esa edad. Creyendo hacer lo correcto, le indicaron dónde podría encontrarle en Palermo.

Carta en mano, Álvaro subió a buscar a Ana Luisa, que todavía estaba en la habitación. Se la mostró y le dijo:

—Mi amor, he llegado a una conclusión y he tomado una muy difícil decisión que espero compartas conmigo. Estos son los hechos: sé que nos amamos profundamente, que Carina y Greta están en edad de casarse y que seguramente pronto lo harán, que Lorenzo es mi hijo, que mis padres ya están mayores y que me necesitan a su lado en Sevilla. Mi decisión es que Lorenzo y yo nos adelantemos a Sevilla, para allá esperarte y ayudar a mis padres ahora que me necesitan. Además, aunque esto no te lo he mencionado anteriormente, no me siento cómodo viviendo bajo el techo de tu padre, que, aunque él

nunca está por atender asuntos del emperador, esa no es la manera de vivir que yo aprendí. Tú ayer dijiste, con mucha razón, que tenemos que ser abiertos y apoyarnos mutuamente. ¿Qué opinas de mi planteamiento?

—Cada una de tus palabras ha resonado en mi corazón con la fuerza y la dulzura que solo tu voz tiene para mí. Tu decisión es considerada y llena de amor, tanto para tu familia como para nosotras. Es un reflejo del hombre noble y dedicado que eres. Entiendo la importancia de tu decisión de regresar a Sevilla para estar con tu hijo y tus padres en sus años dorados. La vida nos lleva por caminos inesperados, y el tuyo ahora te conduce de vuelta a tus raíces, a un lugar donde hay deberes y afectos que te reclaman. Aprecio profundamente tu deseo de que me una a ti allí, pero también reconozco las responsabilidades que me atan a Palermo, a mis hijas que están a punto de comenzar sus propias vidas.

Por lo tanto, con un corazón lleno de amor y esperanza, acepto tu decisión. Adelántate a Sevilla, lleva contigo mi amor y mis oraciones. Construye un hogar para nosotros, un hogar que espero llenar pronto con la misma calidez y amor que tú ofreces. Cuida a tu hijo Lorenzo y a tus padres, y en cada momento, recuerda que mi pensamiento y mi corazón están contigo. Mientras tanto, me dedicaré a mis hijas, asegurándome de que estén bien preparadas para entrar en sus nuevos hogares con todo el amor y la bendición que puedo ofrecerles. Una vez que cumpla con mis deberes aquí, me reuniré contigo en Sevilla. La espera no será fácil, pero sé que nuestro amor maduro y profundo será el

faro que guiará nuestros días hasta que estemos juntos de nuevo.

Con la confianza y el respaldo de Ana Luisa, Álvaro escribió una carta a sus padres:

>Palermo, abril de 1520

Queridos Padre y Madre,

Espero que esta carta los encuentre gozando de buena salud y alegría. Desde Palermo, les escribo con una mezcla de emociones que agitan mi corazón y mi pluma. Han pasado ya algunos años desde que dejé nuestra querida Sevilla, buscando mi destino en tierras lejanas. Aquí en Palermo he encontrado amor, desafíos y ahora, una sorpresa que ha cambiado el curso de mi vida. Como ustedes saben, hace poco Lorenzo llegó a mi vida, trayendo consigo noticias que jamás imaginé recibir. Él es mi hijo, nacido del amor de juventud con una dama veneciana, Caterina. Su llegada ha sido un regalo inesperado, pero también un recordatorio de responsabilidades pasadas y presentes.

Lorenzo, un muchacho de noble corazón y gran inteligencia, ha iluminado mi vida. Pero también me ha hecho reflexionar sobre mis raíces y la importancia de la familia. Por eso, y tras largas horas de meditación, he tomado una decisión que espero comprendan y apoyen.

Deseo regresar a Sevilla, a nuestro hogar, junto con Lorenzo. Quiero que conozca a su familia, que se empape de nuestras tradiciones y sienta el calor del

hogar que tanto me ha formado. Sé que es una petición inesperada, pero les ruego que la consideren con el amor y la sabiduría que siempre me han demostrado.

Me ha costado mucho el dejar a mi querida Ana Luisa y a sus hijas, Carina y Greta. Espero sinceramente que sus hijas casaderas contraigan matrimonio pronto y que posteriormente ella se reúna conmigo en Sevilla. Estoy dispuesto a hacer todo lo necesario para facilitar esta transición y asegurarme de que nuestra llegada sea un motivo de alegría y no de preocupación.

Espero con ansias su respuesta y bendición. Con todo mi amor y respeto,

Álvaro.<

Ana Luisa y Álvaro se escribían con frecuencia. Su amor demostró, con el tiempo y la distancia, ser verdadero, valorando la compatibilidad, el respeto y el apoyo mutuo. Contrario a la lógica, Greta se casó primero y después Carina. Luego, Ana Luisa se reunió con Álvaro en Sevilla. Compartieron nuevas experiencias juntos, exploraron lugares desconocidos y fortalecieron sus lazos aún más. En otra oportunidad, viajaron con Lorenzo a Venecia. Las niñas, como Álvaro les decía a Carina y Greta, fueron a Sevilla a visitarlos, acompañadas de sus esposos, Javier, el de Carina, y Manuel, el de Greta.

Después de su apasionante y a veces turbulento viaje emocional, Álvaro ha estado reflexionando sobre su vida. A pesar de su felicidad actual con su mujer Ana

Luisa, sus padres, su hijo Lorenzo y las hijas de Ana Luisa, Carina y Greta, él ha tenido que reconocer que los recuerdos de sus amores pasados y las lecciones aprendidas siguen vivos en su corazón.

Su padre, el Barón de Covadonga, tiene algunas tierras y propiedades que les proporcionan ingresos, principalmente a través de la agricultura. Estas tierras se trabajan mediante el sistema de arrendamiento, donde los campesinos pagan rentas o entregan una parte de sus cosechas en concepto de impuestos. Hoy, Álvaro dedica su tiempo a ayudar a su padre a vigilar los intereses de la familia.

El poco tiempo que le sobra lo dedica a escribir sus memorias, narrando no solo sus romances, sino también cómo cada relación le enseñó algo valioso sobre la vida, el amor y el sacrificio. Cómo Isabella le enseñó la profundidad del primer amor y el dolor del vacío que deja la pérdida; cómo Caterina le mostró la importancia de ser congruente con tus principios; cómo Raquel le ayudó a entender la fuerza del compromiso y el profundo dolor de su pérdida. Cómo Itzel le enseñó a respetar y amar profundamente las tradiciones, su cultura y, sobre todo, enfrentar con valentía sus decisiones, incluso cuando estas difieran de las propias.

En el proceso de escribir, se ha dado cuenta de que cada una de estas mujeres ha dejado una huella imborrable en su alma, moldeando al hombre que hoy es. Agradecido por cada experiencia, por dolorosa que haya sido, comprendió que su viaje emocional ha sido un regalo, lleno de crecimiento.

Álvaro, ya mayor, pasará sus días rodeado de su amorosa familia y amigos, sabiendo que su mayor legado no es solo su descendencia, sino las enseñanzas que les pudo haber compartido en su vida y a través de sus escritos. Su libro será una obra en proceso, no solo como una crónica de amor, sino también como una reflexión sobre la vida en el siglo XVI, ofreciendo una perspectiva única sobre las relaciones humanas, los desafíos sociales de esa época y los primeros pasos para lograr, basados en el amor al prójimo, reconocer los derechos básicos de todos los seres humanos.



## **Epílogo: El Impulso de la Pasión**

Al concluir esta narrativa, es esencial reflexionar sobre el título, 'El Impulso de la Pasión'. La pasión es un concepto subjetivo, pues su definición puede variar significativamente de persona a persona. En términos generales, la pasión se puede entender como un sentimiento intenso y profundo de entusiasmo o deseo por algo. Es una emoción poderosa que impulsa a las personas a perseguir intereses, metas o actividades con gran energía y dedicación.

La pasión implica una fuerte conexión emocional con una actividad, causa o idea. Es algo que provoca sentimientos profundos y persistentes. Las personas apasionadas suelen estar altamente motivadas y comprometidas con aquello que les apasiona, lo que puede traducirse en un esfuerzo constante y una dedicación significativa. Participar en actividades apasionantes a menudo brinda una sensación de plenitud y satisfacción personal, generando una profunda sensación de bienestar y realización.

Además, las personas apasionadas tienden a ser persistentes y resilientes, superando obstáculos y desafíos para continuar siguiendo su pasión. La pasión puede ser una fuente de inspiración y creatividad, impulsando a las personas a innovar, explorar nuevas ideas y llevar sus capacidades al límite.

Álvaro, nuestro protagonista, luchó impulsado por su pasión en cada etapa de su vida. Con entusiasmo, compromiso y una fuerte conexión emocional, defendió su verdadero amor y se entregó a causas mayores. Entre estas, destacó su lucha por los derechos básicos del ser humano: el Derecho a la Vida, el Derecho a la Libertad y Seguridad Personal, el Derecho a la Igualdad ante la Ley y el Derecho a la Libertad de Pensamiento, Conciencia y Religión. Estos principios, fundamentales para la dignidad humana, lo llevaron a ser perseguido por la Santa Inquisición, que consideraba sus ideas contrarias a la doctrina de la Iglesia Católica.

Álvaro es un ejemplo de cómo la pasión puede impulsar y guiar a una persona a enfrentar adversidades y mantenerse firme en sus convicciones. Su vida nos enseña que, aunque el camino pueda estar lleno de desafíos, la pasión es una fuerza que nos impulsa a luchar por lo que creemos y a encontrar satisfacción en nuestras acciones. Su legado nos recuerda la importancia de seguir nuestros deseos más profundos con dedicación y valentía, incluso ante la adversidad.



Lorenzo